ROSA DE LA CORTE

BILOGÍA POLÍGONO SUR 2

MIEDO a tu olvido

DOLCE BOOKS

Miedo a tu olvido

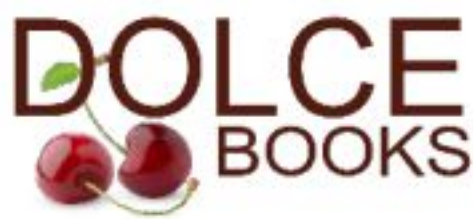
Bilogía de Polígono Sur. Libro 2

Rosa de la Corte

Título: Miedo a tu olvido
© 2017 Rosa de la Corte
©Todos los derechos reservados.
1ªEdición: Abril, 2017.
©DOLCE BOOKS
dolcebookseditorial@gmail.com

Banco de imágen: ©Shutterstock.
Diseño de portada: China Yanly

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



La palabra felicidad hace pensar en un estado de plena satisfacción material y espiritual. El día que cumplí los veintiocho años, tenía la sensación de que mi estómago iba a expulsar cualquier alimento que entrara en él.

En el hospital, me agasajaron con una tarta imponente que compraron entre los colegas del Servicio, los pocos residentes que acogíamos, las enfermeras, auxiliares y mi amigo Álvaro, más cariñoso que nunca, también se apuntó a la sorpresa que me tenían preparada.

Yo observaba en silencio sin oír realmente lo que me decían y me cantaban a coro, “cumpleaños feliz, cumpleaños feliz…”, apagué automáticamente las velas. “Porque es una chica excelente, es una chica excelente…”, oí canturrear después de la humareda. Los percibía muy lejos, la melodía llegaba a mis oídos apagada, con esfuerzo la recibía y una sonrisa pintaba mi rostro. Aunque yo estaba muerta, absorta en mis pensamientos más lúgubres.

El día anterior me había armado de valor y de ilusión para

encaminarme hacia El Manantial. Quería ver a mi madre. No era la primera vez que celebraba con ella, veinticuatro horas antes, mi cumpleaños. Deseaba darle emoción a mi llegada de improviso, pero en vez de eso, mi llegada fue un bombazo, una nefasta sorpresa, un golpe cruel que me dejó hundida y derrotada como nunca; aún no me he repuesto de él.

Aunque era domingo, me desperté a la misma hora de todos los días e intenté pegar los párpados queriendo sumergirme nuevamente en el sueño, pero no pude porque la idea de volver a mi casa me soliviantaba el ánimo. A pesar de mi intención de mantenerme alejada de ellos y sin escuchar lo que me decía mi vocecita interior, fue imposible reprimir las ansias de verlos y cargada de melancolía pensé que la familia estaba para algo, en especial, para compartir todos los momentos, y mi cumpleaños era una excusa perfecta para compartir...

Sobre las doce y media ya había decidido ir a casa. Un rato después, estaba comprando una tarta en La Campana con el propósito de celebrar mi aniversario con los míos, por la hazaña de haber llegado a los veintiocho años y poder sentir ese calor único familiar que tanta falta me hacía.

En el coche, cuando iba pitando por la autopista que me llevaba a reencontrarme con mis padres e incluso con Olga, ya me había arrepentido de lo que estaba haciendo. La realidad se interpuso, tal cual era, entre la carretera y mis ojos. Sentí un pellizco en mi estómago al pensar que mi padre estaría allí. ¿Con qué explicación me presentaría delante de él después de haberle denunciado ante mi profesor? En un segundo cargado de optimismo, pensé que él lo

comprendería al expresar mi añoranza y mi deseo de celebrar mi cumpleaños con él y el resto de la familia.

En un alarde de sensatez, decidí dar la vuelta para iniciar el camino de regreso. En la autopista que une Sevilla con Cádiz es tremendamente difícil rectificar el sentido de la conducción, por lo cual, tuve que esperar un buen trecho con su tiempo correspondiente para poder hacer el cambio de sentido. Cuando llegué a Los Palacios, el punto que me indicaba que podía retornar a Sevilla, había cambiado de nuevo mi opinión y seguí hacia delante con la mente nublada y respirando nostalgia.

Alcancé la puerta de hierro que daba paso al chalet, la cancela estaba atrancada, no funcionaba el mando a distancia y me costó una enormidad abrirla de par en par; fue el primer indicador de lo que sucedería después.

Avancé con el mini hasta el porche donde dejábamos siempre nuestros utilitarios. Varios vehículos estaban aparcados, observé con curiosidad dos de ellos con matrículas recientes, el más grande era un cochazo todo terreno gris metálico de la marca Mercedes, el otro era un deportivo rojo espectacular. Ambos se situaban al lado del pequeño Toyota de mi madre y el BMW de alta gama de mi padre.

Cabía suponer lo que sucedió en cuanto llegué al porche trasero. Delante de la buganvilla gigante y alrededor de una mesa en la que no faltaba de nada, un cúmulo de personas, algunas irreconocibles, comían felices, riendo y brindado por un futuro en el cual yo no estaba. Sus sonrisas se congelaron al verme allí en medio de todos ellos plantada con la tarta que sostenía mi mano derecha a punto de

desplomarse contra el suelo. Di un grito de estupor; la imagen que nunca hubiera querido presenciar la tenía ante mis ojos. Ni en mis peores pesadillas, imaginé la estampa que descubría en ese instante irreversible en mi vida, hasta mi cabeza se negaba a analizar lo que estaba viendo. La fuerza de la imagen lo corrompía todo.

-¡Bonito espectáculo! -bramé.

Mi madre, presa de un nerviosismo exagerado, fue la única que se levantó para recibirme. Contemplé perpleja su piel un poco amoratada a consecuencia de las infiltraciones de botox a las que se había sometido. Con el rostro inflamado, se le hundían sus enormes ojos entre los pómulos y sus labios, morcillones, estaban estirados sin código de barras; parecía otra persona. Su cuerpo, claramente enfajado, mostraba signos de liposucciones en caderas y vientre. Se movía rígida y a trompicones llegó a mi lado.

-¡Miranda! No te esperábamos. ¿Qué haces aquí, hija?

No pude contestar, mis pupilas se movían por cada rostro que allí se encontraba. Miré a Enrique, con su sonrisa irónica acariciaba la mano de mi hermana. Mi padre al lado de su amigo, el cirujano plástico Santos Bermúdez y su actual y operadísima esposa, me miraba con ojos inciertos, casi despreciativos. Y por último, clavé la vista en el sexto comensal, que acompañado de su nueva conquista, una cuarentona estirada y pija, se sentaba alrededor de la mesa cubierta con un impoluto mantel blanco. Cuando constaté que era él, la tarta se estrelló contra el alfombrado césped, milimétricamente cortado por el jardinero al que mi progenitor machacaba con su eterna manía de perfección.

Él giró la cara hacia el lado opuesto del sitio donde yo me hallaba para no encontrarse con mis ojos, que desorbitados, no podían creer lo que descubrían.

-¡Julio! -grité con rabia-. ¡Hijo de puta! ¿Qué pasa? ¡¿No tienes cojones para mirarme a los ojos?!

-¡No seas histérica! -me reconvino mi padre levantándose y dirigiéndose hacia mí rabioso.- ¡Basta de chiquilladas y habla como es debido! ¡Julio está aquí por ser un buen amigo mío! Nos conocemos desde que éramos estudiantes en la facultad de Medicina. ¿Qué te has creído, que puedes cambiar las cosas porque sí? ¡Qué esperabas!, ¿que me metieran en la cárcel? Aquí, la hija de la gran puta, ¡eres tú! ¡¿Cómo has podido hacerme esto?!

Hizo una pausa para coger fuerza y seguir vociferando:

-Entras en mi despacho, robas documentos muy importantes y peligrosos para mí, y luego me denuncias... Y la tarta para qué era, ¿para celebrar encima tu cumpleaños? ¡Venga, hija!, al menos sé consecuente con tus actos. Si no es porque le entregas a Julio los papeles y después él me los devuelve y me pone al corriente de tu traición, hoy estaría dando titulares en toda la prensa, no por mi nombramiento, precisamente, sino por el escándalo que tú pretendías airear, además, estaría metido en un lío de cojones con la justicia. Qué piensas, tontaina, ¿que estoy solo con algunos colegas y el laboratorio en todo esto? No hija, no. El dinero se distribuye entre muchos sectores, entre ellos en el político. Y ese fue tu error: ir a al político equivocado a contarle lo corrupto y asesino que es tu padre...

Sentí su aliento en mi cara, también sentí su mirada fría e infame.

Añadió:

-Y te advierto, no sigas por ese camino...

-¿Me estás amenazando, papá?

-Es un aviso, adivina lo que puedo hacer...

-¿Vas a seguir matando pacientes, papá? ¿O ahora que tienes un despachito en la Junta te dedicarás a tapar con total impunidad a tus intachables colegas que seguirán haciendo caja mientras matan a enfermos o los dejan con secuelas irrecuperables?

-hice una pausa para mirar a mi ex marido con asco-, junto a este imbécil con el que me casé y es socio mayoritario del laboratorio con el que ganas mucho dinero... ¿Por eso das tu aprobación a que tu preciosa hija pequeña y él estén juntos, incluso antes de que nos separáramos? ¡Qué íntegro eres, papi! ¡Cuánto te admiro! -le dije con infinita mordacidad.

Cuando miré nuevamente a Enrique, tenía una mueca venenosa pintada en su cara y sus ojos reflejaban un ávido deseo por verme destruida. Pensé: "El muy cabrón está disfrutando como un cochino en su charca. Seguro que está pensando que ya me advirtió que no conocía a mi familia".

Olga bajó la cabeza unos instantes, después la alzó y mantuvo la barbilla desafiante durante el tiempo que duró mi visita.

Me dirigí a Julio Rincón que detrás de las Ray-Ban y de la cuarentona pija apostada a su lado, se resguardaba de su hipocresía.

-¿Dónde está esa verdad que me enseñabas en la facultad, Julio? ¿Dónde está esa ética personal y profesional que difundías entre los alumnos, día a día, como un mantra, repitiendo que eras un hombre

feliz... libre... progresista... y eso sólo se podía conseguir a base de honestidad y principios sólidos? ¡Un cabrón impostor!, eso es lo que eres: ¡Un cabrón!

Mi inesperada presencia hizo tambalear los cimientos de aquella reunión, la armonía que hacía escasos minutos reinaba bajo el manto de mi padre, el triunfador, saltó por los aires. Mi madre, visiblemente afectada, estaba agarrada a mi brazo, inmersa en una llantina.

-Perdóname Miranda, hija mía. ¡Soy muy débil! -me decía con los ojos enrojecido por las lágrimas que brotaban a borbotones.

-¡De ti me duele más que de nadie! -le grité, también llorando, con la mirada llena de reproches y rota por el dolor que me producía verificar su condescendencia hacia tantas cosas horribles e indignantes.

Me despedí de todos diciéndoles:

-¡Adiós, hasta nunca! Si algo tengo seguro en este momento es que no quiero volver a veros en lo que me resta de vida. Habéis muerto para mí. Será fácil para ti no verme más, ¿verdad Olga?

-¡Hija, no te vayas así, por favor! ¡No podría soportarlo! -me suplicó mi madre pasando de la llantina a una especie de ataque de nervios.

-¡Joder, mamá! ¿Qué quieres qué haga con toda esta mierda?, ¿comérmela y hacer como si no pasara nada? ¿Me siento en la mesa con todos esos sinvergüenzas? ¿Eso es lo que quieres, que me humillen más? ¡De ti jamás hubiera esperado esto, joder, mamá, te has pasado conmigo mucho, muchísimo! Lo siento en el alma, pero antepones actuaciones muy sucias de mi padre y mi hermana a mí y eso es imperdonable. ¿Desde cuándo sabes estas cabronadas y me engañas?

Porque fuiste tú la que me pusiste al corriente de estas marranadas cuando me contaste la visita de un policía, o lo que fuera. Ahora sé que te lo inventaste para ponerme en alerta. Tu intención era vengarte de tu marido porque se había ido de casa con otra, y me utilizaste poniéndome delante el anzuelo de sus sucios negocios. Pero al volver él al redil, cambiaron las cosas y el despecho que sentías se calmó. Ya no te convenía que yo siguiera indagando sobre el tema, por cierto, ¿le has contado a tu querido marido que fuiste tú la que me abriste los ojos?

Me quedé mirándola enfurecida, respiré con dificultad medio asfixiada por el nudo de mi garganta. Cogí aire desesperadamente y pude seguir largando lo que me escocía en el alma:

-¡No puedo pasar por alto esto que me has hecho! ¡Me has utilizado a tu antojo y me has dado una puñalada sabiendo el daño que me causabas! Sabes que me costará superar tu traición, si supero alguna vez este dolor. Nunca te voy a perdonar este golpe bajo. ¡Coño! De una madre jamás se espera que sea tan cabrona con su propia hija. Tu actitud manipuladora y cobarde han podido conmigo... -en ese instante me paré en seco para mirarla fijamente y decirle con el alma rota y el estómago revuelto-: Hoy tenía la ilusión de pasar contigo mi cumpleaños, pensaba que no había nadie en este mundo que me hubiera dado más calor que tú; irónico, ¿eh?... Adiós, mamá, quédate con tu marido, con tu inocente hijita y con tus mentiras: "¡lo mejor del ser humano está dentro de él y para eso no hay bisturí!" -esta última frase la dije gritando y con los ojos ardiendo.

La última visión que tuve de mi madre fue la de una mujer convulsa,

noté su cuerpo temblar como una hoja y un sudor brillante la bañaba por completo.

Cuando salí de El Manantial, la herida era mortal, profunda e incurable. Pero en mi memoria aún guardaba algunos datos de los papeles que sustraje del despacho de mi progenitor, el triunfador. Recordaba un nombre: Feliciano Contreras Ronco, de Chiclana de la Frontera. También me acordé hasta de la calle donde vivía: Carmen Picazo, 23.

Feliciano había fallecido a consecuencia de los tratamientos que le había prescrito mi padre y tras sufrir un colapso en sus órganos vitales expiró, pero sus hijos, al parecer, no quedaron satisfechos con las vagas explicaciones que le habían facilitado desde el hospital e interpusieron una denuncia en la Comisaría de Policía de Cádiz dispuestos a que dicha denuncia llegara al juzgado de primera instancia y emprender una lucha legal para esclarecer las condiciones y las causas concretas que rodearon el fallecimiento del padre.

El Manantial se encuentra a diez minutos de Chiclana yendo en coche,

aunque era domingo, no tenía otra cosa que hacer, excepto llorar, y me dirigí sin pensarlo dos veces al lugar donde había vivido Feliciano para averiguar más cosas acerca de él y de sus hijos.

Entré en Chiclana pasadas las tres de la tarde, aun así, había un tráfico excesivo. Su extraordinaria playa, La Barrosa, acoge durante el puente del quince de agosto a miles de bañistas, que con sus vehículos, se dirigen a ella y colapsan la ciudad durante todo el día.

La calle donde vivía el infausto, se encontraba en la ribera del río Iro que corta a la ciudad en dos bandas. Aparqué como pude en el fondo de la calle, en una zona cuyas casas humildes y la mayoría arruinadas parecían chozas rurales. Encontré inmediatamente el número 23, la casa, en cuestión, olía a abandono y también pertenecía al conjunto de viviendas deprimidas que se alineaban en la profundidad de aquel callejón rodeado de un polígono industrial atestado de naves.

La desgastada puerta marrón aún contenía restos de pintura, que por la fuerte corrosión de la humedad del río y del mar, se había cuarteado en pequeñas escamas. Anudé mi mano derecha y golpeé la parte superior de la puerta y esperé unos segundos, pasados estos sin obtener respuesta, me quedé de pie con los ojos clavados en la madera. Sabía que era la hora de la comida o de la siesta y el momento totalmente inadecuado para visitar a nadie. Volví a repetir la operación y llamé nuevamente, obsesionada por averiguar algún dato o suceso que me pusiera en disposición de denunciar a mi padre, pero esta vez lo efectuaría de otra forma, sabría cómo hacerlo.

Me pareció oír, lejana, una cerradura abrirse, miré a mi derecha y en la puerta de al lado vi algo que parecía un bulto oscuro, fijé mejor la

vista y distinguí a una anciana vestida de negro mirándome con asombro.

-Buenas tardes -le dije, volviéndome hacia ella.

-Buenas -me contestó la anciana escrutándome la cara.

-Señora, usted no me conoce -le expliqué para que dejara el gesto fruncido de su cara intentando ver mi rostro que a todas luces no percibía por la avanzada presbicia que padecía-. Vengo buscando a los hijos de un señor que vivía en esta casa. Feliciano Contreras Ronco, se llamaba.

-El Feliciano hace más de un año que murió, pobrecillo. Tuvo un final muy malo, en poco tiempo se fue para el otro mundo.

-¿Y sus hijos?

-La Virtudes y el Juan, cerraron la casa de un día para otro y se fueron cada uno por su lado sin despedirse de nadie. En la calle los vecinos pensamos que les tocó la lotería y no quisieron decir ni mu, o alguna indemnización les llegó por lo de su padre. Fuera lo que fuera, el caso es que no nos contaron nada, ya le digo, muchacha, se largaron en silencio.

-¿Y usted quién es? -dijo de pronto la anciana.

-¡Huy! Perdón por no decirle cómo me llamo. Soy Miranda Martín, conocí a Feliciano en el hospital, yo era médico cuando él estuvo ingresado en el Puerta del Mar, ahora estoy en Sevilla y no sabía nada de él -le mentí haciéndome un lío monumental.

-¡Ah! -asintió claramente desconcertada.

La explicación ambigua e improvisada de mi relación con Feliciano había colado en la pobre señora que no sabía qué pensar.

-Mire, si usted quiere saber más de esta familia hable con la Leonor, vive en la esquina en el número 27. Ella sabe más que yo sobre estos desdichados.

-Gracias, señora, muy amable...

No me dio tiempo de acabar la frase. Cerró el portón dando por terminada nuestra conversación. A pocos metros y en la misma acera se situaba el número 27, también la desportillada puerta estaba desvencijada y necesitaba una mano de pintura. Llamé con ímpetu dispuesta a todo, aunque era consciente de que el horario no era el adecuado para tanta fuerza. Al cabo de unos segundos, abrió la Leonor, iba embutida en una bata beige casi transparente y nada más verla me pareció una mujer de edad indefinible, pensé que rondaba los cuarenta. Su tez morena contrastaba con las mechas rubias de sus cabellos largos y lacio. Una mirada directa e incisiva le imprimía carácter a su rostro.

-Buenas tardes -le dije-. ¿Es usted Leonor?

-Sí -me respondió parca y molesta por la hora de la visita.

-Mire... Me llamo Miranda Martín y soy médico. Quisiera saber sobre los hijos de Feliciano, el señor que vivía en el 23.

-Usted dirá...

-Sabría usted decirme dónde podría encontrarlos, su dirección, vamos.

-¿Por qué quiere saber dónde viven?

-No sé muy bien como explicárselo. -le dije pensando en el argumento algo extraño que le di a la otra vecina e intuía que con Leonor no iba a funcionar.

-Inténtelo

-Pues verá, quisiera informarles sobre una cuestión referente al fallecimiento de su padre.

Leonor se quedó inmóvil con la mirada perdida, después alzó la cabeza, movió sus pupilas hacia las mías y me dijo:

-No creo que sus hijos quieran saber más sobre la muerte del padre. Fue extraño, porque estaban muy indignados, pero un día desapareció el enfado que arrastraban desde su fallecimiento, cogieron sus cosas y se largaron

-¿A dónde?

-Virtudes decidió irse del pueblo, aunque ella ha sido siempre muy de aquí, chiclanera de pura cepa... Y sin venir a cuento, se compró un piso en Cádiz frente al mar, creo que en el edificio Arratio…, no, Arratia, o algo así. Ningún vecino tenemos claro el porqué se fue de Chiclana. Es lo único que sé de ella; del Juan no tengo ni idea, por aquí aseguran que se marchó a Canarias.

-¿A Canarias?

-Dicen... que en busca de una antigua novia.

En milésimas de segundo rechacé la idea de una entrevista con Juan, el hijo de Feliciano, por razones obvias, pero sí decidí hacerlo con Virtudes.

Me despedí de Leonor agradeciéndole su información y disculpándome por la hora de presentarme en su casa, inmediatamente corrí hasta el mini, tenía muy claro mi rumbo por la A-48 que me encaminaba hacia Cádiz.

Sabía perfectamente donde se ubicaba el edificio Arratia, una compañera del colegio Las Esclavas había vivido allí dos años, era un

edificio situado enfrente de la playa de La Victoria, los piso eran amplios, la estructura fuerte, de fachada clara, bien construidos. El valor de la vivienda adquirida por Virtudes superaba con creces el nivel económico de ella, este era un dato que no había pasado desapercibido desde que Leonor me indicó el lugar donde vivía actualmente su vecina, además, había que tenerlo en cuenta a la hora de extraer alguna conclusión de la estampida de los dos hermanos de su Chiclana natal.

Entré por la puerta del edificio Arratia al mismo tiempo que un joven. Aproveché su llave para seguirle y atravesar el umbral con una sonrisa muy natural. Me dirigí a los buzones y comencé a escrutarlos con máximo interés siguiendo un orden. Comencé de izquierda a derecha y de arriba a bajo, hacia la mitad del escudriño me topé con el nombre de Virtudes, vivía en el cuarto D.

Mientras subía por el ascensor, componía en mi cabeza las palabras que le iba a decir, también preparaba un argumento lógico para que me dejara entrar en su casa y poder hablar con ella. El timbre sonó, aguardé tensa a que abriera la puerta la hija de Feliciano, pero este hecho no se produjo. Insistí con un timbrazo monumental, esperé otro rato y nada, Virtudes no aparecía. Convencida de que no se hallaba en su casa, me dirigí otra vez al ascensor, entonces se abrió la puerta y se asomó tras ella una mujer enorme, de unas dimensiones exageradas, me miraba con un camisón diminuto, calculé que con dos tallas menos de lo que le correspondía. Su altura y corpulencia nada tenían que ver con lo que yo había imaginado. Me esperaba una Virtudes pequeña y enjuta y ahora estaba delante de una mole con forma de tinaja.

Intimidada por el volumen de la mujer y casi tartamudeando le pregunté si era Virtudes.

-¿Quién es usted? -fue lo primero que me preguntó ella a mí-. ¿Qué quiere? -fue lo siguiente. Y continuó claramente enfadada-: Si lo que desea es vender algo, la respuesta es no. En pleno puente de la Virgen y a la hora de la siesta llaman al timbre como si nada. Ustedes no respetan nada; ni fechas, ni horas. La cosa es vender como sea...

-Perdone, Virtudes... ¿Porque usted es Virtudes, no? Mire, yo no soy una vendedora ni vengo a eso.

-Si soy Virtudes o no, qué importa. Dígame de una vez por qué ha llamado a mi puerta a las cinco de la tarde en pleno mes de agosto.

-Vengo para hablarle de su padre, Feliciano Contreras Ronco.

El semblante de la mujer se transmutó en una décima de segundo, su seguridad se esfumó como azucarillo en el agua y sus ojos entraron en un desconcierto que me turbaron también a mí.

-¿Qué tiene que decirme de mi padre? -me dijo con la mirada perdida en algún lugar del suelo.

-Quiero hablarle de las circunstancias que rodearon su muerte.

-De eso no quiero oír nada. ¡Márchese!

-Por favor, le pido que me escuche, solo quiero saber una cosa.

-¿De qué se trata? -me preguntó nerviosa.

-¿Por qué no siguieron adelante con la denuncia por mala praxis que interpusieron su hermano y usted contra el médico que atendió a su padre?

-No tengo por qué contestarle, pero voy a hacerlo. En su momento tanto mi hermano como yo creímos que habían motivos suficientes

para demandar al médico y cometimos el error de hacerlo, pero tras recibir las aclaraciones que personalmente nos ofrecieron don José Martín y su abogado, supimos que no existían actos punibles para interponer una denuncia. Nos convencieron satisfactoriamente con sus explicaciones y argumentos -Virtudes alzó la cara y me miró de reojo y me dijo:

-¿Queda satisfecha su curiosidad? Además, ¿quién es usted?

-Soy Miranda Martín, hija del neurólogo José Martín, que atendió a su padre antes de su muerte; yo también soy médico e intento sacar a la luz un negocio criminal, con el propósito de que caiga todo el peso de la ley sobre los responsables que lo sostienen. Hasta donde yo he averiguado, por este negocio han fallecido últimamente muchos pacientes en varios hospitales de la provincia, todos los infortunados padecían enfermedades neurológicas leves, sin embargo, se les suministró tratamientos brutales y a consecuencia de ellos murieron y otros quedaron con grandes secuelas crónicas. Virtudes, sé que su padre fue una víctima de esta infamia.

La mujer bajó la cabeza para que yo no contemplara sus ojos anegados y cerró los puños en un intento de disimular el temblor que se apoderó de sus manos.

-No quiero hablar de este tema, así que por favor váyase y déjeme en paz -me suplicó.

-¿Cuánto dinero le han dado para comprar su silencio y el de su hermano y olviden lo que hicieron con su padre? -ataqué segura de mis palabras.

-Sssshh... Calle, se lo ruego. Se puede enterar cualquier vecino.

Sabía que mis palabras la mortificaron porque habían dado en la diana. Toda su corpulencia quedó reducida a un manojo de nervios vulnerable y frágil, nada que ver con la mujer que me encaró cuando abrió su puerta.

-¿Podemos pasar a su casa? -le propuse para seguir conversando.

Virtudes se apartó del hueco que tapaba con su grandioso cuerpo y me dejó espacio para franquear su vivienda.

El excelente mármol blanco del suelo, las paredes recién pintadas en tonos claros, el aroma nuevo de los muebles de madera y el brillo sin mácula de las lámparas me hicieron pensar que el piso de Virtudes en el edificio Arratia era el polo opuesto a la vivienda que había abandonado en Chiclana.

Nos sentamos en el salón, era grande y luminoso. La Victoria se divisaba desde el magnífico balcón, miles de bañistas se movían entre su arena y su mar, los chiringuitos se encontraban repletos de gente bebiendo y comiendo a placer. Los días de fiesta estaban en el momento culmen y la playa era el fiel reflejo del almanaque.

-A ver, Virtudes -comencé diciendo- Es importante que me cuente el soborno al que han sido sometidos. Quiero conseguir desenmascarar a la partida de sinvergüenzas que están traficando, sin escrúpulos, con enfermedades, fármacos y vidas humanas. Lo hacen con pacientes con perfiles parecidos al de su padre. Virtudes, si usted estuviera dispuesta a declarar ante un juez se destaparía esta canallesca trama.

-Sí -murmuró- hemos aceptado mucho dinero por callar, pero nunca lo declararemos ante un juez. ¿Usted sabe lo que es vivir en la miseria,... Se ve que no, que ha tenido una existencia confortable. Su padre es un

sinvergüenza, lo sé, y todos los que le rodean en este asunto, aún más; también lo sé. Pero mi padre, desgraciadamente, ya está muerto y mi declaración no me lo devolvería, así que jamás lo haré. Además, tanto Juan como yo firmamos un documento en el que aceptábamos lo que ellos nos explicaron. El abogado nos lo dejó muy claro después de darnos el dinero: "Tras las firmas, ustedes aceptan que el fallecimiento de su padre se produjo por la grave enfermedad que padecía, en ningún caso por mala praxis", esas fueron sus palabras textuales. Además, la suma tan elevada de dinero, con la que callaron nuestras bocas, la depositaron en una bolsa de deportes que pasó del maletero del vehículo del abogado al maletero del coche de mi hermano sin dejar rastro en ninguna cuenta bancaria e implicaba que nos fuéramos de Chiclana, para no tener que dar explicaciones a nadie. Mire, Miranda -añadió- aunque yo quisiera no le podría ayudar, nos tienen cogidos legalmente.

-Aunque hayan firmado un documento, pueden alegar el soborno para invalidarlo. Creo que habrá algún camino legal para deshacer esta maniobra…

-¡Nunca, Miranda! -me cortó en seco- Se lo he explicado muy claro. No voy a ser yo quien destape esta porquería. Lo siento. Y ahora, por favor, ¿se puede marchar de mi casa? Me encuentro mal y prefiero estar sola.

-De acuerdo -le dije vencida-. Me voy pero le dejo el número de mi móvil, si por cualquier causa cambia de opinión, me lo hace saber. Adiós.

Sentí un extraño desaliento cuando me despedí de Virtudes. El día

había sido nefasto, mi último esfuerzo por destapar las manipulaciones de mi padre había fracasado. Recobré como pude mi estado de ánimo y la autopista que me llevaba a casa se me hizo interminable.

Llegó Octubre. Había transcurrido lentamente el final de la época estival y al comienzo del otoño, cuando el calor insoportable del verano decae y Sevilla arranca de su letargo y se puede respirar, empezaron las clases de baile. Esperaba con muchas ansias este acontecimiento, necesitaba introducirme en el Polígono Sur, en el barrio Murillo, pisar el parqué de la academia para sentir que, de nuevo, algo llenaba mi vida. Precisaba sentir esa brizna de felicidad que me proporcionaba el baile flamenco y mis compañeros de danza.

El día que llegué a la academia, encontré a Becky mucho más delgada y ojerosa de lo normal. Continuó sola su proyecto empresarial, aunque consiguió la ayuda incondicional de Rafael y Pastori, que en su cuarto mes de embarazo y con treinta y ocho años, había dejado el tablao de Juan Marchena y se dedicaba a trabajar en la academia centrándose en las tareas administrativas y como me decía ella: “Doctora, hago de bombero en esta bendita casa, apago el fuego donde salte”.

Era la encargada de realizar los horarios, atendía el teléfono y recitaba

de memoria, como Berny, las tarifas y los horarios a todos los que llamaban interesándose por las clases. Defendía sus dominios con el brío y la labia que se adquiere cuando uno se cría entre aquellas calles. Sacaba las garras como una fiera en cuanto olfateaba a las bestias humanas acechar alrededor de la academia con la intención de robar, de apedrear los cristales de los ventanales o tatuar la fachada del local, expeliéndolas como lava de volcán.

La academia siguió funcionando como antes, parecía que nada hubiera pasado entre aquella pareja que nos acogieron el primer día que Maribel y yo pusimos nuestros pies allí; Becky jamás hablaba de su ex compañero, parecía difunto y enterrado en su memoria, nosotros tampoco lo mencionábamos y poco a poco la estela de Berny se fue difuminando hasta desaparecer de nuestras vidas. Rafael sustituyó a Berny y al Ruso, el muchacho no daba abasto y se multiplicaba por dos cuando podía. El Ruso aún latía dentro de mi corazón, pero poco sabía de él, aunque Sergio me daba alguna vez noticias suyas.

Solo Sergio recibía de tarde en tarde un correo electrónico, donde le comunicaba el gitano qué hacía y cómo estaba, sin especificar detalladamente las tareas que realizaba en Madagascar. Sí supe, sonsacándole con disimulo a Sergio, que estaba en una aldea al sur de la isla, ayudando con otros cooperantes españoles y extranjeros: ingleses, americanos, portugueses..., a construir un acueducto y un pozo de agua salubre. Nunca me mencionaba en sus e-mails y mi vida, cada día que pasaba, se derrumbaba un poco más. Solo el trabajo me sacaba a flote y, mis amigos, también contribuían a que mi aciaga existencia no fuera para pegarse un tiro y perder el poco sentido

común que me quedaba.

De forma absurda, durante un tiempo, estuve convencida de que Virtudes me llamaría en algún momento para ayudarme en mi objetivo de desenmascarar a mi padre y sus compinches, pero no lo hizo y mis expectativas de justicia también se evaporaron.

Las noches comenzaron a aterrarme, mis sueños me atormentaban de tal forma que prefería estar despierta. La congoja era especialmente insoportable cuando mi madre aparecía en ellos, la sentía siempre suave y muy tierna, abrazándome con fuerza, estrechándome con mucho amor. Al despertar, las lágrimas salpicaban las tostadas del desayuno que rara vez masticaba sin que estuvieran impregnadas de llanto.

En pocos meses, había pasado de vivir subida en una montaña rusa y en un caos interno de vértigo, a llevar, en la actualidad, una existencia monótona y hueca que me dejaba sin energías y sin ritmo vital. Ninguna ilusión adornaba mi vida, la nada más absoluta quemaba mi alma; este vacío me enloquecía y me preguntaba obsesivamente cómo había perdido tanto en tan poco tiempo.

Estas sensaciones comenzaron a hacer mella y empecé a sentirme culpable de todo lo que había ocurrido y ocurría a mi alrededor, llegué a dudar de mi intención cuando denuncié a mi padre ante mi profesor por su infame tráfico con vidas humanas; de la huida del Ruso a África; de la renuncia a pertenecer a mi familia por lo traidores que habían sido conmigo; de que los beneficios anuales del hospital no fueran lo suficientemente buenos como predijo el perpetua insatisfecha Patricia Roca, la gerente del Bellavista; de que la relación

de Álvaro con su novia se iba congelando a pasos agigantados; de que el planeta Tierra se calentaba sin remedio; de que la hambruna asolaba a medio mundo; de que la Bolsa de Madrid subiera o bajara todos los días; de que España no acabara de salir de la crisis económica. Pensaba que algún granito de arena habría puesto yo para desencadenar tantas calamidades. La severidad con la que yo misma me juzgaba me pasó factura y presa de un desquiciamiento desgarrador me adentré en un túnel oscuro, sin salida, donde todo me daba miedo.

Hasta que una tarde apareció ella en el hall de la academia preguntando por mí. Las dos puertas del aula donde danzábamos estaban abiertas de par en par; un calor insoportable hacía imposible cerrarlas. Desde la clase divisábamos el recibidor, donde Pastori, tras el mostrador, trabajaba. En medio de las bulerías entreví de reojo a una mujer pequeña, piel morena, nariz recta y aguileña, de avanzada edad con el pelo estirado y atado de forma inconfundible en su nuca, dos o tres peinetas a cada lado sujetaban los canosos mechones que partían de sus sienes. La gitana abrazaba a Pastori con confianza. Después, las vislumbré sonriendo y mirar hacia dentro, incluso me pareció que clavaban sus ojos en mí. Un latigazo sacudió mi interior, porque desde que la vi supe quién era.

Terminamos la clase y recorrí, sin que nadie me llamara, la distancia que nos separaba. Con el sudor perlando mi frente, la falda negra y los tacones aún puestos, me situé delante de ellas. Pastori me sonreía a medida que me acercaba y la mujer no quitaba sus retinas de mí.

-Doctora, esta señora es la abuela del Ruso -me dijo Pastori asiendo mi

brazo cariñosamente.

Oí un suspiro salir de los labios de la Chata y me dijo:

-Ay, señorita, qué guapa y alta es usted. Comprendo la devoción que mi Manuel le tenía...

-Por favor, señora, no me hable de usted, creo que soy muy joven.

-Pero es doctora -me respondió como su nieto la primera vez que nos vimos.

La calidez de sus ojos y sus palabras impregnaban el aire. Era una mujer de poca estatura y metidita en carnes, pero una extraña palidez amarilleaba su cara, intuí que no se encontraba con buena salud.

-Mira, doctora, la Chata ha venido hasta aquí porque quiere pedirte algo -terció Pastori.

-Dígame señora -le dije contagiándome de la paz que allí se respiraba.

-Verá, si no es molestia, me gustaría hablar con usted de mi Manuel.

Le sonreí suplicándole que me tuteara:

-Perdona, hija mía, es que me cuesta tutear a la gente que considero más importante que yo, aunque sea tan joven como tú -murmuró avergonzada.

-Haga lo que quiera o le salga, pero me encantaría que lo hiciera.

Pastori nos miraba embelesada percibiendo como se creaba entre nosotras un puente lleno de cordialidad.

-Llevo una temporada que no me encuentro bien, me duele el costado y la espalda, no tengo fuerzas para nada y una tos me obliga a no pegar ojo en toda la noche porque casi no puedo respirar, me ahogo en cuanto me acuesto, pero bueno, esto no es lo importante. Mira, vengo del ambulatorio y don Mariano se ha puesto muy serio

conmigo; don Mariano es mi médico de hace ya unos años, lo menos quince... Pasa consulta ahí mismo en la esquina de la academia. Total, que cuando ha echado un ojo a los resultados de mi análisis de sangre y a la radiografía que me hice la semana pasada, me ha dicho que no le gusta ni un pelo lo que ha visto y me ha dado el volante para ir al niumólo... no sé decirlo

-Neumólogo -le aclaré sonriendo.

-Eso, "niumólogo". Pues como te decía, vengo de la consulta, y me ha dado una angustia muy grande después de verle la cara a don Mariano y he pensado en mi nieto... Si me pasa algo, me gustaría verlo antes. Está tan lejos que no sé nada de él. Yo creo que por eso me he puesto mala. Me llamó una vez al poco de irse para decirme que llegó bien y estaba perfecto. Pero solo pudimos hablar durante un minuto. Me explicó, corriendo, que no podía mantener la línea más tiempo, también me contó que las cosas allí son muy diferentes... que nos quejamos de cómo estamos en Las Tres Mil Viviendas, pero más quisieran los negritos que viven allí en "Magadascar" comer todos los días como aquí, tener estos adelantos y beber agua potable. ¡Pobres criaturas!

La Chata me cogió las dos manos, sentí un calor especial, muy reconfortante, me pareció que el Ruso estaba allí entre nosotras, me miró fijamente y me dijo:

-Te lo suplico, doctora, devuélveme a mi nieto, sé que decidió marcharse a esa tierra tan lejana por ti, quería protegerte y tú eres la única persona que me lo puedes traer. Gracias a Dios tengo capital, me tocó en los ciegos mucho parné el verano pasado, tanto, que los duros

no me los voy a gastar; de eso estoy segura -la Chata se quedó pensando unos instantes y añadió: Por dinero no hay problema para hacer ese viaje, aunque el avión sea muy caro, yo lo puedo costear... Pero quiero ver a mi Manuel lo antes posible, presiento que me queda poco tiempo de vida, noto como a medida que pasan los días tengo más fatiga...

Me quedé de piedra, sin gota de sangre en mis venas. La petición de la Chata se filtró en mi cerebro sin tiempo a descifrar su contundencia. También supe que era mi deber, quizás mi destino, hacer que volviera el Ruso y cumplir los deseos de la Chata: pasar al lado de su nieto el tiempo que le quedara. Vi a la pobre mujer tan afligida que cuando me di cuenta ya le había dicho:

-No se preocupe, señora, haré lo que esté en mis manos para que su nieto vuelva a su casa, pero antes, si me lo permite, me gustaría explorarla yo misma junto a mi compañero Borja Castillo, el neumólogo de mi hospital.

Me giré hacia Pastori y le dije:

-Pastori, si no te viene mal, mañana temprano acercas a Manuela a Las Cruces, allí le hacemos una valoración más precisa de lo que padece - me quedé con la mirada fija en la cara de la Chata intuyendo su dolencia.

-De mil amores, yo por esta mujer hago lo que haga falta. Mañana a eso de las nueve estamos allí -dijo con los ojos brillantes.

-Muy bien. Subís a la tercera planta, allí os espero en mi despacho, ¿de acuerdo?

Cuando Maruca y el resto de mis compañeros advirtieron la presencia

de la Chata, la rodearon cariñosamente preguntándole por el Ruso, ella les contestaba resignada con el ceño doliente, que no sabía nada de él. Sergio, sorprendentemente, advirtiendo la tristeza de la abuela de su amigo, se acercó a la pobre mujer y le aclaró que la última vez que el Ruso le envió un e-mail, le informaba que se encontraba bien, pero solo podía enviar correos electrónicos cuando se trasladaban a Toliara Urban, la capital de la provincia donde se hallaban. Aprovechando que estaban allí, se acercaban al Bank Ankazoabo y chapurreando el malgache, lengua oficial de Madagascar -le aclaró Sergio a la Chata al ver su gesto de perplejidad-, se comunicaban con un amable empleado que les dejaba enviar los "e-mails" desde el único ordenador que disponían en la sucursal. Casi siempre viajaban a la capital de la provincia para comprar medicinas, herramientas o para realizar cualquier otro asunto imprescindible para avanzar en las obras que estaban efectuando. Desde que llegó a su aeropuerto, hacía ya cuatro meses, solo en una ocasión había viajado hasta Antananarivo, capital del país, y fue para trasladar de urgencia a una niña, Ranavalona, aquejada de un virus desconocido y letal que le producía grandes espasmos y una peligrosa asfixia creciente y requirió internamiento en el único hospital público de la capital que tenía en plantilla a un médico internista. El Ruso se encargó de trasladarla, medio muerta, en un carromato arcaico que se le paraba cada dos por tres por los matorrales espinosos coexistentes en el suelo del estrecho camino sin pavimentar que tuvieron que recorrer durante muchos kilómetros; los hierbajos resecos y punzantes se enredaba continuamente en las ruedas del desvencijado vehículo, impidiendo su

avance. Tuvo que cambiar las ruedas varias veces, parchearlas por la cantidad de agujeros horadados en sus cubiertas de goma...

Sergio detuvo súbitamente la narración para tragar saliva, después siguió con su inesperado testimonio:

-El Ruso, los días que estuvo la niña ingresada y aislada totalmente, los pasó en la calle sin dinero para pagar un alojamiento, comía arroz, espinacas, cuando podía y gracias a la generosidad de algunos ciudadanos, que compadecidos, le ofrecían un poco de sus propias comidas y algún mango extraviado por el suelo del mercado de frutas. En la puerta del hospital se sentaba y atravesaba las horas nocturnas dando cabezadas, hasta que el médico se percató y le abrió una especie de sala de espera con asientos sucios, estropeados por el uso, para que el Ruso pudiera guarecerse de la intemperie, hasta que Ranavalona pasó a planta y pudo compartir con ella la habitación junto a otros ocho enfermos con sus familiares.

A la vuelta de Antananarivo con la niña curada, lo nombraron "el salvador" de la aldea y todos, especialmente la familia de la chiquilla, lo veneran por su hazaña como un líder tribal. Al ser Madagascar un país esotérico, yo diría que espiritual, creen que el Ruso es una especie de sabio, de ser divino que puede hacer milagros, por eso, algunas veces, se siente un poco abrumado por tanta responsabilidad que le han echado sobre los hombros. Sus compañeros, también confían plenamente en él y no dan un paso sin consultarle. En resumen, el Ruso es imprescindible para que todos los proyectos que están en marcha concluyan con éxito.

Nos quedamos boquiabiertos con la información tan detallada que

Sergio nos proporcionaba, particularmente, la Chata, que no salía de su asombro. Rodeamos en corro al muchacho preguntándole, al unísono, cómo sabía tanto del Ruso. Nos contestó que todo esto lo sabía a través de los extensos correos electrónicos que recibía de su amigo de vez en cuando, donde le explicaba sus dudas, sus temores a fracasar, a no estar a la altura suficiente cuando tomaba medidas importantes decidiendo sobre el futuro de la aldea y para llevar a cabo tantos planes que le habían confiado.

-Qué calladito te lo tenías -le dije sin reprimir mi inexplicable indignación.

-No me he callado. Es que no me habéis preguntado por él -contestó sin perder la calma.

Maruca intervino apreciando mi gesto hostil y le sonsacó lo que todos queríamos saber: si él se podía comunicar con el Ruso.

-Eso es muy complicado. Está en una zona remota al sur de Madagascar sin electricidad, no hay teléfono, ni siquiera oficina de correos. La poca correspondencia que les llega la recogen en un apartado en Toliara Urban y la mayoría de las veces las cartas se pierden por el camino. Yo mismo le he escrito en tres ocasiones y a la vista de sus e-mails, creo que no ha recibido ninguna de mis misivas.

-¡Dios, mío! -exclamó la Chata tras oír la respuesta de Sergio.

Las vi sentadas en la sala de espera. Borja, el neumólogo, y yo caminábamos lentamente sobre el brillante mármol de la tercera planta, encerrados en nuestras batas blancas. Portábamos los

resultados que habíamos realizado, una semana antes, a la Chata y el diagnóstico era claro: Carcinoma en ambos pulmones. Los diversos tumores que se alojaban en el organismo de la mujer, se hallaban en fase avanzada con lo cual hacía imposible la intervención quirúrgica. La Chata se moría y en un plazo no superior a seis meses.

Me senté a su lado tras despedir a Borja. Éste se fue con una sonrisa triste mirando a la Chata. Pastori clavaba sus pupilas en mí con creciente inquietud sospechando el veredicto. Yo esquivaba su mirada incisiva, era difícil decir la verdad. Le cogí la mano a la abuela del Ruso, se la acaricié varias veces, después me enfrenté a sus ojos. Antes de que yo pudiera hablar ella me preguntó:

-¿Cuánto me queda? Es lo único que me interesa.

Segura, fuerte, sin atisbo de dudas concluyó aquella frase, yo no logré disfrazar la realidad, convencerla de que nunca se sabe..., que cada enfermo reacciona de una forma..., que la quimioterapia hace milagros..., que la medicina no es una ciencia exacta... No pude. Ella me obligaba a revelarle lo que yo sabía y así lo hice:

-Seis meses, Manuela.

Entonces fue la gitana la que se apoderó de mi mano y la arrulló de igual forma que yo se la acaricié hacía solo unos instantes, antes de comunicarle su sentencia de muerte.

-Doctora, tiene ese tiempo para traérmelo -me dijo con los ojos anegados.

-Necesito un mes -le dije a la gerente del hospital.

-¡Un mes! ¡Ni hablar! Ahora es cuando más trabajo tenemos y no puedo prescindir de ti.

-Lo sé, Patricia. Si no fuese importante para mí, no te lo pediría.

-Lo siento Miranda, es imposible que te vayas en este momento

-La que lo siente soy yo por ti. Me voy dentro de una semana, me des o no permiso,

-le dije segura.

-¿A dónde?

-A Madagascar.

-¡¿A Madagascar?! ¡Qué puñetas se te ha perdido allí!...

-No lo entenderías, así que no te lo voy a explicar...

-¡Dios, mío! Encima con secretos... ¿Pero qué pasa en este hospital? ¿Cada uno hace lo que le da la gana?

-Eso es injusto, Patricia, el hospital funciona perfectamente. Solo te pido un mes, creo que no es tanto tiempo después de haberme visto

trabajar, sin horarios y a lo bestia, mientras poníamos en marcha la clínica.

-Es cierto, Miranda, no lo niego, pero el problema no es que te marches un mes, el problema es el momento... Tenemos el hospital lleno hasta la bandera.... Sin ti, estoy seguro que esto no funciona.

-Lo tengo arreglado... -le dije con mucha calma- ¿Te acuerdas de Maribel Avecilla? Es médico adjunto de cirugía vascular en el hospital Virgen del Rocío, fue mi tutora cuando realicé la residencia allí, además, es mi amiga desde entonces. Se ha ofrecido a operar en los casos urgentes que se presenten durante mi ausencia y la cirugía que pueda esperar, se retrasa hasta mi vuelta. El resto de mi equipo es excelente y sabrá qué hacer en todo momento... También cuento contigo y con el director médico, espero que me supláis en los trabajos de supervisión que llevo a cabo diariamente. Si no fuera importante para mí, no te lo pediría...

Me relajé un poco al observar a Patricia. Que fuera Maribel quien me sustituyera en el quirófano, le agradaba. Lo podía ver en su rostro. Su mirada furibunda la iba cambiando lentamente por otra que reflejaba más conformidad a medida que oía el planteamiento que, con todo lujo de detalles, yo le explicaba sobre la meticulosa organización con la que dejaba el Servicio. Todo estaba controlado con suma escrupulosidad y no había resquicio a la improvisación.

Tras concluir mi exposición, la gerente se sentó en su sillón detrás de su imponente mesa ovalada y me miró a los ojos a través de sus gafas de montura metálica:

-Está bien, un mes... Ni un día más, Miranda.

La alegría pudo conmigo. Me acerqué y le besé en la mejilla derecha.
-Gracias, Patricia -le dije riendo.
A Patricia se le escapó una sonrisa al contemplar mi regocijo.

En el último e-mail que Sergio recibió del Ruso, le comunicaba que se había trasladado a Itampolo, una aldea situada en la costa oeste al sur del país, con la intención de ayudar en la distribución de alimentos terapéuticos para combatir la desnutrición en aquella zona. Seguía unido a Unicef, organización que trabaja a fondo en Madagascar, y era fundamental para que los centros especializados en nutrición siguieran funcionando, aunque, cada vez, con menos personal cualificado.
Me puse en contacto con esta organización para programar mi viaje. Me atendió por teléfono Goya, una eficiente cooperante de esta ONG en Madrid. Me prometió que me llamaría cuando organizara mi llegada a Antananarivo. Cuando supo mi procedencia y mi profesión me suplicó que llevara todo los fármacos que pudiera, especialmente, Pulmpy'doz (suplemento alimenticio rico en vitaminas y minerales diseñado para prevenir la desnutrición grave aguda en niños).
Los días previos a mi partida, intimé con la Chata, ella estuvo ingresada una semana a causa de la quimioterapia; el primer ciclo le produjo, como efecto secundario, una reacción alérgica grave y hubo que internarla y decidir la supresión del tratamiento. Manuela estaba dentro del cupo de personas que sus organismos no soportan este cóctel molotov realizado a base de fármacos.
Pero al cabo de una semana y sin estar restablecida, le tuvimos que

dar el alta, quería irse a su casa a toda costa; no hubo manera de convencerla. Así que entre Pastori, Rafael, Maruca, Sergio, Maribel y yo, establecimos un turno para cuidarla. En El Murillo se volcaron con ella, sus vecinas sin mediar palabras, la atendían de día y de noche, no la dejaban sola ni un momento, aun así, nosotros también estuvimos pendientes. Sergio no faltó ni un día; a la misma hora llegaba y a la misma hora se iba. Se sentaba al lado de la Chata y no abría la boca. Cuando llegaba Maruca, él se marchaba, pero antes besaba la frente de la anciana en un gesto sorprendente y alentador.

Maruca le tomaba la tensión y la temperatura diariamente cuando salía del Valme, Maribel y yo la auscultábamos, oyendo los murmullos cada vez más preocupantes de sus pulmones, Pastori y Rafael le llenaban la nevera y la despensa, también le cocinaban unos caldos de pollo, puerros, apio, zanahorias y una ramita de hierba buena que olían desde que entrabas por las escaleras del desvencijado edificio.

El último día que estuve con ella antes de partir para Madagascar, fui a su casa para despedirme y me senté a su lado, ella se hallaba en su mecedora tapizada con tela de cretona adornada con infinitas flores, aunque los colores del estampado no mantenían la viveza de antaño. Balanceándose suavemente, permanecía siempre sentada, la cama no la aguantaba y lo poco que dormía lo hacía incorporada en esa vieja butaca. Decía que respiraba mejor.

–En esta mecedora arrullaba todas las noches, hasta que se me quedaba fritito, a mi Manuel. Mi niño cumplió los cuatro años en mis brazos, después creció y él mismo ya no quiso, prefería acostarse solito -me dijo con nostalgia.

Apreció su semblante muy triste, quise que no sufriera más por su nieto y cambié el tema. Impulsivamente, sin pensarlo bien, le pregunté por su nariz. Yo misma me sorprendí de mis palabras cuando ya estaban en el aire

-No entiendo por qué le llaman la Chata, cuando su nariz es afilada y más bien larga

-le comenté con las mejillas arreboladas por la vergüenza que sentí.

La mujer me miró con ojos pícaros viendo mi azoramiento tras la frase que había pronunciado a bocajarro. Se rió unos instantes y después le sobrevino un arranque de tos provocado por la carcajada.

-¡Ay, hija mía! En Las Tres Mil hay mucha guasa. Mi abuelo tenía unas napias descomunales, tan grandes eran, que no pasaban desapercibidas para nadie. Los más socarrones empezaron a decirle el Chato, precisamente porque era lo contrario y toda su familia somos los Chatos, aunque tengamos una narices grandes... Por eso me llaman la Chata. Así es el Murillo, se apoda a la gente por lo que no tiene, o por lo que le sobra... Por ejemplo, mi compadre el Guapo, es muy feo el pobre, y mi prima Paqui, la Larga, es muy chica,... otros le llaman la Enana. Al vecino de arriba le dicen el Pelúo, y es calvo como una bombilla... Otros le llaman el Calvorota. Te podría decir muchos más. Aquí lo raro es que te nombren como te pusieron tu padre y tu madre.

Estuve riendo un buen rato con la Chata por la gracia que le añadía a las anécdotas que acontecían diariamente en El Polígono. Manuela era una mujer chispeante, muy graciosa, contaba los acontecimientos que ocurrían en aquellas calles, esquinas y plazas con un gracia especial, nunca se reía de los demás, sino de sus historietas, de lo genial que

puede ser cualquier situación absurda repleta de diálogos de besugos. Estuvo locuaz, divertida y ocurrente. La misma risa que le provocaban algunas de sus chanzas le hacía toser más de la cuenta, pero cuando se calmaba, seguía como si nada, con otra anécdota que nos doblaba por las carcajadas.

Aquella tarde, me llamó la atención el humor con el que se describía a ella misma, bromeaba de sus cosas, sin complejos, demostrando una inteligencia y flexibilidad extraordinarias. Una mujer casi analfabeta, con un vocabulario reducido y mal pronunciado, era un ser humano muy atrayente, desprendía un magnetismo impresionante. Una bondad casi palpable la caracterizaba, te hacía sentir bien, muy a gusto a su lado. El tiempo con ella pasaba rápido, sin saber cómo, ni cuándo. Debo reconocer que durante esos días me sedujo, sentía una atracción por la Chata semejante a la que sentía por mi madre cuando era pequeña… Ella me envolvía las manos, transmitiéndome ese calor único, familiar, adivinando que yo lo necesitaba en esos momentos. Nunca le hablé de mi familia, pero ignoro cómo supo de mi dolor profundo, de la herida que sangraba en mi alma, de las noches en vela, de mi nostalgia... Ella lo supo y me consolaba sin palabras. No era yo la que iba a cuidarla a las casas verdes donde ella vivía... Más bien, era la Chata la que me cuidaba.

Ese día, tras las risas, se levantó un poco torpe de su mecedora, se acercó cojeando a un aparador que constituía uno de los muebles del viejo comedor que adornaba gran parte de la diminuta sala, abrió un cajón y sacó unos billetes enroscados y sujetos por una gomilla.

-Esto es para mi Manuel. Ya sé que no quieres aceptar ni un euro para

ti, por mucho que he insistido, no he podido convencerte, pero mi Manuel tiene que volver y el pasaje es caro. Yo soy su única familia, te ruego que cojas estos cuartos y se los entregues.

-De acuerdo, se los daré.

-Quiero tener ese gusto; pagarle a mi nieto el viaje de vuelta. También se lo pagué cuando se fue. El pobre no sabía cómo pedírmelo. Le costó algunos días, porque sabía el disgusto que me daba. Yo lo veía moverse a mi alrededor con la cabeza gacha, pensando la forma de decirme que se iba. La mañana que decidió contarme sus planes, lo hizo con los ojos húmedos.

-Abuela, estaré fuera dos meses, como mucho tres, ese tiempo pasa corriendo

-alegaba cuando me veía llorar sin consuelo.

Tras estas palabras de la Chata, la imagen del Ruso cruzó mi mente y pensé que habían transcurrido casi cinco meses desde su partida y no mostraba intención, por lo que expresaba en los escasos correos que recibía Sergio, de volver. Mis dudas de traerlo cada vez eran mayores, no sabía con qué me iba a encontrar, además, el viaje era largo, costoso y cansado.

Sergio me ayudó, por no decir que se encargo él solito de sacarme el visado, hacer las reservas del billete del AVE y de los vuelos; además del hotel. Todo lo hacía con mucha paciencia, mientras calibraba y ajustaba hasta el detalle más nimio los horarios y los precios más baratos a través de Internet. Además, coordinaba mi llegada con un cooperante de Unicef en Antananarivo, un tal Rubén Expósito.

El día que me entregó el sobre con los documentos preparados, yo me había administrado algunas de las vacunas para el viaje y me encontraba un poco abrumada.

-Aquí tienes, doctora, el visado, los billetes, la reserva y una guía donde te describo cada paso que tienes que dar antes de llegar a Itampolo. También subrayo, lo que no puedes hacer bajo ningún concepto -me dijo muy serio.

-Gracias Sergio, te lo agradezco en el alma. Sin ti no hubiera preparado este viaje tan rápido, por falta de tiempo.

-Lo hago por el Ruso -murmuró.

-Lo sé, pero igualmente te lo agradezco.

Me miró y me sonrió con sus acerados ojos que se transformaron durante unos segundos en cálidos y acogedores. Fue el primer gesto cariñoso que me brindaba y consiguió llegar a mi corazón, me faltó poco para ponerme a llorar como una chiquilla, creo que a consecuencia de las vacunas que me tenían algo aturdida y de la tensión que soportaba por el viaje....

Añadió:

-¡Suerte! Eres más valiente que yo, doctora...

Le besé la mejilla sin pensármelo dos veces, consciente de su rechazo al contacto humano. Sentí el músculo facial de su rostro endurecerse el instante que se prolongó el beso, pero no me replicó, dio la vuelta y se marchó lentamente.

Inmediatamente abrí el sobre y ojeé el itinerario que iba a seguir:

El primer tramo, Sevilla-Madrid, lo recorrería en el AVE de las dos de la tarde. Una vez allí, desde Atocha cogería un taxi que me conduciría

a Barajas y desde la T2 embarcaría en el vuelo AF 2001 rumbo al Charles de Gaulle en Paris. Llegaría a las once de la noche. En un hotel cercano al aeropuerto, pernoctaría aproximadamente doce horas y, al día siguiente, alrededor de la una y media del medio día, en un vuelo Air-Madagascar y desde la terminal 2F enfilaría hacia la capital de la Isla, Antananarivo, donde aterrizaría aproximadamente a las tres de la madrugada.

El periplo podría durar, si las cosas salían bien, casi dos días. Saldría el jueves de Sevilla y arribaría la madrugada del sábado en Madagascar.

Al llegar a Antananarivo, me sorprendió Ivato, su aeropuerto internacional. Aunque eran las tres y cuarenta y cinco de la madrugada estaba bastante transitado. Yo esperaba un lugar mortecino, pequeño y antiguo y hallé un aeropuerto moderno, repleto de gente y con aire de futuro.

Muerta de sueño, recogí mi equipaje después de estar más de media hora esperando que la cinta me lo devolviera. En el carro de acero que me proporcionó un joven trabajador de la compañía aérea, amontoné como pude los bultos y maletas que facturé en Barajas. Con el bolso en bandolera, el abrigo a cuestas y mientras empujaba las ruedas, seguí la estela de los pasajeros por aquel túnel de neón y moqueta roja para salir del recinto transitado solo por pasajeros.

Al verme, sonrió de pronto, como si me conociera de siempre. Rubén era de ese tipo de hombre cincuentón, alto, desgarbado, con ojos

grises y sin un solo pelo en su cabeza, que aparece por cualquier parte del mundo y nunca se adivina su procedencia, podía ser americano, finlandés, italiano y, en este caso, español, nacido en las Rías Baixas, cerca de Muro. “Galleguiño”, me dijo cuando nos presentamos.

-Yo soy de Cádiz -le contesté-. El Atlántico nos une.

-Efectivamente nos une un mar, pero el Atlántico es manso por la costa andaluza pero al llegar a Galicia, ¡ay!, se vuelve bravo.

Rubén me hablaba y al mismo tiempo contemplaba con cierta extrañeza la cantidad de maletas y bolsas de viaje que contenía el carro.

-Miranda, tu equipaje es tremendo. ¿Qué traes dentro de tantas maletas, rapaciña? -me dijo marcando su acento gallego.

-Las maletas vienen llenas de fármacos comunes que aquí escasean; medicamentos más específicos para tratar el paludismo, fiebre amarilla, cólera y otras enfermedades infecciosas; además, los suplementos alimenticios para vuestra campaña de nutrición que estáis llevando a cabo, creo que con mucha dificultad por falta de personal cualificado, me comentó Goya...

-Perfecto, no hay mejor equipaje que este... Por lo que puedo ver, vienes bien informada de las carencias que padecemos en este país. Por cierto, me comunicó Goya que vienes buscando a Manuel Romero. Ya sabes que se encuentra al sur de la isla, en Itampolo. Gran chaval ese Manuel, no sabes cómo trabaja...

No pude evitar un estremecimiento al oír su nombre, con la piel erizada cambié de tema:

-¿Vives aquí, o estás temporalmente? -le pregunté.

-Vivo, vivo... Estoy aquí desde hace veinte años. Llegué de cooperante y me quedé. He ido montando poco a poco un negocio textil, una fábrica de tejidos, empecé con dos trabajadores y ahora tengo a más de treinta en nómina. Este negocio me permite vivir con cierto desahogo, pero no soy rico, ¡qué más quisiera! Nada más llegar a Madagascar, me enamoré de Beatrice, otra cooperante francesa oriunda de Toulouse, imponente, guapísima la gabacha, y decidimos afincarnos en esta isla que nos encantó, aunque nos divorciamos tres años después...Una pena -Rubén chasqueó la lengua y prosiguió-: Ella regresó a Francia, pero yo me quedé en África, no creo que exista un lugar más sugestivo en el mundo. Mi residencia la tengo aquí en Antananarivo, Tana.

-¿Tana?

-Es conocida por ese nombre coloquialmente, todos los que vivimos en esta ciudad llamamos a Antananarivo "Tana".

Me sonrió con su boca ancha, parecía compadecerse de mi cansancio que se asomaba por toda mi anatomía.

-Pernoctaremos en mi casa esta noche, o lo que queda de ella. Necesitas dormir después del largo viaje, mañana, en cuanto despiertes, emprenderemos el camino hacia el Sur.

-De acuerdo -le dije pensando en un colchón y una almohada.

Al salir al exterior, noté una agradable brisa, la temperatura era acorde con el clima templado de la isla, nada tenía que ver con los tres grados con los que abandoné Madrid. Metimos el equipaje en la trasera de su vieja camioneta, un Lange Rover de los años setenta,

según me confirmó Rubén.

-Una reliquia, rapaciña, estos grandes vehículos ya no los fabrican, porque duran toda la vida...

Sentarme en el asiento de la camioneta y quedarme dormida fue una. Rubén me despertó frente a su casa, me apeé presa de un sopor insoportable, caminaba como un autómata sin energías. Aturdida por el sueño, distinguí la voz de Rubén muy lejos, me apuntaba que estábamos en La Avenida de la Independencia, recuerdo afirmar con la cabeza cada frase que el cooperante me decía, pero la movía por inercia, sin entender la mayoría de las explicaciones e indicaciones que me daba. Con los párpados casi cerrados, vislumbré que estábamos delante de una fachada blanca, cuyas puertas se abrieron para que yo entrara y enfilara, con el equilibrio perdido, hacia un dormitorio. Desde el instante que me estampé de bruces contra la cama, no recuerdo pensamientos coherentes en mi cabeza. Permanecí como un objeto de metal sobre un imán, que era el mullido colchón, nueve horas seguidas. Antes de llegar a la habitación, traspasé poco más o menos que sonámbula, paredes densamente decoradas con una mezcla de culturas. Creía haber visto un escudo enorme del Deportivo de la Coruña y otro del Real Madrid junto a máscaras tribales de vivas tonalidades, otras, eran negras como el carbón y rudimentarias vasijas de barro, que con las pocas luces que me quedaban, supuse que provendrían de las tribus autóctonas. Un amasijo de colores y cosas raras quedaron prendidas en mis retinas que no veían más allá de los ojos; todo era inverosímil.

Abrí los párpados con un chorro de luz y la mirada de Rubén sobre mi cara.

-¿Qué tal, rapaciña, has repuesto fuerzas? -me dijo burlón.

-Creo que sí... Me encuentro muy bien.

-Te espera un suculento almuerzo en la mesa...

-Hummm... Gracias, tengo apetito. ¿Qué hora es?

-Las dos y diez.

-¡Las dos y diez! Ahora mismo me arreglo y nos vamos para Itampolo... Tenías que haberme despertado antes.

-Si no llega a ser por la tormenta que ha asolado aquella zona dejándola inundada e intransitable, lo hubiera hecho, pero el caso es que me avisaron esta mañana temprano que no podíamos hacer el viaje, están anegados los caminos y la carretera que nos llevan a la aldea. Tendremos que esperar hasta mañana, pero no te apures, rapaciña, hoy ocuparemos la tarde en recorrer algunas calles, plazas, palacios y rincones interesantes de Tana.

Sentada aún en la cama eché un vistazo a mi alrededor. Intuí las suaves sábanas bajo mis vaqueros y la misma camiseta que llevaba puesta durante el viaje. La habitación era espaciosa y armoniosa. Una cama de madera maciza ocupaba el frontal, la flanqueaban dos mesitas de noche diferentes, una de madera y la otra de mimbre oscuro con un cristal encima; sobre ella, sobresalía una bonita lámpara metálica coronada con una tulipa beige. La ventana, cuadrada y enorme, estaba cubierta con unas cortinas casi transparentes de color hueso y las paredes se hallaban poco decoradas, solo una acuarela con la Costa da Morte rompía su uniformidad.

Advertí un leve movimiento en la puerta, miré y me encontré con una exótica muchacha de color, con rasgos asiáticos, bellísima, de labios finos y nariz perfectamente recta. Iba ataviada con un vistoso pañuelo que le envolvía su rizado cabello negro. Cubrían sus voluptuosas curvas un blusón verde limón y un pantalón oscuro que le tapaban las rodillas, dejándole las pantorrillas al aire. Tímidamente se asomaba por el quicio de la puerta. Con un rudimentario francés me preguntaba, sin perder nunca la sonrisa, si necesitaba algo. Traía entre sus manos dos toallas, un bote de jabón y otro de champú; tras dejarlos encima de la mesita de madera, me indicó la puerta del cuarto de baño.

-Esta rapaciña tan linda es Ambodivona, mi segunda esposa, yo la llamo Bona -me dijo Rubén cubriendo los hombros de la muchacha.

-*Enchantée de faire votre connaissance, Bona* -chapurreé en francés.

-*Enchantée* -me contestó ella casi haciendo una reverencia.

-Puedes hablarle en español, lo entiende muy bien, pero es incapaz de hablarlo -terció Rubén percibiendo mi falta de locuacidad con el idioma galo.

-¡Ah!, perfecto... -dije un poco azorada.

La ducha fue una gozada, el agua templada y el jabón me arrancaban el olor de los aeropuertos, aviones y de los lugares por donde transité hasta llegar a Tana.

Envolví mi melena mojada y mi cuerpo en las dos toallas que me proporcionó Bona, rebusqué en mi bolsa de viaje y saqué un pantalón de algodón y una camiseta sin mangas, el calor a esa hora se notaba y el cambio de indumentaria era necesario. Salí del cuarto y me

sorprendió la casa, especialmente, lo distinta que era a como la percibí la noche anterior, efectivamente había todos los objetos que avisté medio dormida, pero la ubicación de ellos constituían un pasillo y un hall totalmente aceptables. Las figuras y tallas africanas que reposaban sobre los muebles y estanterías, resaltaban por su gran belleza estética.

Siguiendo el rastro del delicioso aroma del café, encontré la cocina, sentados delante de la gran mesa de iroko, situada en el centro de la estancia, me esperaban mis anfitriones. Sobre el mantel se esparcían platos repletos de comida típica de Madagascar elaborados con arroz, carne, frutas y verduras. Además, Bona había preparado un sabroso postre cubierto de canela. Mis glándulas salivares reaccionaron ante tal espectáculo culinario y los jugos gástricos se pusieron en funcionamiento. Concluí el suculento almuerzo con el estómago hinchado y con una sonrisa de oreja a oreja después de haber saciado, con creces, el feroz apetito que me corroía las entrañas sin darme cuenta.

Cuando salí de la casa de Rubén y Bona, noté los tenues rayos solares acariciar mis hombros. La temperatura, a esa hora, alcanzaba la cota máxima del día, teniendo en cuenta en la época del año en la que estábamos; era noviembre, mes de calor en Madagascar.

-*Vingt-six degrés*-dijo Bona.

-Veintiséis grados, buena temperatura, acostumbrada al calor insoportable de Sevilla en verano, esto me parece un clima muy agradable -les dije.

Nos acomodamos en el Lange Rover, Bona me cedió el asiento junto al

conductor, yo me negué a ocuparlo con cierta tozudez, hasta que Rubén tomó cartas en el asunto y me explicó que era lo correcto, ella no se comunicaba fluidamente conmigo por la barrera del idioma. A su lado, me podría enseñar mejor la ciudad. Andando íbamos a estar poco tiempo, el recorrido sería más amplio rodando en el vehículo, veríamos una panorámica más completa de la ciudad.

Así lo hicimos y Rubén se convirtió en el mejor guía turístico que jamás hubiera tenido en otras circunstancias. Conducía hábilmente entre un reguero de vehículos que, a esa hora, era caótico e infernal. Agarraba el volante con la mano izquierda y con el brazo derecho extendido, apuntando con el dedo índice, me señalaba los detalles más transcendentes e incluso los más triviales de cada terraza, paseo, las preciosas jardineras con flores que adornaban los edificios de las calles por las cuales transitábamos, me relataba la historia de los lugares más emblemáticos de la urbe, tales como la facultad de Medicina construida en 1897 o el Instituto Pasteur de asistencia médica, todo lo exponía con palabras certeras y un entusiasmo contagioso. Sus explicaciones eran tan detalladas que me llegó a rondar la vaga sensación de haber estado allí alguna vez.

La primera impresión que tuve a medida que nos adentrábamos en Antananarivo fue su inclinación. Rubén me aclaró que la ciudad está en una posición elevada a las faldas de un cerro rocoso desde donde se domina los alrededores a unos 1.435 metros de altitud. Con el dedo realizó imaginariamente un mapa de la isla y comenzó a decir:

-Mira, rapaciña, Madagascar está recorrida de norte a sur por una cadena montañosa, cuya cima más alta alcanza los 1.500 metros de

altitud y en esa región se encuentra Antananarivo -Me dijo cerrando el círculo en la parte central del mapa invisible que había garabateado en el aire hacía unos instantes, me miró de reojo sin perder de vista la circulación que se había ralentizado por la plaza donde antiguamente se ubicaba el mercado Zoma.

En el asfalto se alineaban coches de distintos colores, la mayoría anticuados, de marcas francesas, entre ellos, los llamados tiburones, casi inexistentes actualmente en Francia, cuyos techos se inclinaban gradualmente hasta achatarse en la parte trasera del vehículo. Una multitud variopinta atravesaba la plaza arrastrando bultos y cestas de mimbres en sus cabezas.

-¿Entiendes lo que te digo, rapaciña?

-Perfectamente -le dije para que se quedara tranquilo y volviera a sostener el volante con las dos manos-: Antananarivo -continué- está situada en la zona central de la Isla que está recorrida de norte a sur por una cadena montañosa y en la región donde se encuentra la cima más alta se construyó la capital. ¿Es así?

-Eso es.

Por fin Rubén sujetó el volante con firmeza, reposó los diez dedos sobre el aro de cuero y se concentró en la conducción de su vieja camioneta. Siguió con su exposición animada y sugerente. Entre las curiosidades que más me llamaron la atención de las muchas que me comentó ese día, fue cuando me explicó con la voz rota de tanto hablar y la mirada de un soñador empedernido, que Tana estaba rodeada por doce colinas, cuyas vistas durante el crepúsculo vespertino, eran espectaculares. Así lo comprobé aquella misma tarde

desde el palacio de Rova (en ruinas desde el incendio que lo devastó en 1995), contemplando el sol caer en el horizonte y bañando de sombras las casas de angulosas techumbres rojizas serpenteando por la falda de la montaña, los variopintos edificios oficiales y los magníficos parques que salpican a la capital.

Pasábamos por el Estadio Municipal de Mahamasina, cuando a Rubén se le agrandó la boca con una sonrisa campechana. Me revelaba entusiasmado, que el fútbol era el deporte rey entre los malgaches. La ciudad contaba con varios equipos que juegan en la THB Champions League; pero de estos los más importantes son el AS Adema el FC BVF y el BTM Antananarivo que había ganado dos títulos en la liga...

- Acabamos el recorrido visitando el monumento erigido a los caídos en la guerra de la Independencia, situado en un vistoso paraje. En un vergel frondoso, que se alarga como un brazo sobre la superficie del lago Anosy, sobresale este simbólico monolito, muy apreciado por lo que representa entre los habitantes de Tana.

A medida que transcurría la tarde, se iba creando entre aquella singular pareja y yo una atmósfera cordial, muy relajante, me encontraba entre ellos muy cómoda, parecía que nos conocíamos de toda la vida.

-Miranda, eso es por la espiritualidad que rezuma esta Isla, nos hace a todos más acogedores, más sencillos, mejores..., -me aclaró el gallego cuando le expresé mi impresión.

-¿Es cierto que Madagascar es una isla esotérica y mágica? -pregunté recordando las palabras de Sergio-. Mi curiosidad viene al hilo de lo que me has dicho respecto a la espiritualidad que aquí se respira.

-Más de lo que piensas -me respondió el gallego-. En Tana, hasta en los cambios políticos llevan a palacio al hechicero o exorcista, es el primero que entra para "limpiar" las estancias, después, se incorpora el presidente de turno... ja, ja, ja. Te puedo asegurar que no es broma.

Rubén se puso más serio cuando le pregunté por la situación política en la que se encuentra el país.

-El pueblo es bondadoso, orgulloso y muy fuerte -dijo- pero el poder político desde el siglo quince, incluso antes, rapaciña, siempre ha estado en manos de reyes y reyezuelos sometidos a diferentes países, entre ellos España, Portugal, Inglaterra y Francia. Pero fue Francia la que insistió y ganó a la defensa férrea de los malgaches y Madagascar quedó bajo el protectorado francés.

Francia se anexionó la isla por completo en 1895 tras derrotar a la reina Ranavalona. Ésta se exilió, por la puerta de atrás, un año después, al tiempo que se instituía un mandato militar francés y Madagascar era proclamada colonia francesa.

Ya en 1916 los franceses tuvieron problemas con las organizaciones secretas nacionalistas, pero lograron mantener el orden. Francia sólo perdió el control de la isla durante 1942, cuando lo británicos la ocuparon por miedo a que Japón se hiciera con Madagascar. En 1943 fue entregada a la Francia libre, y en 1946 dejó de ser colonia y se convirtió en territorio de ultramar francés. Esto no impidió que al año siguiente estallase una revuelta que forzó a Francia a convocar elecciones en la isla, que ganaron los independentistas moderados. En 1960 Madagascar se independizó totalmente de Francia y se instituyó una república cuyo presidente era líder del partido Socialdemócrata.

Como ves rapaciña, este país y su población han estado, a lo largo de su historia, en pie de guerra, defendiéndose de los invasores y después de los tiranos que los han gobernado. Tana, actualmente, está envuelta en una tensa calma, en cualquier momento hay una sublevación, un amotinamiento, un cambio de poder. Además los ciclones han devastados a muchas zonas deprimidas que no han podido restablecerse después de tantos desastres naturales y por falta de medios económicos. Para colmo, en occidente casi no hay noticias de Madagascar, no sé por qué, pero lo cierto es que no se conoce nuestra situación...

-De estos movimientos políticos turbios y revueltos, no tenía noticias, poca repercusión tuvieron en España. Allí nos tienen informados sobre las revueltas en Libia, la guerra de Siria, anteriormente con las guerras de Irak y Afganistán, con los conflictos entre palestinos e israelitas, con tensiones diplomáticas entre diversos países, pero de Madagascar, ni una sola letra en los periódicos -le dije entregada a la historia de la cuarta isla más grande del mundo.

-Sí, sí,... poca información os llega de aquí.

¿A qué te dedicas? –pregunté a Rubén

-Poseo una fábrica textil que he ido ampliando. Logré un mercado exterior asiático, mayoritariamente en Indonesia, que me permite expandirme y ganar dinero. A consecuencia de este auge, puedo ampliar la plantilla de trabajadores y las instalaciones de la fábrica también se agrandan y me permiten poder comprar más maquinaria moderna.

Con este panorama político y social, los malgaches son ciudadanos

acostumbrados a los cambios, a los abusos del poder y a los chanchullos políticos que los contemplan con normalidad. Salen adelante como pueden, con imaginación y al margen de sus mandatarios. A todo esto, hay zonas del país sumida en una hambruna pertinaz, la superficie cultivada apenas representa el 5% de la superficie total de la isla, determinada de modo esencial por factores climáticos. La desnutrición de miles de hombres, mujeres e infinidad de niños está a la orden del día. Por eso necesitamos ayuda externa, y la recibimos por parte de muchas personas anónimas que llegan de la mano de organizaciones implicadas en estos conflictos. Lo emocionante es que la mayoría de los cooperantes aprovechan sus vacaciones para venir a echar una mano a esta gente tan necesitada. Yo siempre he colaborado con Unicef, pero debo de admitir que todas las ONG presentes en Madagascar realizan una labor impagable.

Dentro de mis posibilidades, hago lo que puedo. Os recibo, os desplazo hasta vuestro destino, cargo con el material que nos llega a Antananarivo y lo traslado hasta donde haga falta. Invierto parte de mis ahorros en estos pobres que carecen de lo más básico. Se me cae el alma cuando observo a los niños morir desnutridos, por falta de alimentos; a esas madres, mujeres jovencísimas casi niñas, sin leche en sus pechos para amamantar a sus hijos a causa de la hambruna que los asola. La falta de infraestructura sanitaria es otro problema gravísimo que conlleva enfermedades difíciles de tratar con los medios farmacéuticos que contamos y el personal poco cualificado para administrarlos. En algunas zonas de la isla, el agua no es potable y esta circunstancia, también acarrea serios problemas en la salud de la

población. En fin, Miranda, has visto la parte turística, lo bonito de Madagascar; ahora te queda contemplar el paisaje suburbano, la miseria y la enfermedad.

Las manillas de mi reloj me indicaban que acabábamos de traspasar la seis de la mañana. Rubén y yo llevábamos ya unos diez minutos en el Lange Rover; callejeando, habíamos salido de Tana y enfilábamos hacia el sur por la carretera que nos llevaba a Tuléar. Nos quedaban más de diez horas de coche si el tiempo y las carreteras nos lo permitían. Teníamos la idea de llegar a Itampolo ese día, yo suspiraba porque así fuera, ardía en deseos de volver a ver a mi amor, mi agitado corazón se descompasaba cada vez que pensaba en el Ruso.

De reojo observé el perfil de Rubén, estaba serio, soñoliento y muy cansado, igual que yo. La noche anterior nos habíamos acostado tarde, hablando y hablando se nos pasaron las horas sentados en el precioso sofá que preside su salón de paredes blancas, salpicado con magníficos muebles de madera oscura y castaña. Bona nos preparó unos sencillos pastelillos de vainilla que comimos con avidez. La muchacha, después de deleitarnos con el exquisito dulce que elaboró en un tiempo récord, se sentó al lado de Rubén, enlazaron sus manos con naturalidad y los

tres pasamos una velada encantadora. Disfrutamos de nuestra conversación centrada principalmente en el viaje que ambos emprenderíamos la mañana siguiente hacia el sur de la isla. Después, derivamos nuestra animada cháchara en las diferencias que existen entre un gallego y una andaluza como yo. Quedaron muy claras las diferencias porque yo entoné sevillanas muy conocidas: "Algo se muere en el alma cuando un amigo se va...", algunas chirigotas del Selu y el tanguillo de Cádiz: "Aquellos duros antiguos que tanto en Cai dieron que hablaaar..."

Él tarareó muñeiras típicas de su terriña llenas de nostalgia, cantó Anduriña con mucho sentimiento, "En Galicia un día yo escuché, una vieja historia en un café..." Hasta Bona se atrevió a cantar una cancioncilla en francés sobre une poupée.

Antes de acostarnos, le pregunté al gallego si podría utilizar su ordenador, me lo ofreció encantado y a través de su terminal le envié a Maribel un e-mail. En él le hacía un resumen de lo más importante: que había llegado bien, que llevaba un día de retraso por la tormenta acaecida en el sur del país y había vuelto intransitables las carreteras y que Rubén y Bona eran seres especiales.

Mi pensamiento, mientras viajábamos, irrumpía oscuro cuando recordaba a mi familia. Sin querer, persistía en mi cabeza la imagen de mi madre, a ella la llevaba clavada en la carne como una púa. Era a la única que añoraba, no podía recordarla sin que el llanto ahogara mi garganta.

Avanzábamos en silencio, la locuacidad de la tarde anterior había desaparecido, a Rubén solo le quedaban fuerzas para conducir, del

paisaje no me decía una palabra. En un instante giró su cabeza para advertirme que el tramo que estábamos pasando era el mejor del viaje.

-Las carreteras por el sur normalmente son infernales y por eso mi vieja camioneta es imprescindible para cruzar los parajes escarpados, estériles y resecos que nos quedan por recorrer.

-Sí, sí, creo que me lo referiste ayer, Rubén.

-Me siento muy cansado, rapaciña, hoy no soy una buena compañía. Pero estoy contento por lo bien que lo pasamos ayer. No te preocupes si no hablo, es puro agotamiento.

-Lamento que por mí estés así -le dije sintiéndome culpable.

-Qué va, no digas tonterías. Al contrario, ayer pasamos un rato maravilloso, tenerte con nosotros ha sido fantástico. Hacía tiempo que no cantaba tanto... “Anduriña es joven, volverá ya lo verás... Es un pajarillo sin plumaaaar...” -tarareó el gallego mientras se animaba un poco.

-Parece que estás más espabilado ¿no? -le dije contenta.

En el asiento de atrás llevábamos una cesta con comida y bebidas. Bona nos puso el resto del copioso almuerzo que no preparó el día anterior, además de bebidas refrescantes para saciar la sed durante el viaje.

-Cuando me digas, paramos un ratito para estirar las piernas y hacer pis, si quieres tomar algo, sacamos la cesta...

-Yo aguanto un poco más -le dije mientras cruzábamos por extensiones de tierra seca sin cultivar.

A medida que nos adentrábamos en el sur, la carretera se volvía

estrecha e irregular. Los innumerables baches y grietas del asfalto obligaban a Rubén a conducir con cuidado y a poca velocidad. Era fastidioso viajar con esa lentitud, pero el camino no daba más de sí.

Nos detuvimos para descansar y aliviar el estómago en cuatro ocasiones, en la segunda, repostamos gasoil en una vieja gasolinera. Rubén saltó de alegría cuando supo que podría llenar el depósito de su camioneta. Acababan de abastecer a la gasolinera de carburantes, si hubiéramos viajado el día anterior no habríamos podido hacerlo.

-Parece que todo sale a la perfección, rapaciña, es buena señal que hoy hayamos emprendido este viaje, en vez de ayer -me dijo Rubén.

-¿Crees en el destino? -le pregunté perpleja.

-Totalmente. Pienso que nada ocurre por casualidad; nuestros destinos están escritos o señalados. Si te fijas todo encaja, ninguna pieza queda suelta... Lo que no es para ti no te sale, aunque te empeñes toda la vida y lo que te toca vivir te llega... Sin embargo, también creo que ese destino que todos poseemos lo podemos convertir en un cielo o en un infierno, eso depende de cómo se viva.

-Suena un poco confuso, pero en general, creo lo que dices, aunque las injusticias no sé en donde caben en este orden universal.

-¡Ay!, rapaciña. Viendo tanta miseria en este país, eso mismo me pregunto yo.

Llegando a la región de Tuléar, divisé extensos cultivos de algodón, cuyos terrenos sembrados y perfectamente cuidados me parecieron un espectáculo de color, una tregua después de contemplar kilómetros tras kilómetros demasiados parajes abruptos y áridos.

Cuando llegamos a Itampolo la noche se había echado encima,

descubrí que nadie nos esperaba por el silencio y la tranquilidad que despedía el ambiente. El olor a humedad y a moho entró por la ventanilla de la camioneta, la lluvia que cayó el día anterior aún estaba presente e impregnaba el aire. La oscuridad tenía encerrados a los habitantes de la aldea en sus chozas y las calles, sin asfaltar, permanecían desiertas. Recorríamos el poblado muy despacio, tan lenta era la marcha del auto por aquellos baches repletos de fango que me desesperaba. La inquietud que sentía desde que partí de Sevilla aumentaba hasta el infinito y mis ansias de saberme tan cerca del Ruso me producía una aceleración tan fuerte en mi ritmo cardiaco, que comencé a sentirme mal. Iba con la boca reseca, las manos temblorosas y mi corazón a mil por hora. Me removí en el asiento intentando recuperar inútilmente un poco de sosiego y dirigí mis ojos hacia un lado para observar a través del cristal puertas y ventanas que dejaba el coche atrás lánguidamente. De ellas se asomaban cabezas negras, grandes y pequeñas, todas orientadas hacia el vehículo, curiosas por saber quién llegaba. Finalmente, después de dar muchas vueltas por aquellas calles, Rubén detuvo su camioneta delante de una tosca casucha, cuya puerta de madera estaba cerrada. El gallego bajó de un salto, yo me quedé bloqueada, no era capaz de moverme.

-Venga, rapaciña, hemos llegado -me dijo mientras cogía mi mano y tiraba de ella para que saliera.

Yo me resistía a bajar, una fuerza inmensa me atornillaba al asiento; era el miedo a no poder soportar la frialdad de sus ojos cuando me vieran, su boca sin sonrisa,... su olvido. Rubén me miró con extrañeza

y me preguntó:

-Te encuentras bien, mujer, estás fría y temblorosa.

-No sé, estoy mareada -le contesté disimulando.

-Claro, hemos tardado casi catorce horas en llegar, estás agotada, rapaciña.

Tiró fuerte de mí, y con un brinco puse el pie en el suelo terroso. Levitando anduve los paso que me llevaron hasta la puerta de madera. Escuché el aporreo de los nudillos de Rubén en la madera, también escuché a mi corazón retumbar por dentro.

Por fin se abrió la puerta y apareció una mujer madura, delgada y sonriente, la sonrisa se amplió aún más cuando reconoció a Rubén.

-¡No te esperábamos, Rubén! ¡Qué maravilla verte por aquí! -le dijo abrazándose al gallego y reparando en ese momento en mi presencia.

-¡Anda! Vienes acompañado ¿Quién es esta belleza? -gritó mirándome.

-Hola, Laura, aquí te traigo un cargamento de medicamentos y suplementos vitamínicos y a una doctora.

Me pareció reconocer a la mujer que tenía delante, mi cabeza le daba vueltas, sabía que la conocía. No me dio tiempo a encontrarla en mi memoria porque ella se anticipó:

-No me mires así, soy Laura Abascal, actriz. Me has visto en muchas series en la televisión...

-¡Claro! Laura Abascal. Qué sorpresa... Yo soy Miranda Martín.

-Encantada de conocerte Miranda... Pero pasad, estaréis cansadísimos. Nos llegaron noticias que venía alguien a traernos medicinas y los suplementos vitamínicos, pero desconocíamos quién y cuándo.

-Manuel Romero, ¿dónde está? -preguntó Rubén.

-Ahora vendrá. A esta hora, después de cenar, siempre sale a pasear, dice que se relaja después de tantas tensiones diarias como soporta aquí. El muchacho es que no para en todo el día... Tenemos algo de arroz cocido y pescado. ¿Queréis cenar?

Mis piernas se movían libres con un temblor difícil de controlar y mi estómago rebosaba tanta bilis que me producía unas ganas irresistibles de arrojar. Efectivamente sentí un espasmo en mi tubo digestivo que me anunciaba el inminente vómito. Como pude le pedí a Laura que me indicara el lugar del baño para poder echar todo lo que se descomponía en mi estómago.

-Ven, hija, ven. El viaje es tremendo, no me extraña que hayas llegado en este estado.

Recorrimos las diminutas estancias de la casa, detrás de la cocina se abría un patio cuadrado y cercado, en cuya esquina habían levantado un pequeño habitáculo que contenía un váter portátil, una palangana y un espejo rallado en una de sus paredes. Cuando llegamos, Laura abrió la tapadera del retrete y, encima de qué sé yo, vomité todo lo que había engullido por el camino. En aquel recinto todo estaba oscuro y mi visión era casi nula, por lo cual ignoraba el contenido de la letrina cuyo hedor era insoportable.

Laura entró en la casa rápidamente, al cabo de unos instantes, volvió con un recipiente lleno de agua que vertió sobre la palangana y una especie de trapo que hacía las veces de toalla. Me la dejó en mis manos.

-Échate agua por la cara y verás que te recompones un poco -me dijo compadeciéndose de mí. Aquí solo tenemos un grifo, está en la

cocina... Ya te acostumbrarás al olor que aquí se respira, te puedo asegurar que al cabo de unos días ya no hueles nada.

-Gracias -conseguí decirle cogiendo la toalla.

-¿Ya estás mejor? Parece que el color te ha vuelto a la cara.

-Sí, gracias, estoy mejor...

-Acaba de llegar Manuel... Vamos.

Mi rostro se volvió otra vez pálido tras oír las palabras de Laura.

-¿Te han vuelto las náuseas? -me preguntó preocupada.

-No, no, vamos... Estoy bien -le mentí con el estómago revuelto.

Las risas del Ruso trepanaron mi cerebro, a medida que me acercaba, su voz se hacía inconfundible, maravillosa. Otra vez mi corazón se desbocó. Al llegar a la sala me quedé apoyada en el quicio de la puerta desde el cual contemplaba la escena. Rubén le explicaba al Ruso el contenido de las maletas que ya estaban sobre el suelo. Manuel se agachó ágil, doblando las piernas hasta dejar las nalgas cerca de sus talones, para abrir las cremalleras de las dos maletas y poder visualizar la cantidad de preparados y fármacos que contenían, miraba como un niño a sus juguetes.

-¡Magnífico! Este cargamento lo esperábamos con ansias, joder. Rubén, no sabes cómo estamos de desesperados, nos falta de todo -dijo entusiasmado todavía en cuclillas. Miró a su derecha, allí se encontraba una muchacha alta, rubia, con evidentes rasgos nórdicos como él y miraba embelesada tanto al cargamento como al Ruso.

-Cojonudo, Fernanda, oxitocina y antibióticos... Con esto tendrás suficiente para tratar los partos y las infecciones -aseguró a la tal Fernanda.

-Ahora reviso todo -le dijo ella también exultante.

Sonriente y ajeno a mi presencia, el Ruso alzó la cabeza hacia donde yo me encontraba y descubrió mis ojos húmedos. Cuando me reconoció, del sobresalto se cayó para atrás y quedó sentado en el suelo con la boca abierta y los ojos alucinados; creía ver una aparición.

-¡Doctora!... -murmuró imposibilitado para levantarse.

En ese ínfimo instante supe que todavía había esperanza, porque sus ojos también se inundaron y su pecho comenzó a agitarse con una respiración entrecortada, emocionada.

Laura y Rubén se miraban perplejos sin entender nada. Como pudieron, alzaron al Ruso hasta ponerlo de pie, sospechando que él no podía hacerlo. Erguido, comenzó a aproximarse desconfiando de lo que sus pupilas percibían, iba balbuceando mi nombre a medida que se acercaba. Sin dejar de mirarme ni un solo instante, colocó suavemente sus manos en mis mejillas, se acercó identificando mi rostro y me abrazó. Sus brazos eran de fuego, ardiendo los sentí y recordé las mil sensaciones que invadían mi alma cada vez que su piel se fundía en mi piel.

-Miranda, ¿qué haces aquí? -me preguntó cuando la emoción se lo permitió.

-He venido para llevarte de vuelta y a traer todo este material farmacéutico que tanto necesitáis -le contesté a bocajarro sin pensarlo dos veces.

La sala estaba poco amueblada, había un sofá apoyado en una de las paredes, cuatro sillas y una mesa redonda en el centro. Se sentó en

una silla que apartó de la mesa redonda con la turbación todavía en su mirada. Lo noté más delgado, ojeroso, la piel tostada con un bronceado luminoso, las betas rubias de su cabello le caían brillantes por la frente y sus ojos me miraban más azules que nunca.

La muchacha se acercó a mí, vacilante me besó en las mejillas y se presentó como médico, me explicó que había acabado la licenciatura en junio y antes de comenzar a preparar el MIR, había sentido la necesidad de iniciar su carrera en una ONG.

-Encantada de conocerte, Miranda, seguro que nos puedes ayudar en el centro de salud, Manuel te ha llamado doctora, así que debo suponer que también eres médico, ¿no?

-Sí, soy médico y el tiempo que me quede, por supuesto que ayudo en lo que haga falta -le dije sonriendo.

El Ruso seguía sentado, incapaz de pronunciar una sola palabra y desprovisto de expresión en su rostro, nos observaba con la mirada perdida.

Sólo Rubén habló para cortar la tensión que se creó entre nosotros.

-¡Laura, por Dios! Dime dónde puedo dormir, estoy desfallecido -gritó el gallego mirándonos a todos y teatralizando un desmayo.

-Venga, vamos para adentro, te acuestas conmigo; en mi cuarto, quiero decir. Te dejo mi cama, yo dormiré en el colchón... Estoy acostumbrada.

Se fueron juntos hacia el dormitorio, sin embargo, los oí murmurar por el pasillo con el tono de voz mitigado para que no los oyéramos:

-Por qué contigo, nunca has consentido que me acostara en tu cuarto. Mira Laurita... que hoy no tengo fuerzas para nada... -le dijo socarrón

el gallego a la actriz.

-Y aunque las tuvieras... -susurró Laura y añadió. -Que decida Manuel con quién quiere acostarse en su cuarto.

-El cabroncete, tiene donde elegir. Ja,ja,ja...

-¡Machista o envidioso, no sé cuál de los dos calificativo ponerte!

-Envidioso, envidioso...

-¡Qué hartura de hombres!

La sensación de desasosiego lo mantenía allí clavado en la silla, estaba anonadado, atónito y con los ojos como platos. Jamás tuvo nadie una mirada tan potente, una expresión tan intensa, la imagen que percibía el Ruso era tan inesperada que cerró los párpados durante un rato en un gesto automático; creyó estar viviendo los momentos más extraños de su existencia. Yo lo contemplaba con el corazón encogido. Sentí que la esperanza de seguir siendo su amor, se difuminaba por cada segundo que pasaba. Noté un cosquilleo inquietante en mi estómago cuando me miró otra vez y respiró profundamente al tiempo que exhalaba el aire contenido en sus pulmones desde que me vio. Sacudió la cabeza a ambos lados, mientras reaccionaba y salía del estado de shok que acababa de padecer por mi culpa. Al percibir sus ojos me contuve para no gritar y decirle de una vez lo que sentía, lo que lo añoraba, lo que había sufrido desde que lo aparté de mi lado. Pero callé. Tuve fuerzas únicamente para acercarme y decirle que teníamos que hablar de su abuela.

-¿Qué quieres decir? -me preguntó algo impaciente- ¿Qué tiene que ver mi abuela con que tú hayas venido hasta aquí?

Me quedé callada, no sabía cómo decirle la verdad.

-¿Y bien? -insistió el gitano.

-Ella quiere que vuelvas -le dije.

-A ver, Miranda, eso ya lo sé... No creo que hayas recorrido medio mundo para decirme eso.

-Ya, ya.... Es que está muy enferma y quiere verte.

Otra vez su mirada se quedó enganchada en mis pupilas, no dejaba de mirarme con una intensidad terrorífica, mientras intuía las palabras que le diría instantes después.

-Se está muriendo, Manuel, tu abuela se muere de cáncer de pulmón.

-No puede ser -me dijo inseguro.

-Lo siento -dijo Fernanda desde un rincón de la sala.

En ese momento reparamos en ella, la miramos en silencio y seguimos enganchados en nuestros ojos olvidando inmediatamente su presencia. No sabría decir en qué momento la muchacha desapareció de la estancia, pero al cabo de un rato me percaté de su ausencia, ya no estaba. Nos quedamos solos sentados en el sofá presos de una tristeza que nos arrancaba del alma.

La oscilación de su cabeza en un gesto estremecido me advirtió de sus pensamientos confusos; dentro de ellos seguía existiendo un caos repleto de interrogantes, de otras cosas que no comprendía.

-Doctora, hay algo raro en todo esto. ¿Cómo sabes lo de mi abuela?

-Bueno... Ella vino a buscarme a la academia.

Otra pausa, otro desconcierto.

-¿Para qué?

-Para que te llevara de vuelta, quiere verte antes de morir -le dije sin mirarle.

-No entiendo, definitivamente me voy a volver loco. ¿Por qué a ti,... de qué te conoce,... qué sabe de tu vida?

-Todo; ella lo sabe todo. No sé cómo, pero tu abuela es una mujer tan especial y tan inteligente que sabe perfectamente qué hacer en cada momento. Estaba segura de que yo vendría hasta aquí, mucho más segura que yo misma. En realidad me sentí en deuda con ella cuando me dijo que tu decisión de unirte a la Organización con la que has venido y poner tanta distancia por medio fue por varias razones, entre ellas para protegerme.

-Te aseguro que nunca le dije nada, jamás le hable de ti, ni de mi propósito de salvaguardarte de la familia de la Negra...

Manuel movía las pupilas de un lado a otro con un desconcierto desmedido. No quería enfrentarse a la noticia que le había dejado asfixiado, notaba cómo se nublaban sus ojos de lágrimas hasta que me dijo:

-¿Seguro que es cáncer de pulmón?

-Sí, Manuel, está perfectamente diagnosticada. Me la llevé a las Cruces y la puse en manos del mejor especialista que tenemos, además, ella sabe que le queda poco tiempo

-¿Cuánto?

-Creemos que cinco o seis meses, puede que más, pero tiene un gran inconveniente; al no soportar los efectos secundarios del tratamiento se lo hemos suprimido, en consecuencia, no podemos reducir el

tamaño de los tumores y la enfermedad se extiende hacia otros órganos avanzando con rapidez.

Reposó los codos sobre sus muslos, agachó la cabeza y la recogió entre sus manos, yo veía como se estampaban las lágrimas en el suelo, el llanto del Ruso era sobrecogedor, continuo. Así estuvo un rato, envuelto en una tristeza punzante, contagiosa. Comencé a llorar con él, no soportaba ver su sufrimiento y así estuvimos no sé cuántas horas.

Amanecimos juntos en el sofá, yo me dormí en un instante que no recuerdo, pero él se quedó en vela toda la noche. Cuando abrí los ojos, el Ruso permanecía sentado todavía a mi lado, con la cabeza reposada en el respaldo del sofá, el semblante triste y con la mirada puesta en el infinito.

Me moví ligeramente para incorporarme, sentía el cuello rígido por la postura forzada que adopté mientras dormía, él me observó con una aureola oscura alrededor de sus ojos. Cuando se dio cuenta de que había despertado, entonces susurró:

-Tengo que volver de inmediato junto a mi abuela, Miranda, pero no puedo dejar esto así. Además, no tengo dinero para comprar el billete.

-Tu abuela pensó también en eso -le dije masajeándome el cuello y con la voz ronca-. Me entregó dinero para costear tu regreso. Tenemos billetes de vuelta para dentro de tres semanas, creo que te va a dar tiempo a estar con ella unos meses.

-No. Prefiero volver antes. Ella me espera. A Rubén le voy a pedir que me cambie el billete en Antananarivo. En cuanto pueda, regreso a Sevilla, aunque desearía que tú permanecieras aquí estas tres semanas

y sigas realizando junto a Fernanda y Laura el trabajo que tenemos por delante. Doctora, has llegado como un ángel, estamos en plena campaña de desnutrición y mañana comenzamos la de vacunación contra el sarampión y la viruela. Ellas no se pueden quedar solas con todo esto y faltan personas cualificadas para desempeñar toda esta tarea. Este año, por lo visto, han venido menos cooperantes a Madagascar -detuvo en seco su conversación durante un instante para valorar mi gesto-. Si quieres, claro. Por favor, piénsalo antes de responder. La vida aquí es dura, pero muy gratificante, te engancha de una forma tan brutal, que cuando te das cuenta, estás implicado hasta las cejas y no ves el momento de irte. Fíjate en mí, vine para estar un par de meses mientras las aguas se calmaban con la Negra y llevo más de cinco.

-Claro que me quedo, mi objetivo era que volvieras. No te preocupes, lo haré. Pero no puedo permanecer más tiempo del que tenía previsto; Las Cruces y mi gerente me esperan con ansiedad; he dejado aquello un poco en el aire.

En ese instante supe que nuestra relación había pasado a otro nivel; éramos amigos, cuya intimidad y complicidad me parecían inmejorables, tanto, que me dolía; percibía claramente que carecían de vínculos amorosos. No atisbaba, ni en sus palabras ni en sus gestos, una brizna de esa veneración que el Ruso me profesaba hacía escasamente seis meses. Mi desesperanza se hacía grande, insuperable, lloraba por dentro. Amaba al Ruso con todas mis fuerzas, pero él permanecía hermético, no expresaba sus sentimientos, me lastimaba contemplar sus ojos sin ese brillo particular que se le asomaba cuando

me decía, no hacía mucho tiempo, que me quería y lo hondo que yo le había calado. Parecía que para él todo aquello nunca ocurrió y que su amor se había esfumado. Disimulé mi desconsuelo y, mientras me lamía mis heridas y mi dolor por lo que yo misma había provocado, me acordé de una conversación que mantuve con la Chata y este recuerdo me sacó de ese amargo momento.

-Por la Negra no te preocupes, ni de su familia -le dije resuelta-. Según me contó tu abuela, ya se han olvidado de ti y de mí. Tu ex mujer se ha marchado con su primo, el mismo que te dejó en la puerta del hospital tras recibir la paliza que te propinaron sus parientes. Por lo visto, también le tocó mucho dinero con los cupones de los ciegos y con ese capital, más el que había acumulado traficando y haciendo de camello, se ha montado una vida de lujo que atrajo muchísimo a la Negra y especialmente a su familia. El primo rico abandonó, en cuanto pudo, Las Tres Mil Viviendas y se ha comprado un chalet de tres plantas con jardín y una piscina enorme en Tomares, ahora viven todos allí cantando y bailando todo el día.

-Perfecto -me dijo-, pero ahora no pienso en ella. Por cierto, ¿qué tal Sergio y la gente por Sevilla? Con esto de mi abuela, no te he preguntado por ellos...

-Bien. Todos tienen ganas de volver a verte, en especial por la academia. Becky se ha quedado sola con las clases y aunque Rafael le ayuda en lo que puede, te echa de menos. Sergio, ni te cuento, considera que eres su mejor amigo, su héroe, cuando habla de ti se le cambia la cara y parece que se conmueve. Presiento que se está produciendo un cambio dentro de él y creo que tú le has ayudado a

eso... Cuando supimos que le enviabas correos electrónicos, se convirtió en tu portavoz y nos iba comunicando, con todo lujo de detalles, los contenidos de tus e-mails. Los esperaba con ansiedad y el día que recibía noticias de ti era una fiesta. Por él hemos conocido los distintos lugares que has recorrido y en donde te encontrabas ahora. Eso ha facilitado mi llegada a esta aldea. Rubén también ha puesto su granito de arena, se ha portado a las mil maravillas y reconoce tu entrega hacia esta gente tan necesitada.

-Rubén es un tío estupendo... -me dijo sonriendo-. Con respecto a Sergio, el único correo electrónico que me traje a Madagascar fue el suyo porque él insistió en apuntármelo en un papel que, milagrosamente, no perdí durante el viaje. Además, aun conociendo la dificultad del chaval para comunicarse, yo sabía que os tendría informados y, a través de Pastori, mi abuela también sabría de mí. Este convencimiento me ha ayudado para sentirme unido a vosotros en algunos momentos de soledad...

-Pues acertaste, no habrías encontrado mejor portavoz... tan entusiasmado estaba Sergio con tus historias que se empeñó en venir, pero al final no se ha atrevido, ya sabes que no se relaciona bien con la humanidad y el miedo pudo con él. Su padre se horrorizó cuando le dijo que quería venirse contigo... La verdad es que Sergio me ha ayudado mucho, él se ha encargado de organizar este viaje, aunque me dejó claro que lo hacía por ti. En fin, todos están bien...

El Ruso alternaba la mirada entre mi rostro y sus manos. Cuando fijaba sus ojos en mí, sonreía a medida que le contaba las miles de anécdotas que tenía en mi memoria de nuestros amigos. Se emocionó

cuando le narré lo bien atendida que estaba la Chata por las vecinas del bloque, además, de cómo Sergio no faltaba ningún día para permanecer sentado y mudo al lado de ella, tampoco fallábamos los amigos de la academia, nos turnábamos para asistirla y acompañarla.

-Sois todos fabulosos -me dijo-. Especialmente tú, Miranda. Te estaré eternamente agradecido.

Estas palabras chirriaron en mi cabeza, yo esperaba un reproche, una queja por mi huída, un mensaje subliminal por la decepción que sintió al advertir mi actitud traicionera, pero no obtuve más que agradecimiento y muestra de amistad. ¿Dónde estaban su dolor, su sufrimiento, esos sentimientos que abrigó cuando yo me fui de viaje mientras escapaba de su amor y que me reprochó Sergio una noche en su casa?

Apareció Laura por la sala, despeinada y con el sueño pegado, nos preguntó si queríamos café porque ella se iba a tomar una o dos tazas.

-Necesito doble ración. Estoy muerta, me he pasado la noche chasqueando la lengua para frenar los insoportables ronquidos de Rubén -dijo la actriz desesperada.

-Perdona, Lauriña, la que has roncado como una gorrina toda la noche eres tú -le dijo Rubén desde el umbral, al tiempo que rascaba su panza y nos guiñaba el ojo izquierdo para que no lo viera Laura desde el ángulo que ella dominaba.

-¡Ay, por Dios! ¡Qué hartura de hombres! -dijo la mujer volviéndose para coger la cafetera de la alacena incrustada en la pared.

Nos reímos con ganas, el Ruso consiguió cambiar el semblante y se le iluminó la cara con la risa. Me encantaba verle reír, sus ojos

adoptaban un brillo increíble y las finas arrugas de sus sienes y sus mejillas lo hacían más atractivo, lo encontraba más irresistible que nunca...

Pero todo cambió al observar que el brillo de los ojos del Ruso incrementó al reparar que Fernanda irrumpía en la estancia. Espontáneamente él se alejó de mi lado y fue a su encuentro. La muchacha lo miró con el mismo centelleo en las pupilas y le preguntó

-¿Estás mejor, Manuel?

-Un poco más tranquilo, pero tengo que hablar contigo.

Rubén se acercó a mí para preguntarme la causa del estado de ánimo de Manuel.

-Su abuela se muere y ella es su única familia.

-No me habías comentado nada, rapaciña...

-Ya... Esperaba decírtelo después que a él

-Lógico. Entonces, ¿no habéis dormido juntos?

-Sí, en el sofá. Bueno, yo he dormido un par de horas. Manuel, absolutamente nada.

-Comprendo, está triste el rapaciño...

Despedimos a Rubén con la sensación de que en pocos días volvería a recoger al Ruso con el nuevo billete de avión que lo devolvería a Sevilla, junto a su abuela.

Al gallego le quedaban muchas horas de camino hasta llegar a la ciudad. Laura le preparó comida y dos botellas de agua hervida para la vuelta. Cuando se despidieron, se fundieron en un abrazo fraternal, exento de tensiones y resquemores.

-Perdona, Lauriña, cuando estoy muy cansado ronco como un volcán en erupción. La pobre Bona me aguanta en la cama... por ahora...

-Si un día te deja la comprenderé, lo tuyo es insoportable... -le dijo Laura riendo.

Rubén arrancó su camioneta, con la mano izquierda fuera de la ventanilla, se fue diciéndonos adiós a todos, pero antes de irse, se acercó a mí para besarme la mejilla, en un susurro inaudible para el resto de los allí presentes, me dijo:

-Rapaciña, Manuel es un buen tipo, merece la pena luchar por él...

No me dio tiempo a replicar su indicación, sentí un desenfreno interno, inquietante y delator al escuchar las palabras del gallego: ¿tan evidente era mi amor por el Ruso?

Miré a Manuel con disimulo, permanecía de pie divisando las ruedas del Land Rover de Rubén perderse por la esquina de la calle, lo vi un poco decaído y su gesto circunspecto reflejaba la falta de entusiasmo que sentía para seguir adelante, no solo con el proyecto que lo había llevado a la aldea sino también con su vida.

Nuevamente me sentí culpable de su dolor, de su desánimo y el sempiterno nudo se adueñó de mis tripas sin darme tregua. Me acerqué a él y le cogí la mano para insuflarle esa energía desaparecida desde que le comuniqué la enfermedad de la Chata. Él me miró con el ceño fruncido, me apretó la mano agradecido por mi gesto y la soltó. Resuelto se encaminó hacia la casa diciéndonos:

-¡Vamos! Hay mucho que hacer hoy. Tendréis el dispensario hasta arriba y yo tengo que acabar de arrancar el motor eléctrico para dejar finiquitado el tema de la luz.

Aunque eran las siete y media de la mañana el sol se notaba fuerte, ese día la temperatura ambiental, de forma inesperada, había subido y preveían los lugareños un calor aplastante a medida que pasaran las horas.

Itampolo, a las claras del día, era una extensión de campo repleto de árboles, principalmente mangos, con chozas y casuchas diseminadas en un intento de trazar calles y plazas. Casi a las afuera de la aldea estaba el centro de salud. Hasta allí arrastramos las maletas

atiborradas de suplementos vitamínicos y fármacos para asistir en los partos y las múltiples infecciones que diagnosticábamos diariamente en el dispensario. Cuando Fernanda, Laura y yo divisamos la consulta al final de la explanada por la cual transitábamos, una hilera de mujeres y niños nos esperaban a la sombra de un gigantesco árbol de mango. Me llamó la atención el silencio que impregnaba el ambiente, aunque había más de cien personas esperando, solo rompía la calma el llanto de algunos bebés. La mayoría de los niños y mujeres estaban famélicos, con las caras tristes y las miradas perdidas. También me sorprendió contemplar a niños pequeños de tres o cuatro años sosteniendo en sus brazos a sus hermanos recién nacidos, los arrullaban como adultos, mientras que las madres atendían al resto de la prole. Esta visión fue el primer momento impactante de los incontables que experimenté en Itampolo. La infancia perdida de muchos niños que parecían mayores, abocados a resolver situaciones que les correspondían a sus padres, era la tónica general de aquella población desprovista de medios económicos, sanitarios, educativos y normas sociales que facilitaran a los pequeños una vida más acorde con su edad.

Laura, Fernanda y yo llegamos cansadas a la choza transformada en dispensario, después de arrastrar el material por el polvoriento suelo. Colocamos las maletas en un rincón para no entorpecer el paso de los pacientes agolpados ya en la puerta. Aunque las maletas contenían muchos fármacos, los traía clasificados y protegidos convenientemente por las manos de Álvaro; por eso los pudimos colocar en las vitrinas y estantes en poco tiempo. Yo mantenía el rostro serio después de

descubrir la miseria que teníamos esperando detrás de la puerta. Laura se dio cuenta del desconcierto que sufrí al observar la fila de personas amontonadas delante de la choza convertida en centro de salud y empezó a narrarme, mientras ordenábamos los medicamentos, las situaciones familiares y médicas de la mayoría de mujeres que distinguíamos tras el umbral.

-Miranda, esa mujer, la primera en la fila, es Tilda Rainovomalada tiene treinta y cinco años y diez hijos. Nos trae a cuatro de sus hijos al centro de salud para que los examinéis vosotras que sois las profesionales, y le digáis si padecen desnutrición, y también quiere que los vacunemos contra el sarampión, se ha enterado que comenzamos hoy la campaña y aprovecha y mata dos pájaros de un tiro. La pobre mujer tiene que recorrer más de veinte kilómetros andando, con los niños a cuestas, mientras su marido trabaja en el campo en condiciones infrahumanas o realiza artesanías de barro para venderlas en la ciudad. Con el escaso dinero que consigue reunir, en el mejor de los casos, lo utiliza para mal alimentar a su familia cuando no hay siembra. Pero Tilda tiene marido en quien apoyarse, porque Walzana Daura, es la que está a su lado, tiene treinta años, seis hijos y está sin marido ni tierra que cultivar y su mayor problema diario es encontrar dinero suficiente para comer -Laura me miró con cierta tristeza y prosiguió-: La desnutrición es un desafío permanente para Madagascar. El país ocupa el sexto lugar a escala mundial entre los países con las peores tasas de desnutrición, y un cincuenta por ciento de los niños menores de cinco años de edad sufren retraso en el crecimiento.

-Sí, sí,... ya lo sabía, Laura. Pero una cosa es saberlo sobre el papel y otra es verlo directamente. Impresiona un poco... Bueno, mucho.

-Pues te queda un largo día por delante, ya verás lo que te vas a emocionar con los niños... Para mí ha sido lo más difícil.

Laura poseía un don especial para organizar. En un momento arregló la consulta, revisó los casos urgentes y ordenó por riguroso orden las visitas con un criterio acertado: gravedad del enfermo y edad. Era una mujer talentosa y sin su ayuda hubiera sido imposible atender a todas las personas que se acercaron ese día y el resto del tiempo que estuve allí al centro de salud. Chapurreando el malgache, les indicaba a las mujeres y niños apostados en la sinuosa fila el orden por el que iban a ser reconocidos. Casi siempre era por el lugar que ocupaban en la interminable hilera que durante toda la mañana se iba alargando más y más como un río sin fin. Pero si Laura, guiada por su certero entender, evaluaba algún caso grave, lo adelantaba y entraba en el dispensario antes que nadie.

Cuando la actriz pronunciaba erróneamente alguna palabra, oíamos desde el interior de la choza unas risas tenues, inocentes, que alegraban el ambiente taciturno que imperaba normalmente en aquel grupo humano. Siempre había algún chiquillo o alguna mujer que la sacaba de su error y pronunciaba deletreando despacio el vocablo para que la cooperante lo aprendiera. Ella lo repetía con disciplina, deseando aprender el idioma y si nuevamente lo pronunciaba equivocadamente, se producían otra vez carcajadas ahogadas por algunas toses y la chanza insuflaba a la marchita columna de mujeres y niños unos minutos relajados, donde las mejillas ligeramente se

arrebolaban entre las risas y los dientes blancos aparecían tras los rostros oscuros, tristes, muy desmejorados.

El minúsculo dispensario era primario y destartalado en sus formas y en su contenido: carecía de instrumental básico. Solo guantes, jeringuillas, tijeras, pinzas, apósitos prehistóricos, vendas y esparadrapos se amontonaban en pequeños montículos en un estante casi vacío. Una camilla medio desvencijada ocupaba un lado de la estancia junto a una oxidada báscula de color celeste. En el centro, presidía una mesa de consultas con instrumental obsoleto e inservible encima de su tapa para revisar oídos y gargantas. Con dos sillas; una para el paciente delante y otra para una de nosotras detrás del escritorio, concluía el mobiliario con el que estaba dotado el consultorio. Tanto Fernanda como yo, nos bastábamos solo con nuestras manos y nuestros fonendoscopios que habíamos transportado en nuestros equipajes desde nuestro primer mundo para explorar a los niños, ancianos y a las mujeres embarazadas del tercer mundo. Mi cargamento había rellenado las vitrinas, algunas baldas y, también, sosegado al Ruso, a Fernanda y a Laura que veían como escaseaban los remedios para curar infecciones y atender los numerosos partos que diariamente se producían en el centro de salud. Pero, aun contando con los fármacos recientes que yo había cargado desde Sevilla, la dotación farmacéutica era bastante raquítica para diagnosticar y atender básicamente a la mayoría de enfermos. En Itampolo no había condiciones para realizar una radiografía, ni ecografía, ni mamografía y, mucho menos, un TAC; estas son pruebas diagnósticas que no se conocen por aquellos lugares. La medicina que

se practica se puede considerar paliativa, cuando la dolencia se hace patente con síntomas avanzados se atiende con los pocos medios existentes para calmar y en algunos casos se procura curar con exiguo índice de éxito. El concepto prevenir o medicina preventiva se encuentra a años luz en aquella zona remota al sur de Madagascar. Las campañas de vacunación (único servicio de salud preventivo) se llevan a cabo cada cierto tiempo y no cubren todos los poblados ocultos de la geografía malgache. Cientos de niños quedan sin vacunar, sin embargo y según los informes fiables que yo manejaba, las enfermedades más perniciosas, presentes en otros países africanos, no asolaban afortunadamente a la Isla.

Ya habían pasado muchos niños desnutridos por el centro de salud cuando las manitas de Radama comenzaron a acariciar mi cara. Me embelesé con él desde el mismo instante que sus diminutos dedos se deslizaron por mis mejillas en un gesto de auxilio. Sus ojos grandes, negros y levemente vidriosos me miraban expectantes. Sus bracitos de alambres se movían inseguros cuando permanecía sentado encima de la báscula y Laura comprobaba su escaso peso y talla, anotando en su cuaderno el desvío que se detectaba con respecto a los valores normales para su edad. Había venido con su abuela desde una aldea lejana, tenía fiebre, lesiones en la piel, hinchazón de pies, piernas, manos y cara, su rostro parecía el de un viejecito con pelo ralo. Con dos años, el niño me miraba como un adulto, confiando en mí, sabiendo que mis cuidados lo salvarían de una muerte segura. Nuestra comunicación fue completa a través de nuestras miradas, de mis sonrisas y las palabras que le decía en español, el chiquillo respondía

como podía y yo le entendía. Laura me miraba moviendo la cabeza en un gesto de negación, se acercó hacia mí preguntándome si el niño estaba en condiciones de volver a su aldea con la fiebre cada vez más alta, además su abuela le había manifestado que no podía cuidarlo.

-No -le dije a Laura-. Esta criatura no está para un viaje de varias horas con el calor que hace. Pero desafortunadamente aquí no tenemos un lugar para atender a los niños enfermos, esto es solo una consulta.

-Entonces, ¿qué hacemos? El hospital más próximo está aún más lejos que su poblado. Este chiquillo solo tiene a su abuela enferma y extenuada a consecuencia de una dolencia hepática. Los padres murieron hace unos meses intentando salir en patera de la Isla hacia Mozambique huyendo de un hechicero. Un drama que únicamente se da por estos mundos...

Mi lucha interna comenzó en este instante. Me había calado profundamente el pequeño Radama. No es correcto en un facultativo apegarse a los enfermos, sentir emociones por ellos. Lo sabía desde que comencé la carrera de medicina, pero esta vez mis defensas se derrumbaron y mi afecto por aquel niño desnutrido, huérfano y sin muchas posibilidades de sobrevivir, salió a flote.

Fernanda estaba pendiente de mis reacciones ante los casos tan dramáticos que atendíamos, al ver mi actitud e intuir mi intención con el niño me dijo con una extraña sequedad:

-Ni se te ocurra hacer lo que estás pensando... Mañana vendrán más niños iguales que Radama y no podrás quedarte con todos.

Me sorprendieron sus maneras, muy alejadas de la muchachita que

coqueteaba de una forma un tanto descarada con el Ruso. No le contesté, me concentré en mi trabajo y seguí reconociendo a niños y mujeres que llegaban casi todos con los mismos síntomas de desnutrición. A Radama lo dejé junto a mí acostado en una cesta de mimbre que le servía como cuna, después de haberle administrado antibiótico en el gotero para tratar la neumonía que padecía. Me costó verdaderos esfuerzos instalarle la aguja de venopunción, aunque era una palomilla de pequeño calibre, no me permitía pinchar convenientemente. Las venas del niño eran tan finas que la aguja traspasaba el grosor y era casi imposible sujetar, por mucho esparadrapo que pegaba en su piel, la alargadera por donde corría el suero para alimentarlo y medicarlo.

Laura apoyó mi postura de acoger al niño mientras estuviera en peligro. La actriz le dijo a la abuela de Radama que viniera por él a la semana siguiente, incluso antes, si podía. La mujer, agradecida, emprendió rápidamente el regreso a su aldea sin preguntas, ni fecha de recogida.

En un viejo automóvil, a eso de las doce del medio día, llegó procedente de Antananarivo una trabajadora de la salud: Mirana Ramantsoa, una joven enfermera muy parecida a Bona, la mujer de Rubén. Tan semejante era que, al verla por primera vez, creí que era ella.

Mirana nos explicó, en perfecto inglés, que abastecía al centro médico con suficientes dosis de vacunas para la campaña que se iniciaba esa misma mañana en Itampolo. Ella se quedaría con nosotros tres días, durante el periodo de máxima afluencia. Después marcharía a otros

puntos conflictivos, para dar apoyo gubernamental en otros centros médicos situados en lugares marginados del país.

La acogimos con los brazos abiertos pensando que también era un ángel caído del cielo. No hubo que indicarle nada, con una maestría fuera de lo común dispuso con máximo cuidado todos los frasquitos en orden y sin perder un minuto comenzó a vacunar sin descanso con una suavidad extrema y una tierna sonrisa en sus labios.

Me acerqué a ella con el claro objetivo de vacunar a todos los niños que fuera posible. Hablábamos en inglés y se entabló entre nosotras una fluidez especial. Yo la percibía como una mujer avispada, rápida de entendederas que le sobraban las explicaciones densas. Vislumbré que con un solo vistazo se hacía con la situación y sin perder tiempo se ponía manos a la obra. De vez en cuando, mi mirada se dirigía al pequeño Radama; seguía sumido en un sueño agitado a consecuencia de la fiebre que padecía.

Le pregunté a la enfermera sobre la sanidad en Madagascar. Ella, sin apartar los ojos de los bracitos anquilosados de los niños donde cuidadosamente inoculaba el preparado orgánico, me contaba la situación del país susurrando y apaciguando los lloriqueos de las criaturas después del pinchazo.

-Demasiados centros médicos durante el año pasado se han visto en la obligación de cerrar sus puertas, privando a poblaciones locales de servicios vitales. Los centros que permanecen abiertos tienden a estar infraabastecidos y faltos de personal, como este de Itampolo, si no fuera por vosotras estaría cerrado. Las ONG se están convirtiendo en los impulsores para que las campañas de nutrición y vacunación se

lleven a cabo en más puntos estratégicos dentro del territorio estatal. Madagascar está en medio de una crisis política y financiera, después del violento golpe de Estado del año pasado, los recortes financieros de los donantes internacionales han golpeado el sistema de asistencia social con fuerza, especialmente los servicios de salud. Mientras tanto, la suspensión de tratados comerciales internacionales ha destrozado la economía. Vamos cuesta abajo y sin frenos, Miranda -me dijo esta vez mirándome a los ojos.

Pasadas las dos de las tarde se acercó una mujer de la ladea con el almuerzo. Había un generalizado sentimiento de agradecimiento entre los habitantes de Itampolo y, al medio día, comíamos gracias a la generosidad de ellos que se turnaban para ofrecernos el refrigerio.

-¡Son maravillosos! -exclamó Laura cuando se marchó Mokelu, la mujer que nos llevó hasta el dispensario el almuerzo-. Casi no tienen para comer y nos sirven sus alimentos. Son gente hecha de una pasta especial... Aquí te reconcilias con el género humano -concluyó con cierta amargura en sus palabras.

Adiviné un poso de resentimiento en las palabras de Laura. Estaba tan convencida, desde que la vi por primera vez, de su alegría vital que no intuí hasta ese momento a la mujer verdadera; una mujer cargada de un gran dolor.

La enfermera estatal se había marchado a media tarde, a eso de las cinco, después de haber trabajado sin descanso unas cuantas horas seguidas, nos dijo que pernoctaría esa noche en la casa de un familiar cerca de la aldea y que a la mañana siguiente se presentaría temprano

para continuar con la campaña de vacunación. Nos despedimos agradecidas de su presencia y cansadas del día que pasamos trabajando sin parar en el dispensario.

Habíamos asistido a dos partos de adolescentes, una niña de trece y la otra de catorce años. Ambas, sin proferir un solo grito de dolor, tuvieron a sus hijos solas, en cuclillas y bajo nuestras atentas miradas. Tras los partos, exhaustas, descansaron un rato, justo el tiempo que nos ocupó lavarlas a ellas y a sus bebés; después, se marcharon con sus hijos en brazos y en el mismo carromato enganchado a dos bestias guiadas por un hombre joven de aspecto tribal. Según me aclaró Laura, era normal en las tribus asentadas por los alrededores de Itampolo que las mujeres dieran a luz tan jóvenes.

Cuando la explanada, transformada en sala de espera, se hallaba por fin desierta, el Ruso entró en el dispensario e, inmediatamente, por efectos mágicos, Fernanda cambió el gesto arisco que había mantenido durante el día por una sonrisa que le recorrió la cara de oreja a oreja. La presencia del gitano la ponía en órbita, se notaba su ansiedad cuando él la miraba y le sonreía y yo, en ese momento, me despeñaba por un abismo profundo, creyendo que era justa la penitencia que padecía, que era merecido el castigo.

Todas estas componendas pasaban por mi cabeza cuando Manuel se acercó a mí. Me halló atendiendo a Radama, regulándole el ritmo de perfusión de la solución y enjugándole con una gasa el sudor de la frente que encendía su piel morena. El antipirético que le había suministrado una hora antes ya estaba haciéndole efecto; el niño transpiraba enfriando su pequeño cuerpo.

-¿Qué le pasa a este crío? -me preguntó mientras le acariciaba con su pulgar la mejilla.

No pude contestar. Fernanda se interpuso y le explicó con todo lujo de detalles la gravedad del niño, hábilmente se hizo dueña de la situación y poniéndose medallas imaginarias terminó diciendo que si no es por ella, el pequeño Radama vuelve a su aldea sin garantías de supervivencia.

-Has hecho muy bien dejándolo aquí. Así lo cuidaremos hasta que esté en condiciones de marchar, este niño me mueve el alma -le dijo el Ruso con una inocencia que me sonaba ridícula, sabiendo la milonga de Fernanda.

Laura se quedó mirando a Fernanda con un gesto extraño, no percibía bien la situación, sin embargo, me dijo orgullosa lo bien que pronunciaba el Ruso.

-Le he enseñado a vocalizar, cuando llegó aquí yo no lo entendía, era un muchacho que parecía muy vulgar, siendo en realidad un chico elegante en su forma de ser y en su aspecto físico... Me chirriaba demasiado ese contraste -me dijo riendo-. Hasta que un día le dije con confianza que tenía que esforzarse por vocalizar, el acento andaluz tan pronunciado era demasiado cerrado para entenderlo. Así que le propuse, si no le importaba, corregirle todas las incorrecciones fonéticas que cometía. Él asintió humilde, me dejó el campo libre para ayudarle y con mucha paciencia, tanto por mi parte como por la de él, hemos modificado su forma de hablar -Laura se calló un momento parecía poner sus pensamientos en orden y añadió-: Yo, como actriz, he recibido e impartido muchas clases de dicción, es una cosa que me

ha preocupado siempre, para nosotros los actores de teatro es importantísimo pronunciar bien, alto y claro, aunque los de la nueva hornada, no son como los de antes; cada vez se les entiende menos. En general, los casting que se realizan ahora no seleccionan a los mejores... Hay buenísimos actores en sus casas sin trabajar y apartados de la profesión, porque si no haces televisión, no sirves. Puro negocio...

Laura se quedó mirando a un punto indefinido, pensando en sus cosas. Cuando me miró para seguir conversando, un halo de desencanto le recorrió el rostro como una estrella fugaz.

-Manuel nació en un polígono situado al sur de Sevilla, Las Tres Mil Viviendas -le dije para aclararle la causa de la mala dicción del Ruso y apartarla de sus sombríos pensamientos-. Es una zona deprimida y marginal, allí se ha criado y vivido casi toda su vida, excepto los años que estuvo tutelado por la Junta de Andalucía en una casa de acogidas... Pero aunque te parezca mentira, no es de los que peor hablan, te diría que es Castelar en su barrio. ¿Y tú, de dónde eres? -le pregunté curiosa.

-De Puertollano, Ciudad Real. ¿Y tú?

-De Cádiz, aunque vivo en Sevilla.

-A ti te entiendo perfectamente, hablas un andaluz precioso, me encanta...

-Gracias... Pero no pongo mucha atención en eso.

-Volviendo a la vida de Manuel, me he quedado traspuesta con lo que me has contado de él. No entiendo por qué estuvo tutelado. ¿Acaso tuvo una adolescencia difícil?

-No. Fue por otro motivo; se quedó solo, sin familiares directos que pudieran hacerse cargo de él. Tanto su madre como su padre murieron en circunstancias horribles...

-¿Y su abuela? Siempre nos ha hablado de ella. De hecho tú has venido para decirle que se está muriendo.

-En realidad, la abuela de Manuel no es su abuela, aunque la quiere como si lo fuera -miré de reojo a Laura y examiné su desconcierto, a punto estaba la actriz de replicar cuando le aclaré-: Lo amparó desde que nació y unos meses antes también había acogido a su madre, una joven rusa que se quedo embarazada de un gitano de El Polígono Sur. Esa es la razón del porte eslavo de Manuel, en Sevilla todos le llamamos el Ruso.

-Entonces, ¿Manuel es gitano?

-Sí, al cincuenta por ciento. Es correcto decir que la mitad de sus genes son gitanos, aunque no lo parezca.

-Nunca lo hubiera imaginado -sentenció.

Cuando nos dimos cuenta, el Ruso estaba delante de nosotras peguntando por nuestros cuchicheos.

-De quién habláis tan misteriosamente.

-De ti, corazón -le respondió Laura con desparpajo al gitano-. Le contaba a Miranda todo lo que te he enseñado para mejorar tu dicción. Por cierto ¿has podido arreglar el motor de la luz?

-¡Síiiii! -le contestó risueño- Itampolo tiene luz, débil, pero no estamos a oscuras... Aunque las velas no las guardes, Laura, el sistema está tirando por ahora, ya sabes que el motor es un tanto frágil y viejo y hay que arreglarlo continuamente. No obstante, le he enseñado a

Zinga cómo arreglarlo.

-Y Zinga quién es -le pregunté.

-Mi ayudante. Zinga no es su nombre verdadero, más bien lo abrevio, el suyo de verdad es muy difícil de pronunciar. Es un chaval con diecisiete años dispuesto a aprender... No es tan fácil encontrar gente dispuesta a aprender en esta zona.

El Ruso quedó callado unos instantes, después, consciente de su cansancio y con ganas de marcharse del dispensario me preguntó:

-¿Miranda, nos llevamos al pequeño a la casa? -en sus ojos se notaba el agotamiento.

Otra vez no me dio tiempo a contestar:

-Sí, sí -contestó Fernanda dispuesta a seguir liderando la reunión y añadió-: Lo instalaremos en mi cuarto, yo le cuidaré esta noche.

Me volví hacia ella cogiendo el gotero y la cesta con Radama dentro y le contesté seria, sin tiempo a respuesta:

-A Radama lo cuido yo.

Franqueé la puerta del dispensario que doce horas antes había cruzado en sentido contrario y del cual no había salido para nada.

Me alejé de la choza dejando al Ruso perplejo, ni siquiera parpadeó, a Laura mirándome con asombro y a Fernanda con los ojos brillantes y los músculos faciales tensos.

La tarde estaba sofocante y la aldea se preparaba para recogerse, los pocos niños que quedaban por las calles le daban patadas a una pelota blanda hecha de trapos, se creían futbolistas profesionales. Cuando metían un gol entre las dos piedras que limitaban la portería ficticia, gesticulaban realizando con fidedigna semejanza los bailecitos y

florituras que también ejecutaban después de marcar sus ídolos futbolísticos: Ronaldo, Ramos, Messi... De las ventanas y puertas abiertas de par en par, brotaba el inconfundible aroma del arroz cocido condimentado con especias, y la oscuridad se esparcía lentamente entre el letargo.

Anduve sola cargando la cesta y el suero durante unos minutos, de repente, noté al Ruso a mi lado, sin mediar palabra se apoderó de la cesta de Radama para portarla él, yo me quedé con la botella del gotero en la mano. Teníamos que ir juntos, mientras manteníamos la misma velocidad al andar para no despegar la aguja del bracito del niño. Él me asió con su mano libre la cintura para acompasar nuestros pasos. Íbamos perfectamente sincronizados, rozándonos igual que antes, cuando con los lances amorosos de las sevillanas, las bulerías o los tanguillos... bailábamos en la academia.

Abrimos las ventanas, subimos persianas y mosquiteras para que entrara el aire y refrescara el ambiente. Cuando hacía bochorno, durante el día permanecían cerrados todos los resquicios de la casa en un intento de proteger nuestro refugio del calor y de los insectos. El anochecer enfriaba un poco la atmósfera y las pequeñas corrientes que se formaban entre las diáfanas ventanas producían un frescor muy agradable para dormir.

Provisionalmente, dejamos la cesta de Radama encima de la mesita de noche del dormitorio del Ruso, la depositamos allí porque era la habitación más grande y estaba con la temperatura adecuada. El niño dormía ovillado mucho más tranquilo, su respiración se había vuelto pausada y nos calmamos al comprobar que la fiebre le había bajado un poco.

Una vez que lo dejé acomodado y tranquilo, me dirigí a la cocina, puse mi nuca debajo del grifo cuyo chorro, potente, transformaba el cansancio que sentía en cierto vigor. Mojé mi pelo con ganas,

intentando refrescarme, había sudado durante el día y la melena la sentía grasienta pegada al cuello. A tientas, atrapé la pastilla de jabón blanca, artesanal, que reposaba sobre el borde de la pila, con ella me froté la cabeza y lavé y enjuagué mis cabellos apretando con fuerza los dedos sobre mi cuero cabelludo. Después, me encaminé hacia esa especie de baño construido en el patio trasero, iba con la palangana llena de agua y la pastilla dentro. Como pude enjaboné todo mi cuerpo. Incliné el recipiente desde el cuello con efecto de ducha y el agua recorrió mi anatomía dejándome limpia y nueva.

Oliendo a jabón entré en la sala. Después del último año de mi vida, me había vuelto experta captando la realidad con objetividad, y la realidad sin disimulos se puso delante. Vi a un hombre y a una mujer con miradas cómplices, con susurros íntimos, a la vez que disfrutaban por estar juntos. Sin decir nada, deshice mis pasos en un intento de no turbar la magia que envolvía a Manuel y a Fernanda. La conversación de ellos se disipaba a medida que yo me alejaba por el pasillo, los cuchicheos y frases susurradas desaparecieron de pronto. Sollozando atravesé el umbral del cuarto del Ruso buscando la suave compañía del niño, me acosté vestida en la cama del gitano con Radama a mi lado, lo acariciaba como si fuera mío, quería a ese pequeño como si lo hubiera parido ese mismo día. Él seguía dormido, le acaricie la frente mientras percibía su calor, aunque estaba destemplado me tranquilizaba constatar que la fiebre no era persistente. Recordando a mi madre me quedé dormida, el sueño que arrastraba desde hacía dos días pudo conmigo y permanecí tumbada sobre la cama con mi mano metida en la cesta de la criatura casi toda la noche.

El llanto rasgado de Radama me despertó bruscamente. Sin saber dónde me hallaba, manoteé unos segundos arañando la pared buscando un interruptor para encender la luz. Sentí sus manos serenas apaciguando las mías, él se levantó, encendió la bombilla que pendía del techo y alumbraba con luz mortecina el dormitorio. Radama tenía el bracito hinchado, la palomilla se había salido de la vena y el suero penetraba por su carne.

-Miranda, el niño tiene el brazo un poco inflamado -me susurró el Ruso intentando acallar los lloros del pequeño.

-Con esta luz no sé si podré punzarlo bien -le dije algo nerviosa-, pero hay que intentarlo, el niño está muy mal y no puede estar sin gotero.

-Tengo aquí la linterna. ¿Te alumbro con ella mientras le pones bien el gotero?

-¡Perfecto!

Con cuidado y paciencia recoloqué la diminuta aguja en la única vena que encontré en condiciones para la punción, después de presionarle por todas las superficies posibles de su quebradizo cuerpo, en el talón de su pie derecho conseguí introducir la palomilla.

-Menos mal que he podido encontrar vía en el pie, si no le hubiera tenido que pinchar en la cabeza -le dije aliviada al Ruso.

Sentí la admiración de antaño en sus ojos. Me besó la mejilla y me dijo:

-Eres la mejor.

-Gracias, pero creo que ya no soy la mejor para ti -le dije arrepintiéndome a medida que salían las palabras de mi boca. Me parecía ridículo e innecesario mi reproche.

Radama comenzó de nuevo a gimotear sacándonos de la situación embarazosa que con mis palabras yo había provocado. Nos acercamos y ambos aplacamos al pequeño entre nanas y arrullos. Caí en la cuenta de que el Ruso se había acostado conmigo en su cama mientras yo dormía. Me confundió este gesto, no sabía cómo interpretarlo. No quería hacerme ilusiones después de observar las chispas que habían saltado entre él y Fernanda aquella misma noche.

Manuel llevaba puestas unas bermudas beige, el calor, seguramente, le forzó a que se despojara de su camiseta y así permanecía mientras atendíamos al niño.

Recordé la noche que cenamos en mi casa. Él había cocinado, después de habernos amado, con los vaqueros puesto y el torso al aire. Sólo el delantal cubría su pecho. Ese recuerdo me desarmaba por dentro a medida que pensaba que un día lo tuve para mí, entregado y dispuesto a todo y ahora lo único que nos unía era una amistad sin fisuras, perfecta pero sin un atisbo de aquella pasión que durante algún tiempo sentimos.

-Parece que Radama se ha tranquilizado, aprovechemos para dormir un rato, tenemos aún un par de horas para descansar -me dijo tumbándose con cuidado en el lecho para dejarme espacio.

Me acosté a su lado ahogando el incendio que consumía mis entrañas. El rato que pasé despierta, me quedé quieta, inmovilizada por mis emociones, hasta que el sopor pudo otra vez conmigo.

Entre nieblas oníricas, percibí un beso en la comisura de mis labios. Tenía un sueño mórbido cuando pegada aún a la almohada abrí los párpados, comprobé que el Ruso estaba atendiendo a Radama; le

cambiaba el pañal con una soltura que me sorprendió. ¿Me había besado o era una ilusión de la ensoñación? Por si acaso no le pregunté, me incorporé despacio con el pensamiento plomizo hasta quedar sentada en el colchón cubierto de sábanas que olían a él. Estaba todavía cansada; desde que llegué a Madagascar, solo había dormido de un tirón la primera noche después del largo viaje. El resto del tiempo se habían ido complicando las cosas y mi cuerpo me pedía cama para dormir muchas horas más.

-Buenos días, doctora -me dijo sin mirarme, mientras ocultaba cierto rubor.

A contemplar el desconcierto del Ruso, deduje que me había besado, que no había sido una percepción irreal. Sentí alegría, demasiada alegría por aquel beso y mi sonrisa apareció expresando mi regocijo. De repente la perspectiva de estar tantos días allí se me antojó maravillosa y, a pesar de que era temprano y arrastraba una falta de sueño bárbaro, me descubrí llena de energía para seguir luchando por Manuel. El gitano se volvió para coger la linterna y ponerla en otro lugar en un gesto mecánico disimulando su turbación.

-Te has levantado contenta... - susurró entre dientes y mirándome de reojo.

-Estoy bien -le contesté segura.

-Pues el niño tiene mucha fiebre, le acabo de quitar el termómetro y pasa los treinta y nueve grados - dijo con su mirada puesta en la cifra tan alta.

-Tranquilo. Por ahora no voy a suministrarle ningún antipirético, se la bajamos con una toalla humedecida en agua fría. El antibiótico tiene

que hacer su efecto y poco a poco le irá descendiendo la temperatura sin medicación. La fiebre es una reacción natural del organismo, si está controlada no es peligrosa.

-De acuerdo, voy a la cocina por la cubeta y la lleno de agua, a esta hora está fría.

El llanto de Radama era ensordecedor cada vez que lo envolvíamos en la toalla con el fin de disminuir la fiebre. Teníamos mucho cuidado para que en su pataleo no expulsara otra vez la palomilla de su vena. Entró Laura en la habitación atraída por los gritos del niño.

-¡Por Dios!, ¿qué le pasa a este niño? -nos preguntó preocupada.

-Tiene fiebre y se la intentamos bajar con una toalla húmeda -le respondió el Ruso.

-¡Qué barbaridad!, ¿no es mejor bajársela con el antipirético? Tener calentura y que te envuelvan en una toalla fría es una putada...

-Si podemos evitar inyectarle más fármacos en el suero, lo hacemos. Es peligroso administrarle tanta cantidad de compuestos. El antibiótico y el suplemento alimenticio son más urgentes y necesarios para Radama -contesté a Laura pensando que era realmente una putada para mi pequeño envolverlo en una toalla mojada.

-¿Qué hacemos con el niño hoy? -preguntó la actriz.

-Me lo llevo al centro de salud, allí lo tengo vigilado -le contesté.

-El café está puesto en la lumbre. Id a desayunar que yo me quedo con el chiquitín.

-Gracias. Ten mucho cuidado con el pie, la aguja es muy pequeña y se le puede salir

-le dije a Laura.

-No te preocupes que estaré pendiente -me contestó mientras me echaba del cuarto.

El aroma del café recién hecho impregnaba el ambiente. Con el tazón rebosante entre las manos y rozándonos los codos, permanecíamos sentados pegados a la mesa; nuestras miradas esquivas aumentaban la tensión que se creo en un instante y calibrando las palabras comenzamos a hablar. El Ruso miraba, concentrado, el fondo de su taza mientras me contaba algunos recuerdos vagos y agradables de su abuela. Cuando una evocación emotiva le sobrevenía, apretaba sus mandíbulas intentando contener las ganas de llorar.

-Esta noche he soñado con ella. Creo que tenerte aquí, doctora, hace que piense más en Sevilla, en lo único que tengo allí -seguía sin despegar la mirada del café-. Vine a Madagascar respondiendo a un impulso que me hacía huir, quería empezar de nuevo, reiniciar mi vida. De hecho, durante este tiempo, había decidido afincarme en Madagascar como Rubén, siento que soy feliz lejos de mi tierra. La gente sencilla de la Isla me aprecia y yo convivo bastante bien con ellos. Aquí he conseguido, intentando no pensar, acallar el dolor que me atenazaba, no tengo tiempo para escucharme ni para lamentaciones, me paso el día ocupado trabajando en donde me reclaman. Viviendo diariamente la miseria que subsiste en Madagascar, concretamente por esta zona del sur, las angustias que traemos guardadas en nuestras mochilas se vuelven una nimiedad, aquí se cura uno sin darse cuenta de las heridas sentimentales... Este es un país necesitado de mucha ayuda que yo estaba dispuesto a ofrecérsela.

El Ruso enmudeció durante unos instantes con el gesto triste y añadió:

-Lo que no esperaba es que mi abuela se muriera tan pronto. Eso no estaba en mis planes y es lo único que me va a hacer volver...

Le cogí la mano comprendiendo el dolor que yo le había causado.

-Lo siento, Manuel, siento profundamente el sufrimiento que te he hecho pasar. Sé que no tengo perdón... -no pude seguir hablando porque el llanto me lo impidió.

-No tengo que perdonarte absolutamente nada. Al contrario, yo te metí en este lío tremendo que desde luego no merecías pasar; primero la Negra con sus amenazas y después Berny con sus ataques de cuerno te han puesto en situaciones peligrosas y has tenido que aguantar cosas que no eran de recibo... y todo por mi culpa... Ahora tengo claro todo eso. Lo que sucedió entre nosotros fue un espejismo, una locura que yo solito me monté en mi cabeza... Perdóname tú a mí por hacerte sentir mal... Cuando una persona elige un camino que no es el correcto, lo sensato es dar marcha atrás y comenzar otro que sea el adecuado; eso nos ha pasado Miranda. Por favor, no te disculpes, ni me quieras por obligación, por remordimientos o por lo que sea. Sé que eres una persona justa, sensible, excepcional y también sé que te han hecho mucho daño...

El Ruso clavó sus ojos en los míos con una mirada azul, sincera, tan luminosa que me recordó el muchacho que conocí en la academia con sentimientos puros, muy claros:

-Soy muy consciente -añadió-, de que te consideras responsable de lo nuestro, la prueba es que has venido hasta aquí para decirme algo inevitable. Y eso es, precisamente, lo que intento impedir, que te

sientas mal... Doctora, deja de atormentarte por algo que tenía que suceder. Sin embargo, me gustaría que permanecieras siempre a mi lado, merece la pena tenerte como amiga, eres fantástica... Pero no te empeñes, por esa culpa que te agobia, en algo que no es posible. Yo ya me di cuenta y solo necesito tiempo para olvidar...

-Me crees si te digo que te quiero, Manuel. Me da igual lo que pienses, pero te quiero de verdad...

-No, Miranda, no te creo -me puso su dedo índice en mis labios queriéndolos sellar-, ni me lo vuelvas a decir, por favor, me duele... Dejemos las cosas tal como están, mañana regreso a España. Te agradeceré siempre lo que has hecho por mí y por la persona que más quiero, mi abuela. Supongo que ha sido un lujo haberte conocido y ¿sabes una cosa?... sé que estás hecha de una pasta especial.

-Manuel, te lo ruego, no me hagas esto... No des por cierto algo que no es verdad. La realidad es que te quiero... Te quiero más de lo que jamás pude imaginar, hasta me duele quererte tanto... Déjame explicarte lo que he sentido y siento por ti -le supliqué totalmente descompuesta-. Te juro que estás equivocado, y sería una lástima dejar lo nuestro así... -concluí con la voz quebrada por el enorme nudo que se instaló otra vez en mi garganta.

En una milésima de segundo tuve la esperanza de haberle convencido porque sus ojos centellearon ilusionados, pero fue un instante fugaz casi inexistente. El Ruso no me creía o no se permitía creer; huía de un espacio negro, de un pasado cargado de silencios y tristezas.

Desfilamos todas delante de él para darle un abrazo de despedida. La camioneta gris esperaba delante de la puerta, un empleado de Rubén se había encargado de hacer el viaje para recoger al Ruso y llevarlo a Antananarivo para que, a primera hora del día siguiente, pudiese coger el avión. Manuel pasaría la noche en la casa de Rubén y él mismo, a las seis de la mañana, lo conduciría a Ivato: el aeropuerto lo esperaba para lanzarlo de vuelta a casa, al lado de su abuela, tal como le prometí a la Chata.

La primera en recibir el abrazo del Ruso fue Laura, ella lo arrulló como a un hijo, ese hijo que se dejó en España. Fernanda tenía los ojos bajos. Trenzaba unas cintas de colores entre sus manos esperando que se despidiera de mí, pero su sorpresa fue mayúscula cuando la acogió a ella entre sus brazos y la besó en la mejilla derecha muy cerca de la boca prometiéndole que se volverían a ver pronto.

Sentí su aliento, su deseo por besarme los labios, su dolor cuando me abrazó con fuerza y me retuvo entre sus brazos en silencio, un silencio

que nos separaba sin saber hasta cuando, quizás para siempre. El miedo estaba presente en sus pupilas cuando me dijo “adiós”…

-Buen viaje, Ruso -susurré en su oído muerta de miedo también.

Jugábamos nuestra última partida, sorbíamos el último trago, me resignaba ante su huida, sabía que todo había acabado. El Ruso parecía debatirse, no ya conmigo, sino consigo mismo, contra su voluntad.

Admitía que mi propio destino me había fraguado una deriva, un guiño, una equivocación en la que arrastré al Ruso por inercia. Y lo asombroso era que lo amaba. Mi sacrificio era él, renunciaba a su piel dorada, a sus sublimes y heroicas maneras. Él tenía que salvarse de mí, era lo justo. Le dolía mi presencia, necesitaba olvidarme.

Repentinamente me contemplé con el brazo alzado en un gesto de despedida, mirando al coche gris que se llevaba al Ruso para siempre. La amargura que sentía mientras le decía adiós, me costaba admitirla y el esfuerzo de sobreponerme a la nada más absoluta otra vez, me cubrió los ojos de lágrimas espesas, difícil de reprimir.

Divagaba, con los oídos ensordecidos por el infernal ruido que producían los habitantes de Itampolo con sus cacerolas, peroles y vasijas metálicas golpeados con palos, cucharas y cualquier objeto contundente que produjera sonido para despedir a su benefactor, que mi vida ya no me parecía surrealista al lado de un gitano del Polígono Sur, que aquellas peregrinas ideas que me hicieron alejarme de él, ahora se presentaban como los pensamientos más cabales que pudiera imaginar. Conociendo tal como conocía actualmente al Ruso, no había en mi horizonte un tipo menos extraño y adecuado para mí.

Estaba enamorada de él, le quería y admiraba. Su renuncia y la mía era un precio alto, excesivamente grande para expiar el pecado que cometí al abandonarle.

-Creo que debemos entrar en la casa, Miranda. Hace rato que desapareció la camioneta por la esquina -me dijo cariñosa Laura acompañada de una mirada directa-. Tenemos que ir al consultorio, hoy habrá incluso más niños y mujeres que ayer, la noticia de la campaña de vacunación habrá ido de boca en boca y acudirán en tropel. Algunos vienen desde muy lejos, cuanto antes los vacunemos, antes pueden emprender el regreso a sus aldeas.

Pasé las yemas de mis dedos alrededor de mis ojos, intentando secarme los restos del llanto que me sobrecogían sin poder evitarlo.

-A Manuel le volverás a ver cuando regreses a Sevilla en unos días. Venga, anímate, que tenemos mucho que hacer...

Laura creía que lloraba por el despego temporal, pero nada más lejos de la realidad, mi llanto era de despedida por el adiós definitivo, el que crujía y rasgaba mi alma.

Entré en silencio en la casa, me refugié en el cuarto del Ruso que ahora era el mío. Radama dormía, le cambié el pañal y lo dispuse para llevarlo conmigo al centro de salud; era la única persona que me quedaba.

Laura arrastraba con las bolsas que diariamente llevaba de la casa al dispensario y al revés cuando era el camino de vuelta. Cargaba con medicamentos, utensilios y material que escaseaban por aquella zona y en el centro de salud. Habían robado y destrozado el consultorio en dos ocasiones y la pobre mujer, tenía la santa paciencia de seleccionar

diariamente el cargamento más valioso por si volvían los saqueadores. Yo portaba la cesta del niño con la mano derecha y con la izquierda sujetaba el gotero, llevaba el bolso con mis pertenencias y las de Radama en bandolera; caminaba despacio, sincronizando mis movimientos cuidando la aguja punzada en el talón del pequeño.

Fernanda se acercó, como el Ruso me cogió al niño y tuvimos que ir al unísono sin mediar palabra, pero su apoyo no cayó en saco roto y algo comenzó a cambiar; mi percepción hacia esta murciana rubia y atlética de veintiséis años definitivamente iba a ser otra.

-Aunque parezca una pija por mi físico y mis maneras, soy una chica totalmente rústica, nací en Molina de Segura. Mis padres viven de la agricultura, poseen una huerta de frutas, además tenían, desde tiempo inmemorial, una pequeña fábrica donde se envasaban parte de los melocotones que mi familia aún cultiva en sus tierras. A causa de la crisis y la reducción de la ayuda europea, han tenido que cerrar la envasadora. La casa que construyeron mis abuelos, hace más de setenta años, seguimos habitándola y se conserva casi intacta, pocos arreglos han podio hacerle mis padres, y resistimos económicamente gracias a los productos hortícola que se obtienen de los cultivos y cosechas de cada temporada. La incertidumbre obsesiva, con la que convivimos día a día la gente del campo, es tremenda; siempre estamos sujetos a las inclemencias del tiempo. En años de sequía hay que tirar con los ahorros de los años fértiles, es decir, de lluvias moderadas... así son las cosas, nunca llueve a gusto de todos, además, en mi vida he oído a mi padre reconocer que tiene suficiente dinero, porque cuando se obtiene algo, se guarda por si acaso... La verdad es

que no sé por qué os cuento esto... Pero, ¡hala!, ya lo he soltado...,

El mismo día que partió el Ruso hacia la capital, mientras cenábamos las tres con el pequeño Radama en el dormitorio, Fernanda nos largó esta perorata como algo que le escocía por dentro dejando a un lado su forma un tanto almibarada de hablar.

-Pues viendo cómo te atusas el flequillo con los dedos y escuchándote hablar, se diría que eres la mismísima hija de Isabel Preysler -le dijo Laura riéndose.

-Pues no, las apariencias engañan -dijo-. Mi madre es casi analfabeta, las únicas curvas que le quedan son tres flotadores de grasa pegados a su abdomen y su piel, arrugada, no se la cuida lo más mínimo. Por lo visto, hace treinta años fue una mujer de bandera. Mi padre es totalmente distinto; es un hombre seco de carnes magras y recorre su huerta con un viejo pantalón remendado y protegido del sol por un sombrero de paja: toda mi familia es así: austera y sin muchos recursos... Sin embargo, yo he destacado desde pequeña por mi físico; el ser rubia, alta y con ojos azules me ha ayudado a tener el aspecto de una niña pija. Debo reconocer que he jugado con esa percepción alguna veces y dejaba creer que mi procedencia era otra, más urbana y adinerada, solo he necesitado cambiar la forma de hablar. Pero también he destacado por mi facilidad con los libros, era buena en todas las áreas, no se me resistían ni el latín, ni las matemáticas; la típica alumna aplicada. Por eso, mis padres y mi hermano Paco se apretaron el cinturón y con sacrificio quisieron que yo estudiara Medicina, mi gran vocación.

En Granada obtuve el título universitario. Durante mi estancia yo era

consciente del sacrificio tan enorme que hacía mi familia para que pudiese acabar la carrera en la Facultad de Medicina y me busqué un trabajo de camarera durante algún tiempo, para ayudar en mis gastos personales, especialmente, para comprarme la ropa y pagar la mensualidad del cuarto que alquilé en un piso "patera" donde nos acogía doña Engracia, una viuda que hospedaba a más estudiante que espacio del que disponía. Pero nos compensaba la incomodidad de dormir hacinados y la falta de intimidad, con el pírrico alquiler que pagábamos. Pero al cabo de unos meses trabajando en el McDonald, me di cuenta de que no podía simultanear el estudio con el trabajo si quería aprobar las asignaturas en un tiempo razonable, así que les propuse a mis padres otro apretoncito más del cinturón y lo hicieron sin dudar. Mi hermano Paco, diez años mayor que yo, también ha colaborado en mi carrera. Su mérito era aún mayor porque tenía dos hijos que sacar adelante.

-Tienes una gran familia, enhorabuena -acerté a decir con cierta nostalgia.

-Sí, sí... Lo sé perfectamente, pero me cuesta hablar de ella... Me siento mal por eso, Miranda, sé que debería estar gritando quién soy, lo maravillosos que son y de dónde procedo y en vez de eso ofrezco una imagen distinta. Pero no puedo negar que detesto con todas mis fuerzas lo desarrapada que es mi madre, con esos pelos, ese delantal que no se quita ni para dormir; es un desastre... También me da vergüenza lo rudo e inculto que es mi padre y lo simple que es mi hermano... Creo que soy lo peor, -nos dijo la última frase tapándose el rostro con sus manos.

-¿Lo peor, y estás aquí dejándote la piel para ayudar a esta pobre gente por nada? -le regañó Laura y añadió-: No te exijas más de lo que puedas dar, porque no siempre estamos a la altura que se espera de nosotros... ya has movido ficha para solventar ese complejo; es bueno que hables de ti, de tus padres y expreses lo que han hecho por ti con mucho sacrificio...

Estas inocentes y sabias palabras de Laura originaron lo que vino después. Fernanda palideció, se arrugó en la silla y sus ojos de repente se vieron envueltos entre profundas y oscuras sombras que le desencajaban el rostro y la dejaba con un aspecto de muñeca rota. Estuvo unos instantes quieta, después nos miró irradiando ira. Con un hilo de voz comenzó a hablar; su tono despedía rabia y reproche:

-¿Complejo? ¿De qué complejo hablas Laura? Yo no soy la que está acomplejada, sois vosotras con esos aires de superioridad. ¿Creéis que no me he dado cuenta? Ahora pensaréis que soy una mujer hortera, seguro que os sentiréis mejor por eso... Saber de mí y de mis debilidades os hace fuertes frente a mí.

Un miedo viejo y hondo le salió a flote, el haber desnudado su interior ante nosotras le producía un pánico sordo, incontrolable, la vimos transformarse en un ser incapaz de reaccionar con normalidad. La irracionalidad más absoluta la invadió y comenzó a soltar una sarta de supuestas actitudes nuestras que no correspondían con la realidad... La dejamos decir, contar detalladamente las mismas barbaridades e incoherencias que se había ido forjando en su cabeza a través del tiempo y que salían encadenadas de su tensa boca, una tras otras, con el tono de voz cada vez más elevado. De la chica modosita y pija no

quedaba ni rastro. Tan sólo veíamos a una mujer desquiciada, consumida por el desasosiego. Simplemente por formar parte de una familia de la que se avergonzaba.

El impacto que sufrí fue tremendo ¿Cómo se puede renegar y detestar a unos seres que te quieren tanto? Mecánicamente, le ofrecí el vaso de agua que le había servido instantes antes, para que la crisis por la cual deambulaba la superara pronto. “Beber y tragar siempre ayuda”, me dijo un día la Chata y era cierto, a medida que bebía Fernanda en sorbitos cortos el agua que yo le había dado, se iba apaciguando su ira, se fue aplacando hasta volver en sí.

La idea que pudiera haberse formado Laura en su cabeza después del numerito que nos había montado, no le importaba demasiado a Fernanda, sin embargo, fijó sus ojos en mí y me dijo:

-Di lo que piensas... Ya sé que no merezco ni que me habléis, después de la que os he liado, pero me interesa tu opinión, Miranda.

-Pienso que eres la mujer más tonta del mundo. Fíjate si eres tonta que no te das cuenta de lo que tienes. ¿Y sabes una cosa? También eres la mujer a la que más envidio en este momento. Me encantaría tener a una madre desarreglada, sin artificios, siendo ella misma pero que me protegiera y me quisiera como te quiere a ti. También desearía a un padre rudo, todo lo inculto que quieras, pero seguro que es honrado y te adora, y un hermano, Paco, ¿no?, que hiciera lo posible e imposible para que su hermana pequeña cumpliera su gran deseo: ser médico... Posees aquello a lo que todos aspiramos y escasos son los elegidos que lo consiguen.

Me acordé de mi familia, de su posición social alta, pública, para

exhibirla con orgullo, sin embargo nada de eso me servía. No los tenía. Mucho ruido y pocas nueces, me dije. Miré a Fernanda y proseguí:

-Tonta es poco, además eres ciega, insegura, desagradecida,... Miles de calificativos te diría, pero algo te conozco y creo que también eres trabajadora, generosa, prudente e incluso diría que un poco ingenua... A ver Fernanda, todos llevamos nuestros temores, dudas, recelos y miles de porquerías a cuestas, pero cuanto antes te despojes de la carroña que soportas, mejor persona serás. Afrontar las cosas no es fácil, tú lo has hecho hoy con miedo a un hipotético desprecio que pudiéramos sentir por ti, pero lo has hecho, y eso te va a ayudar, vas a crecer... Lo sé por experiencia.

Acabé la frase con una sonrisa cómplice, la apreté con mimo y cariño; ella era una mujer inteligente y supo que no éramos enemigas.

Fernanda me abrazó, sentí su cuerpo tembloroso empapado en sudor. “Gracias”, dijo.

Oí el lastimero grito de un pavo real en el patio de la choza colindante. Desde la lejanía del sueño sabía que me había quedado dormida. Idiotizada, abrí lentamente los párpados y lo encontré mirándome con esa mirada que me desarmaba. Mis ojos quedaron como platos al contemplar a Radama sentado en mi cama balanceándose de un lado a otro, con sus diminutos dedos jugaba con mis cabellos apartándolos de mi cara y acercándose para que lo besara en las mejillas. Abracé al pequeño, no sé cuántos besos le di. De pronto crucé la estancia, abrí la puerta y mis gritos se esparcieron por la choza: "¡Radama está bien, no tiene fiebre!" Enloquecida por su mejoría empecé, sin creer todavía que era él, mi niño, el que me miraba con tanta vitalidad , a reír sin control; las risas quedaron flotando en el aire, espontáneas; brotaban de mi corazón.

Las cosas empezaban a funcionar y mi estancia en la aldea no había sido una casualidad. Estaba convencida de que mi llegada a Madagascar se encontraba dentro en un claro objetivo urdido por la

Chata antes de morir, para despedirse del Ruso y para que volviera a su lado. Sin embargo, también comenzaba a pensar que conocer a Radama para cuidarlo y darle una vida que se hallaba apagada, sin futuro, era otro designio más de mi viaje. Suponía que si yo no hubiera aparecido por Itampolo, quizás Radama habría muerto en el trayecto de vuelta a su poblado en brazos de su abuela enferma y sin recursos para sacarlo adelante.

El niño, desde que me acarició por primera vez en el consultorio, me había calado profundamente. Con el paso del tiempo notaba que Radama se había convertido en el eje de mi vida y que un amor maternal crecía y cambiaba todo dentro de mí. A esto se le añadía el dolor que me supuso perder al Ruso, esta mezcla de sentimientos me hicieron imaginar, e incluso creer, que el pequeño era mío, que había salido de mis propias entrañas.

Llevaba quince días en Itampolo, me sentía implicada y volcada en el centro de salud al que llamamos Los Geranios. Se me ocurrió una mañana espléndida, cargada de luz que me recordó las auroras de Cádiz y en honor a mi tierra y dándole un matiz más alegre a aquellas cuatro paredes tristes y desvencijadas, lo designamos con un nombre floral cargado de reminiscencias nostálgicas.

Por las mañanas, tanto a Fernanda a Laura como a mí, nos animaba la idea de conducirnos al dispensario con ese apelativo tan nuestro. Durante el trayecto bromeábamos y reíamos mientras contábamos las infinitas anécdotas que nos ocurría diariamente en Los Geranios y que surgían espontáneas en la conversación. La complicidad entre las tres mujeres perdidas al sur de una isla africana aumentaba a medida que

pasaba el tiempo. No pensábamos en lo incomunicadas y abandonadas que nos encontrábamos, sabíamos que nadie nos salvaría de una ataque o una acción delictiva en el supuesto caso que se produjese, por eso, nos propusimos no pensar en ello, aunque algunas noches, metida en la cama del Ruso me asustaba nuestra soledad.

Yo portaba siempre al niño en brazos, lo llevaba apoyado encima de mi cadera. El gotero desapareció y también la palomilla que la extraje de su exigua vena cuando resucitó. En quince días había ganado seiscientos gramos, aunque la neumonía había supuesto un gran impedimento, sus ojos cada vez eran más vivarachos y su movilidad más ágil. Los cuatro nos convertimos en algo semejante a una familia, donde Laura era la matriarca y así nos comportábamos.

Al segundo día de colocar, bien visible y pintado en rojo, el cartel en la puerta del dispensario con el nombre “Los Geranios”, los aldeanos comenzaron a pronunciarlo con cierta exactitud, bromeaban con las palabras que les parecían muy extrañas, pero cuando aprendían a decirlas se reían a mandíbula batiente enseñando sus dientes blancos creyendo que dominaban el español. Por supuesto que los niños al instante siguiente de ver el letrero, las pronunciaron perfectamente, captaron su fonética antes que los hombres, las mujeres y los ancianos; estos tardaron más en aprenderlas. Y no era raro ver corrillos de adultos alrededor de un chiquillo enseñándoles a pronunciar: “los – ge – ra - nios”.

A esas alturas de mi estancia en la aldea, ya conocía las necesidades de la gente, sabía de su bondad, de sus atenciones con nosotras “mujeres españolas”, nos decían en malgache y comenzaba de nuevo a

ser feliz.

El aroma a boñigas, excrementos y otros efluvios humanos y animal que impregnaba el aire de Itampolo dejó de fustigar a mi sentido olfativo y me acostumbré al hedor reinante con una incipiente felicidad que daba una tregua a mi vida. La falta de agua y la escasa luz eléctrica no era óbice para sentirnos mal en la aldea. Nos acostumbramos a vivir con lo mínimo y a comer y beber lo justo para salir adelante. Lo importante era que la campaña de vacunación y desnutrición estaban convirtiéndose en un éxito, muchos malgaches (especialmente mujeres y niños) habían pasado por el consultorio para ser atendidos. Cada vez se acercaban más por allí para que ayudáramos a las parturientas a traer a sus hijos al mundo, para ser vacunados y tratados con antibióticos cuando llegaban con infecciones, además, comenzábamos una campaña para prevenir el embarazo no deseado. A las mujeres les enseñábamos el ciclo menstrual, sus días fértiles dentro del mes y cómo podían evitar quedarse embarazadas. Las instruíamos en la higiene básica para ellas y sus bebés, les repetíamos continuamente la importancia de hervir el agua no salubre para cocinar o beber. Todos estos conceptos básicos, normales para nosotras, para ellos eran extraños, desconocidos y algunas mujeres se negaban a lavarse tanto, sus hombres no las querían sin olor.

Pasaban los días y la abuela de Radama no aparecía. En mi cabeza empezó a fraguar la idea de llevármelo para Sevilla. El niño creía que yo era su madre, me buscaba con la mirada, lloraba cuando me ausentaba de su lado y se acurrucaba en mi cuerpo para sentir mi

calor. Las noches de llantos en las que Radama tenía pesadillas, le acariciaba su piel morena que paulatinamente iba adoptando un brillo luminoso. Lo tanteaba para sosegarlo y sus quejidos parecían lejanos, ancestrales.

Primero se lo confesé a Fernanda:

-Quiero llevarme a Radama para Sevilla -le dije mientras vacunábamos en el consultorio.

-Te estás metiendo en un jardín. Además creo que no cumples los requisitos. Adoptar en Madagascar no es fácil, amén de caro... Creo haber leído en alguna parte que para adoptar en este país es necesario estar casado y haber pasado de los treinta, aparte de otras condiciones inexcusables...

-Entonces, ¿¡abandono a mi niño!? -le dije enrabietada.

Laura estaba poniendo orden en la hilera humana que se refugiaba bajo el gran árbol de mango. Entró cuando me vio exaltada y preguntó qué nos pasaba; desde fuera notaban la tensión y los malgaches no entienden de enfados y brusquedades de nuestra parte, solo responden a las sonrisas y a la calma.

-"Espíritus buenos", ya sabéis que son especiales -dijo la manchega intentando tranquilizarme.

-Siento haberte contrariado, Miranda, pero no te puedes llevar a Radama a España dentro de una semana, las cosas no funcionan así.

Laura me miró asombrada, sus ojos abiertos expresaban un desconcierto enorme.

-¿Que te quieres llevar al niño a España? Si todavía no sabemos si vendrán a por él. Aquí el tiempo es distinto que en cualquier otra

parte del planeta. Si das un plazo a alguien no esperes nunca que sea el que tú le marcas, sino el que la persona considera. Por eso debemos ser pacientes y no perder la esperanza de que vuelva la abuela y se lo lleve.

Todo sonaba, más que en ninguna otra ocasión, a frases heladas, vertebradas con realidad y metal que traspasaban mi carne y mataban mi ilusión, la única que me quedaba.

Me replegué en mis pensamientos y pasamos la jornada calladas, en lo nuestro, vacunando, reconociendo a niños y mujeres, todos arruinados por las enfermedades y la hambruna. Me centré en las silenciosas parturientas, vi expulsar niños raquíticos y fetos podridos, muertos dentro de los vientres de sus madres por la falta de alimentos. Después, se lo llevaban entre sus brazos envueltos en harapos para enterrarlos en sus cementerios. Era duro, muy cruel el día a día en Itampolo, pero ese día mi estancia allí era aún más trágica: todo era viejo, conocido, nada fuera de lugar. Me sentía como esas adolescentes que parían hijos inertes, sin vida, que solo podían sepultarlos.

Radama se levantaba de la cesta, deambulaba inestablemente por el recinto, bajaba los dos peldaños con una torpeza visiblemente mayor que la de un niño de dos años, parecía un bebé gateando arrastrándose por el suelo. Las mujeres apostadas con sus hijos en la fila lo observaban primero con recelo, después asombradas de su recuperación pensaban que los espíritus buenos habían salvado al niño de una muerte segura, lo acogían entre risas, lo abrazaban y le hablaban en su lengua, él me percibía a lo lejos y con su bracito

extendido me solicitaba.

Cuando terminamos, Laura cerró el centro de salud a cal y canto, asegurándose que no quedaba ni una rendija abierta por donde colarse, después me cogió del brazo y me preguntó por qué ese empeño en llevarme al niño.

-¿Es que no tienes familia? Por lo que sé, sí la tienes, Miranda. Esta locura de llevarte a Radama parece un intento desesperado por aferrarte a un ser indefenso, que hoy por hoy no te pertenece.

-Por favor, Laura, no te confundas y entiéndeme -le dije afligida.

-Quiero entenderte, pero aquí hay algo que no encaja.

Llegamos a la casa, hicimos el ritual de siempre, abrimos las ventanas, ventilamos y nos lavamos. Aseamos la casa entre Fernanda y yo mientras Laura cocía el arroz y troceaba las frutas que lo acompañarían. Radama tras tomar un tazón de leche con cereales se quedó dormido en mi cama

Devoramos nuestra frugal cena, siempre nos quedábamos con hambre. Esperábamos alimentos de Antananarivo, pero Rubén se retrasaba en traerlos, seguramente cuando viniera a recogerme para llevarme al aeropuerto transportaría el ansiado cargamento en su camioneta. En la aldea escaseaba la comida y poco nos podían ayudar, las últimas inundaciones habían dañado los cultivos de arroz y árboles frutales dejando a la población aún más hambrienta.

Laura miró a Fernanda antes que a mí para preguntarme por la tristeza de mis ojos. Como hice con Sergi, el capi, me lancé al vacío y empecé a hablar de mi vida. Era algo tan sencillo y tan claro dentro de mí que inicié mi historia desde que me separé, los capítulos anteriores

los reseñé en cuatro palabras. Permanecí en la misma postura más de una hora contando mi vida. Casi sin parpadear y con una frialdad que hasta a mí misma me sorprendió, fui reconstruyendo cada abandono, cada humillación, cada traición, cada error, cada decepción, cada dolor que había tenido que soportar a lo largo de este interminable año. La mayoría de las angustias provenían por mi decisión de separarme de un canalla cómplice de mi padre, otro canalla, y las que más me desconsolaban, por enamorarme de un gitano de Las Tres Mil Viviendas, el Ruso.

Cuando terminé de contarlo todo, Laura me miraba fijamente, sus ojos los encontré ahogados en lágrimas y Fernanda bajó la cabeza con un gesto indescifrable.

-Eres muy joven para haber pasado tanto, hija -me dijo Laura acariciándome la mejilla y añadió-: Ahora vengo...

Cuando Laura se marchó momentáneamente, Fernanda alzó la cabeza y me preguntó:

-¿Echas de menos a tu familia, Miranda?

-Solo a mi madre...

No pude detener la lágrima que se me escapó para rodar por mi rostro, la aparté rápidamente con los dedos rígidos. Me recompuse la coleta y le pregunté:

-¿Qué piensas de lo que he contado?

-Pienso que tu vida es una puta mierda -me dijo relajada sin hacer el más mínimo esfuerzo por parecer una niña pija-. Chica, no sé cómo has aguantado tanto. Excepto el trabajo, todo te ha salido como el culo... y lo de Manuel, ni te cuento, has desperdiciado la oportunidad

de tener al hombre más interesante que he conocido, ahora soy yo la que te digo que eres tonta, muy tonta.

Fernanda resumió mi existencia con una capacidad de síntesis increíble.

-No creas -le contesté para defender mi capacidad intelectual-, en la academia de flamenco encontré una paz inusual y unos amigos de verdad. Aunque reconozco que mi vida actual es extraña... extrañamente jodida -hice una pausa para ordenar mi cabeza. Proseguí: Con vosotras y Radama me siento muy bien... Y viendo las existencias que tienen que soportar esta pobre gente se difumina todo, me parece que mi historia es una tontería...

-Ya... Pero no te engañes, eso puede ser peor.

-Pues el estar aquí observando, día a día, la hambruna, las enfermedades, la miseria, me sirve para olvidar los nudos de mi estómago y de mi jodida vida.

-¿Nudos en el estómago? Para eso hay que tener algo en él.

-¡Qué literal eres, hija! - le dije riendo, recalcando mi acento gaditano: "¡Qué literá ere, hihja!".

Fernanda soltó una carcajada sonora y franca, impropia de ella que cuidaba esos gestos al milímetro, y las dos reímos durante un buen rato hasta que vimos aparecer a Laura con una foto en la mano, un paquete de tabaco en la otra y dos botellas de vino agarradas entre su brazo derecho y su cuerpo. Llegó a la mesa y se sentó parsimoniosamente, puso en la mesa las botellas, el paquete de Marlboro y la foto de un chico de unos treinta años.

-Fernanda, por favor, ve a la cocina y nos traes unos vasos para beber

este vino gallego que me regaló Rubén la última vez que estuvo aquí, creo que me lo dejó por aguantarle los ronquidos...

Sonreímos al recordar aquel episodio. Fernanda volvió al salón con los tres vasos y el sacacorchos en la mano, cogió una botella y la descorchó con habilidad pasmosa.

-Tú le das al trinqui ¿no? -le dije riendo. ¡Qué manera de descorchar una botella, jamás había visto a nadie con tanta fuerza!

-Dirás arte, hihja, mucho arte... Fuerza ninguna -me miró guiñándome un ojo-. Sé abrir así una botella por experiencia, por no haber tenido nunca un puto duro. Me he pasado los últimos cinco veranos trabajando detrás de una barra, al aire libre, en La Manga. Y en invierno, he servido en muchos cotillones de fin de año... ¡Demasiadas campanadas descorchando y sirviendo copas, corazón!

-En resumen; eres una profesional de la botella... –me reí con ganas, arrastrando a Laura y a Fernanda conmigo.

Cogí la foto que la actriz había depositado encima del mantel, la miré con detenimiento y reconocí algunos rasgos del joven que reflejaba la fotografía, eran parecidos a los de Laura. Miraba el horizonte, su perfil era varonil, de mandíbulas anchas y cejas pobladas, se vislumbraba a un hombre atractivo.

-¿Es tu hijo? Se parece un poco a ti -le pregunté.

-Es Juan, el ser que más quiero en este mundo -nos dijo pasando las yemas de sus dedos por el rostro que mostraba el retrato y besándolo emocionada.

Recordé que Laura había aparecido en las revistas y en la sesión de cotilleos de los periódicos serios anunciando su separación

matrimonial casi en la misma época en la que me separé de Enrique. En esos ínfimos instantes me vino a la memoria que estuvo casada más de treinta años con Miguel Aramburu, un famoso actor y director de cine de la época de la Transición cuando el séptimo arte estaba sumamente politizado y comprometido con los partidos de izquierdas, incluso más que ahora.

Le pregunté a Laura si el joven era hijo también del hombre que fue su marido, Miguel Aramburu.

-¡A ese enfermo, ni me lo nombres! -dijo con ira.

Nos quedamos de piedra. Nunca habíamos visto a una Laura así, con ese gesto y esa rabia en sus ojos. Ella era sencilla, esa clase de mujer que, según mi parecer, superaba la media de personas acogedoras y especialmente simpáticas y lo que teníamos delante era un ser humano con el semblante ensombrecido, unas manos con los puños cerrados, tensas, apoyadas encima de la mesa y un corazón herido con un rencor evidente que hasta ese momento no habíamos vislumbrado.

Laura llenó nuestros vasos generosamente, luego inundó el suyo hasta arriba, dio un trago largo, después encendió un cigarrillo aspirando bien el humo intentando retenerlo en sus pulmones, parecía aplacar algún sentimiento que quería guardar para ella, pero no pudo y finalmente expulsó la humareda y con ella su historia.

-Tengo cincuenta y nueve años y estoy comenzando una nueva vida, así puedo resumir mi existencia -Laura se quedó callada mirándonos a los ojos con fuerza. Ella tenía los suyos vidriosos a punto del llanto, su voz sonaba ronca, distinta.

-Aunque sé que nunca es tarde, es duro empezar sola tras una ruptura que te deja con un sabor de boca tan amargo y, cuanto mayor eres, más cuesta sobreponerte de una traición, de la herida que queda sangrando y emanando pus. Sin embargo, mi vida no siempre ha estado teñida de sinsabores; mi infancia la recuerdo muy feliz. Mi padre marcó todos esos años desde que tuve uso de razón. Fue un hombre excepcional, la mejor persona que he conocido... y no es pasión de hija, que a esta altura de mi vida sé distinguir a un buen marido, a un buen padre y a un buen amigo. Todo eso fue Francisco Abascal, mi padre, un hombre humilde, un trabajador incansable. Llevaba un jornal a casa que a veces resultaba muy justo para tirar con todos los gastos, pero lo poco que teníamos lo administraba mi madre con mano hábil y cabeza fría.

Éramos tres hermanas, yo soy la segunda. La mayor, Belén, se lleva conmigo catorce meses, somos casi gemelas, solamente con la mirada ya nos entendemos, sin embargo, mi estancia aquí, en Madagascar, durante tanto tiempo le resulta difícil de comprender. No me apoyó cuando decidí venir, hace ya un año y pico, con la ONG para poner tierra por medio...

De mi hermana Ana me separaban tres años, pero una muerte súbita nos la arrebató siendo aún una niña de siete años. Eso fue un mazazo en mi familia, para mis padres fue el peor suceso de sus vidas, nos costó superarlo, pero nuestra unión y el apoyo de mi abuela, mis tíos y familiares consiguieron ese milagro.

Mi hermana pequeña, Fátima, vino después de la muerte de Ana y ese dolor tan inmenso que sentía mi madre se volvió en amor para su

nueva hija. Fátima ha sido la más mimada, es lógico, era nuestra niña chiquita, la que teníamos que cuidar. Volcamos en ella todas nuestras emociones truncadas con la muerte de Ana y la acogimos como si fuera una segunda oportunidad. Aunque físicamente eran distintas, nosotros creímos ver en ella a la niña que repentinamente se nos fue...

Recuerdo que mi abuela nos adoraba. Todavía sueño con sus risas, era una mujer graciosa y alegre, incluso llegó a tener en sus brazos a mi hijo y a los de mi hermana Belén. Murió viejecita, muy mayor, pero con sus luces hasta casi el final muy bien encendidas...

Laura dulcificó su gesto al pensar en su abuela, imitó su gesto, ese movimiento de pie uno adelante, el otro atrás suave, suave, para que el niño se quedase dormidito, el que efectuaba cuando mecía a sus bisnietos con la mismas nanas que le había cantado a sus hijos y nietos: "Duérmete mi niño, duérmete mi bien...", entonó con las lágrimas fuera.

-Mi familia era y es de mucha unión, de mucho cariño y somos una piña en todos los momentos que se necesite. Ya os he dicho que no éramos una familia con dinero, provengo de una familia trabajadora que no nos ha faltado de nada, pero sin ningún tipo de derroches. En mi pueblo hemos destacado por el amor hacia las personas más necesitadas y, a la vez, hemos recibido, con creces, lo que hemos dado y creo que eso causaba cierta envidia entre los pudientes.

Yo, por fortuna o desgracia, me casé con uno de esos pudientes. Él era rico, con muchas tierras y su familia poseía varias fábricas. Tenían una buena posición económica en el pueblo, y ya sabéis que en las pequeñas ciudades los dineros marcan nítidamente las clases sociales.

Su familia nunca me ha tratado bien, creo que por no pertenecer a los pudientes, y esta fue la primera barrera que tuvimos que superar cuando nos conocimos. En aquella época él era un soñador, estudiaba en Madrid Filosofía y Letras y en la facultad se fue impregnando de esa ideología de izquierdas que más tarde hizo suya.

Éramos unos chiquillos cuando comenzamos a tontear, yo tenía quince y él dieciocho. En el pueblo murmuraban que la hija del Francisco y la Rosa, los de la calle Tórtola, se hablaba con el hijo de don Jerónimo Aramburu, el dueño de las principales tierras del pueblo y la comarca. Estuvimos de novios seis años. Nos casamos muy jóvenes, enamorados e inmensamente ilusionados en una pequeña iglesia con el claro objetivo de estar siempre juntos. Me fui a Madrid con él, aprendí interpretación con los mejores. Él estaba ya metido en círculos vanguardistas e intelectuales con mucho poder; poseía cultura y dinero, dos factores importantes para iniciar una carrera artística en aquellos momentos de la Transición española.

Mi inclinación por el arte dramático me viene desde pequeña. Mi máxima ilusión con diez años era parecerme a Sarita Montiel, me encantaba esa sensualidad que irradiaba en sus películas. Esos míticos y soberbios primeros planos de ella causaban delirio, el cine enmudecía cuando, la actriz más internacional que había dado el cine español en los sesenta, lenta e inconfundiblemente cantaba el fumando espero... Sin embargo, el tiempo y mi forma de ser me fueron convirtiendo en una actriz de teatro con tintes totalmente antagónicos a los de Sarita Montiel.

Entre mi exmarido y yo hemos realizado obras de teatro y guiones de

cine que después dirigía él mismo cargados de ideología y pedagogía contra el sistema capitalista, contra el franquismo y su barbarie, algunas exageradas. Pero la mayoría, basadas en hechos reales. Hemos luchado con otros actores y cantantes de nuestra cuerda, muy conocidos, al lado de partidos políticos virados muy a la izquierda. Recorrimos la geografía española, kilómetro a kilómetro, organizando mítines y conciertos. Estratégicamente íbamos preparadísimos, nos poníamos en lugares señalados para dejarnos ver y para que las cámaras de televisión nos recogieran con el puño en alto, gritando la internacional, con el aspecto desaliñado y rememorando a los vencidos de la guerra civil. Supuestamente apoyábamos al pueblo y estoy convencida de que la mayoría de los congregados en aquellos multitudinarios mítines albergaban inquietudes sinceras. Cuando digo pueblo quiero decir a los ciudadanos, a los más pobres y desfavorecidos de la sociedad. Quizá "pueblo" sea un concepto abstracto pero servía como objetivo de nuestras arengas e ideales.

Sin embargo, yo sabía que en su fuero interno él seguía siendo el hijo de don Jerónimo y doña Carmen, los pudientes, con un tren de vida que nadie imaginaba y, menos, conociendo las barbaridades que soltaba cada vez que podía.

Era un hombre ambicioso que se refugió en la política para subir peldaños y yo le ayudé; le ayudé tanto que mi misión era ocultar su parte oscura ante los demás y mostrarlo como una persona distinta para que lo quisieran y triunfara en lo suyo. Le han dado premios, ha recibido muchos halagos y reconocimientos, algunos inmerecidos, pero por todos, tanto los justos y los que no merecía, los luché con

garras y dientes para que se los otorgaran. Su fama de buen director y actor, en parte, fue porque yo le abrí puertas y cerré otras para que pudiera lucirse y al final lo conseguí, sacrifiqué mi imagen por su imagen, todo lo tramé por él.

He querido demasiado a esa persona que todavía no puedo nombrar. He fingido y me he comportado de manera muy extraña para esconder su forma de ser, aunque haya sido a costa de demasiados sufrimientos… Creo que hice las cosas así por lo mucho que le quería y admiraba y, aun echándome tierra sobre mis hombros, deseaba que los demás lo percibieran de otra manera para que lo respetaran y creyeran su gran mentira: era humo lo que vendía de sí mismo...

He dejado a mucha gente en la cuneta por una única razón: convenía en ese momento. Curiosamente, después de que él me abandonara sin dar una explicación para irse con otra, algunas de esas personas a las que renuncié son las que más me han ayudado.

Cuando tuvimos a nuestro hijo, fuimos infinitamente felices. Él era un padre cariñoso, pendiente de su retoño, pero ahora Juan está sufriendo demasiado por él, no se merece ni uno de los malos ratos por los que está pasando. No entiende cómo su padre pudo hacer las cosas tan mal; tampoco yo lo entenderé nunca... -Laura sorbió otro largo trago del vino gallego, repuso fuerzas y prosiguió:

-Le perdoné a ese hijo de puta una infidelidad anterior y no sé cuántas cosas más. Mi hijo me lo reprochó, me dijo que no era normal que pasara por alto unos cuernos tan claros y humillantes; sin consideración, ni respeto el muy cabrón se acostó en mi casa y en mi cama con otra... Pero yo le respondí a mi hijo que yo decidía sobre mi

futuro, sobre mi vida y mi matrimonio... Juan calló sabiendo el error que yo estaba cometiendo y respetó la postura que adopté perdonando a su padre. Ahora le sobra razón cuando me dice que tenía que haberle dejado entonces, que esta nueva historia es la consecuencia de la anterior, que hay cosas por las que no hay que pasar y yo las consentí... Pero él no comprende que toda mi vida giraba alrededor de ese indeseable, que mi esfuerzo durante tantos años para crear un hogar, una familia, se me iba al traste sin remedio, que las paredes que sostenían mi existencia se derrumbaban una a una hasta quedar desolada. Eso hay que pasarlo para entenderlo...

Llevaba media hora sentada. Laura se levantó despacio y con paso lento comenzó a cruzar la sala de un lado a otro, caminaba como en sueños en direcciones dispares, su imagen era un puro desvarío, parecía ingrávida, desvalida y totalmente ajena a nosotras que la observábamos contagiadas por el virus de su tristeza.

Un cálido viento vespertino soplaba entre los árboles del poblado empujando las hojas secas hacia los caminos que acababan en las lindes de la aldea, mientras unos pequeños remolinos de brisa agitaban el polvo y los desperdicios del suelo acentuando el olor a putrefacto por el calor excesivo.

Caminábamos por la calle con cierto esfuerzo, el viento y la alta temperatura que soportábamos desde por la mañana impedían nuestro caminar ligero de todos los días. Acabábamos de cerrar el dispensario con las mismas precauciones que diariamente Laura ponía cuando le daba doble vuelta a la llave para blindar la herrumbrosa cerradura.

Radama había pasado un día extraño, lloraba por todo, estaba inquieto, se olía que al día siguiente nos separaríamos. Se daba perfecta cuenta de mi estado de ánimo, de mi nerviosismo cuando lo miraba, además, el niño sentía mi tristeza; mi cara no podía engañarlo por muchas sonrisas que le ofreciera. Había desechado la idea de llevármelo a las bravas, aunque era lo que me pedía el cuerpo;

entre Laura y Fernanda me convencieron para que no tirara por la calle de en medio.

Me hubiera gustado decirle que volvería a por él si su abuela no lo hacía, que no era un hecho imposible que se convirtiera en mi hijo, que después de haber pasado esos días maravillosos junto a él, jamás renunciaría a estar a su lado... Pero en ese momento no contaba con los recursos suficientes para hacerlo.

Tenía que volver a España, casarme, cumplir los treinta e iniciar los trámites de adopción si es que Radama estaba en condiciones de ser adoptado. Me sentía acorralada en un callejón sin salida, eran muchos los requisitos que tenía que conseguir para tener a esta pequeña criatura a mi lado. Pensé en Álvaro, seguro que se casaría conmigo, con la enfermera las cosas no le habían salido bien. Por lo tanto, estaba libre y yo había notado sus miradas; otra vez eran ávidas, candentes. Por el bien del niño, pasaría por la vicaría con el farmacéutico cogida de su brazo... Con la idea de que el Ruso se convirtiera en su padre no quería ni especular, estaba convencida de esa imposibilidad después de nuestra última conversación antes de su partida.

Esa última noche que pasé en Itampolo, Laura, Fernanda y yo nos emborrachamos. Fue más por la ausencia de comida en el estómago -la despensa estaba vacía-, que por la bebida que ingerimos. Preparamos mi despedida con lo único que nos quedaba: el vino gallego que nos sobró el día que Laura lloró tras contarnos sus penas... La actriz, la noche de mi adiós, nos dejó muy claro, aunque balbuceando a consecuencia de los estragos del alcohol, algunas cosas:

que no derramaría ni una lágrima más por el hombre que le había roto el corazón; que su última crisis anímica por abandono y tristeza la había superado la semana anterior, cuando nos confesó su particular calvario, y, que estaba pensando en volver a España para retomar su vida. Solo le quedaba coger fuerzas para hacerlo y enfrentarse a su soledad y al silencio ensordecedor de su preciosa casa de Madrid.

Después de la declaración de intenciones de Laura, reímos, cantamos, bailamos, nos abrazamos envueltas en una espesura que nublaba nuestras miradas y nos hacía felices, hasta que poco a poco los efluvios del alcohol se fueron desvaneciendo...

Salimos de la vivienda a eso de las tres de la madrugada a tomar el aire y despejar nuestras cabezas embotadas. Contemplamos durante un rato la aldea, que desierta, permanecía negra, solo la débil luz de nuestra casa iluminaba una ínfima parte de la calle. Nos sentamos juntas en el escalón que daba acceso a la tarima que parecía un pequeño porche frontal. El mundo entero parecía muerto y deshabitado, pero algo inexplicable pasó. Sentimos un temblor, quizás un ruido extraño. Venía de lejos; sin identificar el sonido, Laura estiró el cuello y agudizó la oreja para oír mejor lo que acontecía en un lugar indeterminado. De pronto se puso en pie con un movimiento rápido y sin venir a cuento dijo:

-¡Cabrones! ¡Nos están robando otra vez! ¡Vamos!

Entró en la casa como una exhalación y salió provista de unos palos que guardaba para esta ocasión y tres cuchillos de cocina.

-¡Yo sabía que volverían esos hijos de puta! -nos dijo notablemente excitada-. ¡Tomad, aquí tenéis estos palos que he ido haciendo de

ramas de árboles para defender lo que es nuestro!

Nos puso un palo y un cuchillo en cada mano y salió corriendo antes de que le pudiésemos decir nada.

-¡Venga, corred que nos destrozan Los Geranios!

-¡Laura, por Dios, deja de correr! ¡Es peligroso! -le gritó Fernanda intentando atraparla por atrás-. ¡No podemos ir solas, nos van a matar!

Que la actriz era delgada y ágil, ya lo sabíamos, y que estaba en forma, también. Sin embargo, ignorábamos cuánto y cómo podía correr. Fuimos incapaces de alcanzarla. Galopaba movida por una especie de desvelo exagerado para defender lo que ella había levantado, organizado y puesto en marcha durante el año largo que había permanecido en Itampolo. Percibíamos su respiración cada vez más agitada, pero ella no frenaba su carrera, en vez de eso aceleraba las zancadas y los gritos del cansancio que sentía eran aterradores. Parecía un camicace defendiendo algo más que un dispensario cuando se desplomó contra la superficie polvorienta de la explanada, justo delante del gran mango. Cuando llegamos, tanto Fernanda como yo comenzamos a reanimarla; el ataque cardiaco la había dejado fulminada sobre el suelo. Sus ojos aún tuvieron tiempo de contemplar a los cuatro adolescentes que intentaban entrar en el centro de salud dándole machetazos a la vieja cerradura.

Primero fue Fernanda la que intentó durante unos minutos resucitar a la actriz mediante masaje cardiaco externo, más tarde, viendo que ella no lo conseguía, la empujé y me coloqué en su lugar. De rodillas delante de su figura inerte, continué con la desesperada maniobra de

reanimación. Con mis palmas y una fuerza que me brotaba del alma le apretaba el pecho justo en el centro del tórax, vi como su cuerpo descendía y ascendía bajo mis manos, quería comprimir los vasos sanguíneos para que impulsaran la sangre al resto del cuerpo; "como una esponja", nos explicaba mi profesor de Anatomía en la facultad. La compresiones tenían que ser con ritmo regular, para ello me puse a contarlas en voz alta: "Y uno y dos y tres... y trece y catorce y quince.... Hasta cien compresiones en un minuto. Después le abrí la boca, le coloqué la lengua en su sitio y entre sus labios insuflé aire para enviarlo a sus pulmones con la intención de proporcionar oxígeno al cerebro y al corazón para que emprendieran la marcha.

Fernanda me gritaba que lo dejara, que ya había fallecido. Yo lo sabía pero no podía soportar la muerte de esta mujer que durante unos días fue mi madre. "Y uno y dos y tres y cuatro y cinco...." Sus ojos inmóviles me hirieron, los cerré inmediatamente, hundí mi cara contra su pecho y lloré, lloré con tantas fuerzas que mis gritos de dolor despertaron a los habitantes de la aldea que poco a poco fueron llegando e hicieron un corro debajo del gran mango, alrededor de nosotras.

Comenzaron con cánticos tristes, sus rostros se hallaban surcados de lágrimas, ellos con su exacerbada espiritualidad, lánguidamente danzaban alrededor del cadáver, sin tocar el cuerpo de la actriz. No se acercaban, su ritual fúnebre no se lo permitían, tenían que despedir al espíritu recién liberado que se incorporaba a su mundo fantasmal. Era indudable que ella era querida y respetada en Itampolo por cada uno de sus aldeanos, para todos hubo una sonrisa, una caricia, una

palabra de aliento mientras estuvo entre ellos.

La muchedumbre nos seguía en silencio, la negrura de la noche persistía y nuestros pasos coordinados avanzaban hacia nuestra casa. En brazos portábamos a Laura.

Fernanda la llevaba asida por las axilas y yo por las caderas. Ignoraba la fuerza que nos guiaba, pero sin darnos cuenta llegamos a la choza.

Los aldeanos, enmudecidos, permanecieron fuera de nuestra vivienda esperando nuestra señal. Fernanda con la mano temblorosa empujó la puerta del cuarto de Laura, la llevamos hasta su cama y la posamos encima de ella. Después con un sudario de sábanas blancas la amortajamos.

Poco a poco fueron entrando las mujeres y después los ancianos; los hombres jóvenes se quedaron fuera, parecían vigilantes, nada podía turbar el momento.

Hasta que alrededor de las seis de la mañana llegó Rubén en su camioneta gris, cargada de víveres y medicamentos, preguntando qué sucedía. Los hombres apostados en la calle le explicaron al gallego, en malgache y gesticulando con las manos, la muerte de su amiga.

La estampa que encontró Rubén cuando franqueó la habitación de Laura fue triste, intensamente conmovedora. Fernanda permanecía a un lado del lecho; la cara afilada, los ojos vidriosos, el pecho acelerado. Yo me encontraba al otro lado de la cama con Radama en mis brazos, el niño dormía ajeno a nuestra tragedia pero mis lágrimas mojaban su pequeña y morena cabeza. Como dos estiletes, Rubén clavó sus ojos en el cuerpo inerte de la cooperante, se acercó a ella y comenzó a musitar:

-¡Mujer, despierta! ¡Mujer, despierta!

Y levemente la zarandeaba para que recobrara la vida perdida.

-Es inútil, Rubén -le dijo Fernanda.

-Pero rapaciñas, esto tiene que tener solución, -nos dijo suplicante-. Sois médicos, por favor, haced algo para resucitarla...

Rubén rompió en un lamento sofocado, gutural y sordo. Apretó sus labios contra el llanto y gota a gota fue sorbiendo el dolor y la rabia. Miraba a Laura sin creer lo que veía, se acercó lentamente para acariciar su cara; la suya humedecida se arrugaba en un gesto claro de dolor. Acercó una silla al lecho y se sentó a su lado, en silencio, para velarla.

Yo abracé aún más al niño, su calor me hacía soportar mejor aquellos momentos tan insólitos y tristes. Me acordé del Ruso, de su relación especial con Laura. "¿Cómo se lo diré?" –pensé-. "Estará cuidando a su abuela a punto de morir".

Caí nuevamente en el abismo de mi perpetua tristeza, conocida y vieja. Como todo lo que me sucedía últimamente, este episodio también incrementaba la larga lista de acontecimientos amargos, llenos de engrudos espinoso, difíciles de asimilar que me perseguían durante los últimos dos años de mi vida.

El ayudante del Ruso, Zinga, junto al grupo de hombres que vigilaba la puerta de nuestra choza y Rubén formaron una cuadrilla para descargar la camioneta del gallego. Zinga tenía aspecto de cachorro grande, era joven, vital y el habitante de Itampolo más apegado a nosotras, porque entre el Ruso y Laura le habían enseñado a hablar un

poco el español. El muchacho, al contemplar los alimentos, bebidas y medicamentos que descargaron del maletero y dejaron sobre el suelo de la sala, se le encendieron los ojos, el hambre que arrastraban había hecho estrago en los estómagos de la población y en Zinga aún más; era más corpulento que el resto de los muchachos de su poblado.

Las mujeres y hombres de Itampolo agradecieron la comida que se les fue dando para el sustento de ellos y de sus hijos, aunque sus corazones seguían tristes por la muerte de la mujer española.

Al filo de las doce del mediodía emprendimos el camino de vuelta. A Laura la preparamos para el viaje y, como pudimos, Rubén y yo nos introdujimos en el coche fúnebre que no era otro que su vieja camioneta. Fernanda decidió quedarse en Itampolo con un coraje que ya le suponía después de haber convivido con ella tantos días. Radama se quedó en sus brazos acurrucado, con la cabecita sobre su hombro, esperando a la abuela desaparecida.

-Fernanda, rapaza, mañana mismo te traemos a dos cooperantes portugueses que acaban de llegar a la Isla, yo no podré venir, pero mi amigo Pathé lo hará -le dijo Rubén cuando se despidió de la murciana tras estrecharla contra su pecho.

Yo la abracé con fuerza, la miré con intensidad, la misma con la que ella me correspondió y le encomendé a mi niño. Después le supliqué que lo cuidara y si su abuela no llegaba nunca a recogerlo se lo dejara a Rubén. Él sabría qué hacer con el pequeño.

Recorrimos en silencio las estrechas callejas de Itampolo, por entre las casas de adobe, madera y paja que parecían encorvarse las unas sobre las otras. Caía nuevamente una calina espesa, el sol despuntaba fuerte

y nuestra partida cerraba un tiempo agitado, lleno de sentimientos, de luces y sombras... como la vida misma...

Avanzábamos por la carretera. Atravesamos tierras estériles, resecas; extensos cultivos de algodón; poblados paupérrimos; gente con hambre, muy enferma... y paisajes turísticos, lujosos, encantadoramente exóticos, hasta llegar a Antananarivo. Nos dirigimos al Hospital de la Luz, tras un breve papeleo del que se encargó Rubén, dejamos el cuerpo de Laura en la morgue del centro hospitalario.

Bona nos esperaba con su sonrisa abierta, de boca generosa, aunque le duró poco ese gesto cuando su marido le contó lo sucedido. Nos preparó una infusión y nos ofreció los pastelitos de vainilla que había hecho para la ocasión. Probé uno, pero no pasó del esófago, tuve que vomitar todo el contenido de mi estómago, incluso la bilis salió expelida dejándome un amargor de hiel en mi boca.

Acababa de ducharme en el cuarto de baño de la casa de Rubén. Ese día me pareció que era más grande, más limpio y olía maravilloso. La ducha caliente, el gel de baño y el champú me recompusieron un poco mi aspecto y el ánimo. Me estaba secando, con la cabeza todavía enganchada en todo lo que dejé en Itampolo, cuando oí a Rubén narrar a través del auricular lo sucedido a Juan, el hijo de Laura. Interrumpí momentáneamente mi tarea para escuchar mejor las palabras del gallego. Hubo silencios, varios “lo siento”, muchas frases de apoyo y finalmente tocaron el tema de la extradición del cadáver. En ese instante, delante del espejo y contemplando mi demacrado rostro, decidí quedarme en Tana hasta que Laura pudiese viajar

conmigo en el avión y entregarle a su hijo el cuerpo de la madre.

-La verdad, Miranda, no tiene sentido que te quedes. Si quieres permanecer aquí el tiempo que quieras, no hay inconvenientes, nosotros encantados de acogerte. Pero si es por Laura, desgraciadamente ya no se puede hacer nada por ella, solo esperar los trámites burocráticos para extraditar su cadáver. La organización con la que llegó aquí y yo nos encargaremos de eso.

Estas palabras retumbaron en mis oídos. Rubén con el rostro inexpresivo me las fue diciendo una tras otras. El gallego estaba agotado, apenado y muy tenso tras la conversación con Juan, pero envolvía cada vocablo con una sensatez y sentido común aplastantes, propio de hombres curtidos en la adversidad, cuya serenidad y raciocinio salían a flote en momentos difíciles de lidiar, como era este.

-Tienes razón, no existen motivos para quedarme más tiempo... Solo te quiero pedir una cosa...

-¿Cuál?

-Encárgate de Radama si su abuela no va a recogerlo. Tengo la intención de adoptarlo cuando cumpla los requisitos necesarios.

-Rapaciña, esa situación está en el aire. El gobierno malgache pone muchos impedimentos a los extranjeros para que adopten niños nacidos aquí. No obstante, estaré pendiente del pequeño. No te preocupes y ahora échate un rato, necesitas descansar aunque sea un poco.

-Y tú.

-Por eso. Vamos a acostarnos tres o cuatro horas y después te acerco al aeropuerto.

Dejé a Rubén con la mano sostenida en el aire diciéndome adiós tras la cinta de seguridad que daba acceso a la sala de embarque. Pasé el dichoso escáner sin problemas; mi bolso y mi bolsa de viaje también. Miré por última vez al gallego que aún seguía mis movimientos, lo veía quieto, afligido y volví a decirle adiós lanzando un beso. Desde la distancia que nos separaba, lo percibí como un padre despidiendo a su hija que se marchaba lejos; demasiado lejos para pensar en volverse a ver. "Increíble –me dije- como existen hombres y mujeres que pueden entrar en tu vida y convertirse en ese padre que renunció a serlo y en esa madre ausente; eso les pasó a Laura y a Rubén conmigo".

Con el billete y el pasaporte aún en la mano y el bolso abierto, caminaba lentamente sobre el suelo de goma, metida en aquel túnel que me conducía al agujero que se veía al fondo. Notaba que el resto de los pasajeros marchaban deprisa, me adelantaban con roces

constantes, algunos de ellos, casi me hacen caer al suelo. Iban voceando en malgache, aunque la mayoría hablaban en ingles o francés. Todos teníamos un mismo objetivo: embarcar en el avión perteneciente a la compañía aérea Air-Madagascar que nos transportaría hasta París.

Traspasé la puerta, la azafata me sonrió por inercia, era su trabajo, sonreír a todos: "*Bon jour, mademoiselle*". Me indicó la zona del pasillo donde se ubicaba mi asiento. La 14-A era mi plaza, deposité mi bolsa de viaje en el maletero, todavía abierto, situado en la parte alta del lugar donde me sentaba. Me acomodé como pude y comencé a recordar la muerte de Laura. Mis recuerdos eran exactos, podía describir palmo a palmo los imborrables minutos que precedieron al ataque cardiaco que sufrió la actriz. "Aunque hubiéramos utilizado un desfibrilador, inexistente en Itampolo, tampoco la hubiéramos salvado" -pensé desolada-. Su corazón dejó de funcionar y se rompió en cien pedazos.

El tiempo se había congelado en ese instante, mi cerebro como una moviola lo repetía una y otra vez sin poder controlar el mecanismo que lo ponía en marcha continuamente. Había presenciado muchas muertes en el hospital, algunas en la mesa de operaciones, todas arrastraban una historia triste, pero Laura me removía demasiado mis sentimientos. Noté las lagrimas correr por mi rostro. Estaba agotada, triste, la despedida había sido amarga, además no sabía si volvería a ver a Radama. Esta incertidumbre también me mortificaba, quería dejar de pensar, me sentía desposeída de las fuerzas necesarias para afrontar más sufrimientos. De repente, distinguí una mano negra a mi

lado que me ofrecía un pañuelo blanco; acepté y me enjugué las lágrimas y me soné la nariz, miré hacia el lado y me encontré con una señora de unos cincuenta años, elegante y sonriente.

-Perdone mi osadía por ofrecerle un pañuelo, querida -me dijo en perfecto inglés.

-Nada que perdonar, al contrario, gracias por el pañuelo -le contesté también en inglés y con cierto rubor.

-Llorar es bueno, calma nuestro interior -me contestó la señora con los ojos dulces.

Le sonreí sin capacidad de respuesta. Había llorado quizás excesivamente en los últimos dos años y mi interior no estaba en paz, sabía que no era cuestión de lloros...

Sin darme cuenta, me dormí. Estuve todo el trayecto dormida. Cuando las azafatas pasaban por mi lado con sus carritos cargados de bandejas de comida y bebidas para los pasajeros, no se atrevieron a despertarme; por lo visto, la señora que me ofreció el pañuelo les instaba a que no lo hicieran. Así me lo reveló ella misma cuando me movió el codo para avisarme de la inminente llegada. El avión rodaba por la pista parisina cuando abrí los párpados y me encontré nuevamente con la sonrisa y los ojos bonachones de la mujer.

-¿Se encuentra mejor? -me preguntó.

Aturdida le respondí afirmativamente.

-¿Hemos llegado?

-Efectivamente -respondió la señora.

El capitán, a través de los altavoces, nos informó a los viajeros de las condiciones climatológicas de París y nos deseaba una feliz estancia...

El avión abrió sus puertas, la delantera y la trasera. Aturdida por el sueño tan pegajoso que había tenido, cogí mi bolsa de viaje del maletero instalado casi en el techo de la nave, me coloqué en bandolera el bolso donde llevaba mis cosas más urgentes: cartera, gafas, llaves, pasajes.... Me volví hacia la señora elegante, mi compañera de viaje, para despedirme de ella y mi sorpresa fue mayúscula cuando constaté que ya no estaba, se había esfumado. Le pregunté a la azafata más cercana por la mujer distinguida, esa señora de raza negra que estaba a mi lado.

-Usted ha viajado sola en los dos asientos, mademoiselle -me contestó.

La magia, el esoterismo de Madagascar se me había contagiado, era cierto lo que decían de ella. ¿O todo había sido un sueño?

Con esta duda y con un hambre animal, el cual me hacía segregar una cantidad indomable de saliva, transitaba por el aeropuerto Charles de Gaulle. Saqué de la bolsa de viaje unos calcetines, un jersey, las botas y un abrigo. El frío se presentía, por eso era necesario el cambio de indumentaria si no quería caer enferma con un resfriado. En los aseos del aeropuerto transformé mi aspecto de turista de país tropical por el de una turista europea y salí del recinto en busca de un restaurante donde comer y saciar el voraz apetito que sentía.

Transcurrió el día entre el siguiente avión que me llevaba hasta Madrid y el AVE que me depositó en Santa Justa; por fin había llegado a Sevilla. No hubo grandes retrasos, por lo cual mi viaje concluyó sin incidentes de relevancia.

Estaba subiendo la escalera mecánica que me dejaba en el hall de la estación, cuando divisé a Maribel y Adolfo enlazados por sus manos,

me esperaban con los rostros sonrientes. Abracé a los dos. Ahogue mis sollozos, me obligué a no llorar más. Nos miramos y Maribel quiso abrazarme otra vez.

-¡Qué ganas tenía de tenerte otra vez aquí! -dijo mi amiga.

-¿Cómo sabíais que llegaba en este tren? -les pregunté sorprendida por la presencia de ellos en la estación.

-No te olvides que fue Sergio quién te organizó este viaje, lleva dos días recordándome la hora de tu regreso -me aclaró Adolfo.

-¡Ay!, Sergio. ¿Cómo está?

-En el coche. Lo he dejado en doble fila, y se ha tenido que quedar dentro para que no nos multasen. Hay muchos polis por aquí deseando atrapar a alguien en un renuncio...

Sergio me observaba a través de la ventanilla. Su cara impávida y sus ojos cáusticos me hicieron sonreír cuando nos cruzamos las miradas. Se bajó del coche y me besó rápidamente.

-Con puntualidad británica ha llegado el AVE -me dijo mirando el reloj un poco azorado.

Lo rodeé con mis brazos presa de un arrebato. Me alegraba verle de nuevo, y no quise reprimir las ganas de abrazarlo.

-¡Doctora, ya está bien de arrumacos! -me dijo apartándome de su cuerpo, con las mejillas arreboladas y una medio sonrisa dibujada en su cara que sorprendió a su propio padre-. “Yo también me alegro de verte...” -concluyó su saludo con las orejas encarnadas.

Hacía frío en Sevilla, las luces de la próxima Navidad tintineaban ya por el centro urbano, observaba a la gente bien abrigada, nutrida y

sana cargando paquetes cubiertos con vistosas envolturas, saliendo y entrando de los comercios, mirando escaparates y todo este movimiento chirriaba en mi cerebro. Nada que ver con la miseria con la que había estado conviviendo casi un mes. Sevilla se abría ante mis ojos y a través de la ventanilla del Audi de Maribel, como una ciudad espectacular, bella, armoniosa, llena de magníficos edificios iluminados con luces tenues, la Catedral, la Torre del Oro, el Palacio de San Telmo.... Conducía mi amiga con una suavidad propia de pavimentos lisos; después de tanto triscar por las carreteras malgaches en la vieja camioneta de Rubén, la lisura del asfalto sevillano me parecía un milagro.

Mi pensamiento estaba centrado únicamente en el Ruso. Me preguntaba si sabrían algo de él y de su abuela. Seguro que Sergio lo había visto, él conocía lo que yo anhelaba saber pero no me atrevía a preguntar directamente por el gitano.

-¿Maribel, cómo está la Chata?

-Cada día más apagada, el regreso del nieto la mejoró un poco, pero ahora está otra vez mal...

-Llegó bien el Ruso, ¿No?

-Sí, sí, llegó bien, aunque la tristeza no se la arranca de los ojos -me contestó Maribel.

-¿Está ingresada o sigue en su casa?

-En casa, su nieto no quiere que la internemos en El Virgen del Rocío o El Bellavista, dice que va a respetar la voluntad de su abuela...

-¿La cuida él solo? -volví a preguntar.

-Sí. La atiende él y no quiere ayuda de nadie. Cuando vamos a su

casa, insistimos siempre en hacer turnos; intentamos quedarnos alguna noche con su abuela para que él descanse, al menos un día a la semana. Pero se niega, se las arregla solo y nos dice que no está cansado, aunque sabemos que está agotado.... A la calle sale únicamente a comprar al supermercado o algunas medicinas a la farmacia, si no, permanece sentado al lado de ella, siempre leyendo. Por cierto, le hemos notado que habla distinto, ha dejado esas formas poligoneras tan arraigadas que tenía... Hasta su abuela nos lo dijo un día con cierto orgullo: "Qué fino ha venido mi Manuel del África".

Me reí en silencio recordando a Laura enseñándole a pronunciar las palabras que al Ruso se le resistían, hasta que adquirió una dicción adecuada. También me acordé de las veces que le repitió que si leía con máxima atención, le solventaría esos errores gramaticales que él acumulaba desde la niñez.

-¿No va por la academia? -le pregunté dejando mis pensamientos a un lado.

-No, ya te digo que únicamente sale para comprar.

-¿Ni siquiera al tablao?

-Por lo visto, cuando decidió irse a Madagascar se despidió del tal Marchena, y dejó el trabajo. El dueño no entendió que abandonara todo de un día para otro...

-¡Vaya! No sabía que estaba sin trabajo, no mencionó ese tema cuando estuvimos juntos en Itampolo...

-No te preocupes por el Ruso, él sabe cómo salir para adelante -terció Sergio con su tono de voz habitual y cargado de información.

Me quedé muda para que Sergio siguiera contando lo que sabía, pero

él no continuó explicando los planes del Ruso, lo hizo Adolfo.

-Por lo que sabemos, su intención es irse de Sevilla cuando fallezca su abuela y montar un negocio lejos de aquí, quizás vuelva a África...

Mi mutismo no fue intencionado como el anterior, éste era impuesto por la impresión de saber que él se iba muy lejos. Tan absorta estaba en mis pensamientos que cuando reaccioné nos hallábamos en la calle de Adolfo. Tanto el padre como el hijo bajaron del coche, se despidieron de mí con un "hasta mañana" y se internaron en su gran casa palaciega, la cual aprecié más hermosa que nunca.

-Ahora tú y yo vamos a ir a tu casa para que dejes el equipaje. Después, cenaremos juntas en Doña Clara, tu restaurante preferido que está al lado de tu choza -me dijo sonriente Maribel.

-¿Has ido alguna vez a regar las plantas? -le pregunté pasando por alto el juego de palabras casa-choza.

-Sí. Dos o tres veces. Todo está bien, incluso las plantas... ¿Qué te pasa, Miranda, te ha impresionado los planes del Ruso? ¿O qué?

-Vengo destrozada, Maribel, con una tristeza enorme y para colmo ahora me entero de las intenciones del Ruso; quiere marcharse definitivamente de Sevilla. No sé qué me sucede últimamente, pero no me sale nada... -le dije gimoteando.

-Todavía no se ha ido... Así que espera a que ocurran los acontecimientos para después sufrir.

Cuando abrí la puerta de mi casa todo estaba oscuro; a tientas encendí la luz e inmediatamente apareció mi vida entre aquellas cuatro paredes; mis libros, mis cajas, mis plantas, todas mis cosas permanecían en su lugar. Arrastramos el equipaje hasta mi cuarto,

nos sentamos en la cama y nos miramos en silencio. Con el gesto atento, Maribel esperaba que yo comenzara a hablar, pero en vez de eso, la abracé; en su hombro derramé lágrimas y allí también le fui relatando lo que me había sucedido en Madagascar.

-Maravilloso lo que me cuentas, Miranda,- dijo acariciando mi pelo y poniendo el foco en la parte positiva de todas mis vivencias-. Fíjate, en Madagascar has encontrado a un padre, a una madre y a un hijo y si me apuras hasta una hermana, porque Fernanda era como una hermana, ¿no?... Sin embargo, siento lo de Laura...

-¡Eres muy positiva, Maribel, pero pasas por alto que el Ruso me dejó claro que lo nuestro terminó! -le repliqué queriendo cortar ese optimismo exagerado sobre mi vida.

-Bueno, bueno, el Ruso ha actuado correctamente, lo dejaste con la miel en los labios, chiquilla, y eso no es fácil de digerir y menos aún para él que te tenía en un pedestal... Aunque nosotros pensamos que parte de la tristeza del Ruso es por ti...

-¿A quién te refieres con nosotros? -le pregunté con cierta preocupación.

-A todos tus amigos..., los de la academia..., también Adolfo, Sergio, yo...

-¡¿Todos sabéis que me dejó en Madagascar?! -exclamé asustada por la dimensión del suceso.

-¡Claro! Se lo hemos ido sonsacando al Ruso poco a poco. ¡Es que dais un morbo!

-¡Maribel! ¿Qué me dices? ¿Desde cuándo estáis pendientes de nosotros?

-Desde el minuto uno, es decir, desde el día que llegaste resoplando a la academia creyendo que el Ruso te iba a atizar con el tubo de escape de tu tartana. ¿Te acuerdas de aquel episodio tan patético? Pero no lo tomes a la tremenda, mujer, porque os queremos y deseamos veros juntos algún día...

-Pero si tú no estabas esa tarde, tenías guardia en el hospital y yo iba sola...

-Por lo que me dijeron, nada más llegar al día siguiente, fue tan evidente la atracción que surgió entre vosotros, que todos se dieron cuenta...

-¿Tanto se nos ha notado?

-Muchísimo; saltaban chispas cada vez que os mirabais y cuando os tocaba bailar juntos, para qué decirte... Por eso Berny estaba siempre celoso...

-¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿No eres mi amiga?

-Lo soy, lo soy... y lo seré. Pero lo tuyo con el Ruso es una historia muy especial en la que no se debe entrometer nadie... Pero déjanos disfrutarla desde la barrera... -dijo Maribel mientras reía y guiñaba un ojo a la vez.

Me quedé petrificada durante unos segundos, intentando digerir la información que me había revelado mi amiga. Cuando reaccioné, decidí correr un tupido velo sobre la extraña expectación que habíamos creado el Ruso y yo...

-¿Entonces... qué hago, Maribel? -le pregunté-. Le quiero con toda mi alma pero él no me cree.

-Miranda, tú misma lo has dicho: quererle con toda tu alma. Es la

mejor forma de convencerle de que se ha equivocado contigo. Venga, dúchate que nos vamos a Doña Clara, tengo que contarte una cosa...

-Julio Rincón está a punto de dimitir de su cargo y detrás va tu padre -me desveló Maribel una vez sentadas en el restaurante.

-¿Quéee? ¿Es cierto lo que han oído mis oídos?

-Sí, sí... Lo sé de buena tinta. El asunto está en manos de la juez Soraya Díaz, aunque todavía no se ha hecho totalmente público. También sé que esta noticia se ha filtrado ya en la prensa porque se comienza a hablar de corrupción y de casos ligados con la industria farmacéutica. Pero te quiero pedir algo, no te impliques en este asunto, es peliagudo y lo puedes estropear. Me ha comentado... mi confidente... que esta juez está dispuesta a llegar hasta el fondo de esta trama antes de entregar el caso al Supremo porque piensa que caerá más de un aforado y consecuentemente tendrá que traspasarlo al tribunal correspondiente.

-¿Qué más sabes?

-Que todos sus compañeros le niegan el agua y la sal. Nadie quiere estar relacionado con ellos, son los apestados del grupo.

-Quién te lo ha dicho.

Maribel dudó unos instantes antes de contestar:

-Patricia Roca, tu gerente de Las Cruces. Me lo dijo ayer en la más estricta confidencialidad cuando fui a despedirme de ella a su despacho. Así que, monina, no te vayas a ir de la lengua que me la juego con tu jefa. Nos hemos hecho muy amigas, aunque te echa de menos, ha estado encantadora y satisfecha con mi trabajo. La verdad

es que se ha portado genial, solo me ha llamado para los casos urgentes, los demás te los tiene reservado a ti... Lo siento -me dijo con cara triste.

-No importa, sé que me queda un mes de quirófano intensivo, pero ya lo sabía antes de irme. En cuanto a lo que ella te ha confesado, despreocúpate que mantendré la boquita cerrada, te aseguro que no tengo cabeza para llevar eso. Pero me inquieta mi madre, no sé por qué, pero la tengo ahí, en mi pensamiento todo el tiempo.

-Porque es tu madre, Miranda. Aunque haya cometido algún error, incluso grave, tú siempre la has considerado una buena madre... ¿O no?

-No sé, ahora dudo de todo. Me dolió mucho lo que hizo... Aunque es cierto que durante este tiempo que he estado ausente se me ha pasado un poco el enfado. En fin, todo se arreglará, supongo... Tengo cientos de Wasaps suyos en el móvil que no he leído porque no tengo fuerzas para enfrentarme a ellos.

-Ya... Creo que estás agotada y te parece todo complicado, necesitas descansar. Pero prométeme que dejarás lo de tu padre en manos de la justicia.

-Sí, sí, desde luego. No te preocupes por eso...

-No sé si he hecho bien en decírtelo...

-Por supuesto que has hecho bien, Maribel. Sabes perfectamente cuánto me impliqué en este asunto...

-Por eso, hija, por eso... Conociéndote, sé cómo te las gastas...

-Te aseguro que no voy a meter más mis manos en esa mierda...

Tenía que darme prisa, solo contaba con una hora para ir al Murillo y visitar a la Chata. El quirófano lo tenía preparado para las cinco de la tarde. A lo largo del día, había intervenido a seis pacientes y mi espalda crujía cada vez que podía. Escasamente llevaba cuarenta y ocho horas en Sevilla y la intensidad de mi trabajo era agotadora. Nada más pisar el suelo de Las Cruces me puse a operar sin tregua, al tiempo que veía cómo los casos se multiplicaban a cada minuto que pasaba. La pila de papeles, expedientes y carpetas donde se especificaban los historiales médicos de los enfermos crecía como una torre inacabada, sin techo, que cada vez que la miraba resultaba más alta.

Aparqué delante del bloque donde vivía la Chata. La casapuerta exhalaba aromas untuosos, húmedos y ligeramente fermentados. Subí los escalones deprisa, aporreé la puerta y me abrió el Ruso. Se produjeron comentarios nerviosos, hubo besos en nuestras mejillas. La casa olía a suavizante. Estaba cálida, un calentador nuevo impedía que

el frío de diciembre se esparciera por aquellos pocos metros. Mi corazón desbocado, sus ojos de mar inquietos. La Chata con el rictus anguloso, demacrado, reflejaba el cáncer viejo. La cabeza torcida a un lado, indefensa y una dolorida mueca en los labios. La botella de oxígeno reposaba junto al lecho, la mascarilla preparada. Me miró y quiso incorporarse, pero su lasitud se lo impidió, la enfermedad corría y su tiempo fenecía, las manecillas del reloj poco a poco acechaban.

-Doctora, pase -me dijo fatigada con su huesuda mano extendida.

-Ya estoy de vuelta, Manuela. ¿Cómo se encuentra? –le pregunté con su mano entre las mías.

-Hoy me encuentro mejor, ayer pasé un día horrible... -susurró con su voz muy endeble, casi inaudible

-Me alegro que hoy esté mejor...

El Ruso se acercó y se puso detrás de mí con sus ojos clavados en la anciana. Su mano posaba en mi hombro y lentamente me fue relatando el estado de su abuela:

-La noche la hemos pasado regular -dijo con una sonrisa cómplice mirando a la

Chata-. Pero esta mañana comenzó a respirar algo mejor, ¿verdad, abuela?

La Chata carecía de fuerzas para mantener una conversación y menos para responder cada vez que su nieto le preguntaba algo. Movía levemente la cabeza con gran esfuerzo. La encontré mal, poco tiempo le quedaba y el Ruso, sabiendo la prontitud del desenlace, procuraba sacar fuerzas de flaquezas y ponía su cara alegre delante de ella. Aunque la Chata no era mujer a la que se le podía engañar con

facilidad. Ella sabía que se moría sin remedio en cualquier instante, por eso, me apretó la mano para que acercase mi oído a su boca.

-Doctora, gracias -dijo con la voz débil y prosiguió-. Él está muy enamorado de ti. Lo sabes ¿no? ¿Y tú, le quieres?

No le contesté con palabras, lo hice con la mirada inundada de lágrimas y la tenue afirmación de mi rostro.

Cerró los ojos, parecía respirar mejor y se instaló en un sueño tranquilo, como si mi confesión la hubieran aplacado.

-Me tengo que marchar -le dije al Ruso después de comprobar que la Chata había entrado en un sueño profundo-. Tengo una intervención a las cinco y mira qué hora es -le dije explorando mi reloj.

-¿Vas a volver? -me preguntó con la cabeza agachada, abatido y con los ojos inmensamente tristes.

-Desde luego, mañana vendré otra vez a ver a tu abuela...

-¿Mañana? -el Ruso me miró desolado-. Mañana puede ser muy tarde. Ven luego, por favor. La veo muy mal y presiento que de esta noche no pasa.

Reconocí a la Chata y constaté otra vez que estaba dormida, no sumergida en el estado comatoso previo a la muerte.

-Haré todo lo posible por volver, pero tranquilízate no creo que esta noche suceda... ¿A qué hora llega el enfermero para pincharle la dosis de morfina?

-Le toca a las nueve

-Procuraré estar aquí un poco antes.

Íbamos caminado hacia la puerta de salida, antes de abrir el pomo, el Ruso se abrazó a mí, me estrechó con fuerza, sentí su pecho temblar,

acelerado, se levantaba y se hundía a una velocidad alarmante. Noté su ansiedad, su pésimo estado de ánimo. Me acordé de Laura ¿Cuándo le iba a revelar lo que le sucedió a su amiga en Itampolo? Repentinamente Manuel se envaró y se separó de mí.

-Perdona, Miranda. He perdido un poco los nervios. No duermo bien desde hace muchos días y se me están acabando las reservas. -El Ruso hizo una pausa, se recompuso el pelo que le colgaba sobre el rostro, respiró profundamente, estiró la espalda y añadió-: No tienes que volver hoy, me estoy aprovechando de tu buena voluntad. Tú también sentirás un cansancio importante. Llegaste anteayer de Madagascar y tienes una vida, demasiado trabajo en el hospital que te exige mucha dedicación y yo no soy nadie para pedirte que vuelvas luego...

-Somos amigos, ¿no? Eso es suficiente para pedirme lo que quieras -alegué desviando la conversación.

Me miró con atención y respondió:

-Sí, eso es lo que somos: amigos...

En ese instante percibió un atisbo de duda en mis ojos, también el lío que había en mi cabeza. Me cuestionaba si era el momento adecuado para contarle la muerte de Laura.

-¿Pasa algo? -me preguntó.

Abrí la puerta, la atravesé y en el pequeño rellano casi bajando las escaleras le dije:

-Luego te cuento...

Dos horas y media duró la intervención, cuarenta minutos más de lo previsto. La enfermera de quirófano y ex novia de Álvaro, realizaba

ritualmente su tarea con precisión, era una trabajadora ejemplar, ordenada, eficaz, siempre atenta a mis indicaciones. La chica estaba siempre a la altura de las circunstancias y les exigía a sus colegas la misma eficacia que a ella misma, pero lo hacía de una forma especial. Con los médicos era una mujer dócil, simpática, flexible. Sin embargo, yo notaba que a los compañeros del mismo rango o inferiores en el escalafón laboral que trabajaban con ella los desconcertaba. En alguna ocasión contemplé situaciones tensas provocadas por su manera altiva de proceder. Con el paso del tiempo, esta forma de actuar un poco tirana, le pasó factura, llegaron a aborrecerla tanto, que rehuían sin disimulos cuando les tocaba trabajar con ella. Por este motivo, la muchacha estaba siempre sola en la cafetería con el gesto adusto y desde que terminó con Álvaro las cosas habían ido a peor. Allí me la encontré aquella tarde después del quirófano.

-¿Qué tal estás? -la saludé arrastrando una silla de su solitaria mesa.

-¡Ah! Hola, doctora. No esperaba que te sentaras conmigo -me sonrió con expresión de extrañeza.

-Estoy agotada, me voy del hospital en cuanto acabe el café, antes de que se presente otro enfermo para operar -le dije bromeando a la chica.

-Yo me quedo, estoy de guardia. Por cierto, ¿qué tal en Madagascar?

-Bien... Bueno no todo ha salido bien. La hambruna y la miseria contrastan con lo que sientes cuando llegas allí. Es difícil explicar en pocas palabras mi estancia en aquella isla.

-¿Volverías a Madagascar?

-Por supuesto, volvería a recoger a una personita muy especial y para

estar con la gente maravillosa que sigue allí.

-¿Sabes que Álvaro y yo terminamos tirándonos los trastos a la cabeza?… Acabamos fatal.

-Lo siento, pero cuando no salen las cosas, mejor dejarlas. Te lo digo por experiencia.

La chica se retorció en la silla, dejó de fingir, de forzar sonrisas que disfrazaban lo que realmente sentía, me miró rencorosa para decirme con un tono de voz desafiante:

-Es tu culpa que hayamos terminado, doctora. ¿Acaso no sabías que Alvarito sigue colgado de ti?...

-¿Perdón?

-Él sigue pensando en ti y contra eso no puedo luchar. He sido una puta boba al creer que yo le gustaba... cuando la realidad era otra.... –enmudeció de repente, me observó de reojo con ojos fríos y mirando al frente prosiguió-: Continuamente estabas metida en nuestras conversaciones; que si Miranda es la mejor cirujana..., que si Miranda es la mejor persona que conozco..., que si Miranda es un pibón..., qué pensaría Miranda de esto..., qué pensaría Miranda de aquello…, Miranda, Miranda, Miranda... Siempre con tu nombre en la boca. Al principio creía que era normal porque sabía que vuestra amistad venía desde que erais niños, hasta que un día me di cuenta de lo que él sentía y de que ese fervor exagerado que mostraba cuando hablaba de ti era porque todavía estaba enamorado, que no te había olvidado... Entonces empezamos a discutir cada vez que salías en medio de nuestras conversaciones y la verdad fue abriéndose paso. Pero lo peor fue el día que terminamos, ese día lo reconoció… Me lo dijo muy

clarito, me confesó que te quería -Me miró a la cara con rabia, su boca apretada demostraba un resentimiento contenido.

Terminé el café con un trago largo y amargo, me disculpé con frases torpes, no sabía qué decir ni qué hacer para largarme lo antes posible de allí y no darle más carrete a la enfermera para que siguiera echándome en cara su fracaso amoroso. Que aún me quisiera Álvaro me convenía para mis futuros planes de traerme a mi pequeño Radama conmigo. Yo sospechaba que le seguía gustando a Álvaro, pero ahora lo sabía y me interesaba saberlo. De improviso, el farmacéutico se había convertido en una baza importante en mi vida.

Salí atolondrada de la cafetería con la sensación de estar actuando de forma egoísta y con la intención de huir lo antes posible del hospital. Radama ocupaba todo mi pensamiento cuando calibraba la posibilidad de casarme con el farmacéutico, aunque la idea de casarme otra vez me produjera urticaria. De bruces tropecé con mi jefa cuando me fugaba por la puerta de salida. Se alegró de verme, me abrazó y le sorprendió mi piel morena por el sol de Itampolo. Además, me aseguró que había estado en tres ocasiones en mi despacho para saludarme, pero lo encontró cerrado.

-Patricia, no he estado más de media hora sentada en el despacho, el resto del tiempo me lo he pasado en el quirófano y en consulta. Ya sabes el volumen de trabajo atrasado que tengo...

-Ya, ya... Maribel operó los casos urgentes, y como dijimos, el resto de intervenciones quedaron aplazadas hasta que volvieras. Pero cuéntame, ¿qué tal por África? ¿En dónde has estado? En Mozambique me dijiste, ¿no?

Me reí por dentro comprobando, por enésima vez, lo despistada que era mi jefa para las cosas que no le interesaban. No perdí el tiempo en aclararle su confusión porque sabía que no la retendría ni un segundo en su memoria. Lo que le interesaba a ella era que yo estaba ya en el hospital trabajando a destajo, como siempre, y que se le había solucionado ese tema.

Pero tuve la tentación de preguntarle por lo que me había contado Maribel de Julio y de mi padre. Sin embargo, me mordí la lengua por dos razones, la primera por mi amiga, ella me había pedido que no lo hiciera y, la segunda, por temor a entrar otra vez en aquel jeroglífico terrorífico del que me avergonzaba. Con cierto recelo a que fuera ella la que insinuara algo del caso, me despedí con las mismas artes y casi con las mismas frases embarazosas que lo hice con la enfermera y me largué a toda velocidad en mi coche hacia El Murillo.

Las pupilas vacías, los párpados entornados, la mirada fija en la mesa del comedor mirando sin ver; así quedaron sus ojos cuando le narré al Ruso el final de Laura. Temía que acabaran inundados, pero no soltaron una sola lágrima. Él se limitó a recorrer la estancia, de un lado a otro, con pasos lentos, codificando cada palabra que le había revelado. Yo observaba su cara turbia, sin color, ese momento insoportable que sentía. Percibía su tensión, la emoción de su recuerdo subirle desde las entrañas. El dolor del Ruso era tan extraño, como extraña fue la muerte de Laura. No la entendía, como yo no la entendí…

-Me duele mucho, Miranda.

-Lo sé. A mí todavía me duele. Tenemos que darnos tiempo para aceptar su muerte

-le dije apretándole la mano, notando mi eterno nudo estomacal.

Estampé mi nariz contra el cristal en un intento de despistar el dolor que nuevamente me embargó. Rememorar la muerte de Laura me dejaba a merced de una espiral punzante y amarga que rechazaba volver a sentir. Desde la ventana divisaba el barrio, el abandono, la plaza entera, toda la tristeza inútilmente alumbrada por las escasa bombillas de colores que aún quedaban vivas anunciando la Navidad y por farolas pintarrajeadas, desfiguradas por actos vandálicos.

El Ruso se acercó por atrás, me rodeó la cintura con sus brazos y puso su barbilla en mi hombro.

-Qué sientes por mí, doctora -susurró despacio en mi oído.

-Lo sabes muy bien, Ruso, pero no me quieres creer.

-Es verdad, no te quiero creer -me volvió a susurrar despacio.

Cuando iba a replicarle, sonó el timbre. Era Mario, el enfermero que venía a aplacar los fuertes dolores que padecía la Chata.

Entramos con él en el cuarto. Manuela, medio dormida, me saludó. Cuando sintió el pinchazo arqueó los labios en una mueca de dolor, pasaron unos minutos y el gesto de su rostro se relajó. Se marchó el enfermero diciendo:

-Hasta mañana, si me necesitas, Manuel, avísame, quizás precise tu abuela más dosis dentro de unas horas...

Y nuevamente nos quedamos solos, en silencio con una respuesta pendiente.

-¿Me crees o no? -le pregunté enlazando con nuestras últimas frases

antes de que llegara Mario.

El Ruso arqueó las cejas y sus ojos celestes se humedecieron, después quedaron velados por una escarcha.

-Ahora no puedo pensar en eso, no estoy en el mejor momento de mi vida. Pero, ¿sabes?, me gustaría que fuera verdad. Me gustaría creer que me quieres sin prejuicios, sin pensar en lo que nos separa, de forma sencilla, como yo te quiero a ti...

-Manuel, así es como te quiero...

Cerró los ojos un momento, yo noté su respiración profunda, intentando tragar algo que no pasaba de su tráquea, expulsó el aire rápido. Abrió los párpados, me miró con una sonrisa bonachona y me dijo:

-A Radama ¿cómo lo dejaste? ¿Mejor de la neumonía?

El cambio de conversación hizo que mis ojos se encendieran de luz y que mi rostro tenso se suavizara. Al oír el nombre de mi pequeño, casi por arte de magia, me transformé en un cubo de babas. Le conté cómo lo dejé en brazos de Fernanda, mis planes de futuro, mi espera para ir a por él algún día.

-¿Qué pretendes, adoptar a Radama? -me preguntó sin creer lo que escuchaba.

-Si puedo, sí. Ese es mi objetivo ahora, adoptar al niño. ¿Te gusta la idea?

-¡Joder!, Miranda, así de entrada, no sé qué decirte. Un poco fuerte, ¿no?

Nada más verme por el pasillo de la tercera planta de Las Cruces, Álvaro presintió mi interés por él y se rindió a mis pies. Quedábamos para tomar café en los pocos huecos que yo sacaba entre una operación y la siguiente. Mostró una gran curiosidad por mi estancia en Madagascar. Sus ojos, embelesados, no dejaban de mirarme cada vez que relataba algunas anécdotas de mi aventura africana.

El despliegue de encantos que me mostró mi amigo al intuir la pequeñísima inclinación que sentía por él fue espectacular. Sus sonrisas, sus gestos, sus frases siempre amables, me confundían e incluso me hacían gracia; yo evitaba contemplarlas como actuaciones excesivas, un poco ridículas. E incluso hice el firme propósito de enamorarme de él.

Cuando estábamos juntos, me imponía la tarea de apreciar algo diferente en sus ojos, en sus labios, en su boca de dientes pequeños, en su pelo insulso, en su sonrisa forzada, en sus palabras vacías... Pero

nada de lo que me mostraba me sorprendía lo suficiente para engancharme a un gesto, a un rasgo o una cualidad de su personalidad. En Álvaro todo era previsible e insípido; se quedaba a medias.

Yo no aceptaba de buen grado las pocas sensaciones amorosas que me causaba un hombre que objetivamente podría ser hasta atractivo, pero estaba convencida de que era su excesiva motivación la que paralizaba mi atracción por él. Además, me impedía ser lo fría y calculadora que me había propuesto para embaucar al farmacéutico en mi objetivo casi obsesivo de adoptar a Radama. Cada vez me gustaba menos la idea de proponerle algo más que tomar un café en el hospital, a sabiendas de cómo se tomaba las cosas. Todavía no había olvidado el ardor que percibí en el beso que me dio en el Buda's el día que salimos a cenar y bailar. Igualmente me detenía, a la hora de avanzar en mi osadía de engatusarlo, la reacción que él tuvo ante mi rechazo...

El Ruso también estaba presente en esos momentos que decidía dar un paso más con Álvaro. Le quería tanto, que no me veía en el papel de esposa del farmacéutico, aunque bien sabía que una sola palabra mía desencadenaría la ceremonia nupcial más falsa de la historia... con mi amigo. Mi cabeza estaba dividida, como mi corazón partido. Pensaba que el título de la canción de Alejandro Sanz describía perfectamente mi situación actual cuando me sentaba a reflexionar sobre la forma de conseguir los papeles de adopción del pequeño Radama.

El quince de agosto era la fecha clave por ser mi cumpleaños. Ese día o el siguiente tenía pensado iniciar los trámites de la adopción, si es

que Radama seguía aún en manos del Estado, tal como me había comunicado Rubén por carta. Para eso era imprescindible tener una casa más grande de la que poseía, un marido y cumplida los veintinueve. Requisitos que iba a conseguir costara lo que me costara...

Era consciente de que la capacidad que yo poseía de enredar y manejar a Álvaro para incluirlo en mi futuro se asemejaba, cada vez más, a la capacidad de manipulación de mi progenitor, el triunfador. Esta idea me mortificaba, pero aun así no me detenía en mi afán de cumplir mi objetivo, porque tenía claro que por nada en este mundo me rendiría...

Yo no estaba orgullosa de mis manejos para conseguir traer a Radama a mi lado, por eso, no dije una palabra a nadie de mi propósito de casarme con alguien y, ese alguien, era Álvaro; pero Álvaro cada vez me producía más rechazo. Mi sacrificio era demasiado grande y descerebrado para llevarlo a cabo, aunque tampoco quería cerrar esa puerta definitivamente. Poco a poco esta paradoja en la que vivía, en el sí quiero y en el no puedo, me produjo una incertidumbre en la que me sentía caminando en una cuerda floja donde cualquier movimiento mal dado desembocaría en un duro golpe contra el suelo que era mi vida.

Pasó la Navidad sin pena ni gloria. El veinticuatro por la noche lo pasé en el hospital haciendo guardia, cené con algunos compañeros en mi despacho y dejé transcurrir la noche procurando no pensar en El Manantial. Me acordé de mi madre cada vez que recibía un mensaje

suyo, el cual no leía, y su recuerdo lo postraba inconscientemente en el último rincón de mi alma a la espera de una revisión. Ese día recibí un mensaje de Fernanda comunicándome que había vuelto a su casa. Inmediatamente la llamé para saber más de ella y de mi niño pero no fue posible, el dichoso buzón de voz salía siempre que lo intentaba.

Encarna se encargó de la deliciosa cena de noche vieja, estuve junto a mis amigos en casa de Adolfo. Se habían convertido en más que amigos, me querían y me mimaban. Con mucha sorna decían que mi delgadez era perfecta porque cabía en cualquier rincón y me hacía más manejable...

Después de la cena y de engullir las doce uvas, me despedí de ellos alegando algo que era cierto, sentía un cansancio tremendo. No obstante, a pesar de mi cansancio, me fui derecha al Polígono Sur a ver al Ruso y a la Chata sin decirles nada a mis anfitriones, porque seguro me habrían acompañado hasta el Murillo. Yo deseaba estar a solas con el gitano, me apetecía mirarlo sin espectadores, tener una conversación íntima, esforzarme en que me creyera, en que supiera que mis sentimientos hacia él eran verdaderos, y esa noche, cuando conducía hacia su casa, me propuse decir lo que sentía muy claramente y reclamarle el amor que él decía sentir por mí. Le amaba más que nunca, además, quería que estuviese a mi lado. Deseaba a un hombre bueno y ese era el Ruso, el hombre más bueno y sincero que había conocido, pero su desconfianza -ganada a pulso por mí- y mi obsesión por tener al niño conmigo, me habían obligado a mirar hacia otro lado para conseguir a un marido que se convirtiera en el padre de Radama.

El Ruso estaba adormilado cuando me abrió la puerta, en un segundo cambió el aletargado semblante por un gesto sorprendido.

-Pasa, pasa, Miranda.

-¡Feliz año! -le dije estampándole un sonoro beso en la mejilla.

-Gracias, igualmente: feliz año -murmuró algo más triste.

-¿Qué tal tu abuela? -pregunté inquieta tras percibir su desánimo.

-Hoy ha pasado el día muy amodorrada, casi no se ha movido. Ha estado todo el rato dormitando, con la respiración agitada y con la mascarilla puesta. Mario vino a las nueve y mi abuela al sentir el pinchazo se movió un poco, bastante menos de lo normal. Aún sigue inmóvil, me inquieta un poco esa calma...

Sabía que eran preocupantes los síntomas que me narraba Manuel.

-Voy a echarle un vistazo -le dije para tranquilizarlo.

Entré en su cuarto, el sonido de su respiración ya era inquietante, me acerqué a ella y la despojé de la mascarilla de oxígeno que permanentemente llevaba, apareció el macilento rostro de la chata, extremadamente enflaquecido a consecuencia de la enfermedad. Los pómulos y su afilada nariz parecían montículos que emergían de la cara descarnada. La llame:

-¡Manuela!, ¡Manuela! -le agité levemente la cara, le palmeé las mejillas y Manuela sin abrir los ojos emitió un sonido gutural, etéreo..., parecía proceder de otro mundo.

-¿Cómo estás? -le pregunté. Creí oír otro sonido ahogado que salía muy débil.

-Hay que beber un poco de agua -le dije.

No me contestó, el sueño podía más que todo... Miré al Ruso que

estaba a mi lado.

-Tu abuela está mal, hay que prepararse... –Me quedé pensando unos instantes y proseguí: Al no haber recibido quimioterapia la enfermedad ha avanzado con más rapidez. Si quieres aviso a una ambulancia e intentamos reanimarla en el hospital.

-¡Ni hablar! Bajo ningún concepto. Ella desea morir en su cama. Me lo dijo en varias ocasiones e incluso me hizo prometerle que no la llevaría más al hospital...

En dos sillas nos sentamos al lado de la cama de la Chata contemplando su agonía. Con cierta aprensión el Ruso se pegó a mí, su rostro solo indicaba tristeza. Alrededor de las seis de la mañana, la anciana expiró envuelta en un sonido ronco casi inaudible.

Me sorprendió la entereza que demostró el Ruso ante el cuerpo inerte de su abuela, especialmente cuando la besó despidiéndose de ella. Después le dijo algo al oído que no pude captar y llamó a los servicios fúnebres desde su móvil. Nos abrazamos en un momento de confusión y desamparo; así permanecimos no sé cuánto tiempo, desconsolados y terriblemente agotados...

Durante aquel día, el primero del año, velamos a la Chata en el tanatorio Santa Teresa; un lugar espacioso, de suelos brillantes e impecables maderas, adecuado para recibir a la variopinta multitud que se presentó en aquel local. Casi todos eran vecinos del Murillo, llegaron para acompañar al Ruso y para quedarse hasta el momento del entierro. La Chata se hallaba amortajada y expuesta tras un cristal a la vista de todos. Los gitanos no consintieron en cerrar las cortinas que la ocultaba de los ojos de los que allí permanecíamos, su gente la

quería ver, quería rezar y llorar ante su cadáver.

Los amigos de la academia permanecieron todo el tiempo también en el tanatorio, acompañaron al Ruso. Él les agradecía su presencia con sus ojos grandes y con aire de estar perdido.

A eso del medio día, me levanté de su lado para ir a casa, ducharme, cambiarme la ropa, descansar un poco y volver después. Manuel me cogió de la mano y me dijo compungido: “Por favor, doctora, no te marches…” Me senté otra vez a su lado, llevaba el mismo vestido rojo adornado de una pedrería brillante alrededor del escote, nada apropiado para las circunstancias en las que estábamos, el cual me había puesto la tarde anterior para cenar y celebrar el fin de año en casa de Adolfo.

-Ruso, me voy a cambiar, estoy dando un poco que hablar con esta vestimenta. Todos me miran…

Por primera vez desde que me presenté en su casa, Manuel depositó su vista en mi vestido e imperceptiblemente sonrió, miró a sus vecinos del Polígono que seguían escrutándome, incluso algunos descaradamente… Consciente de que mi observación sobre mi indumentaria era cierta, se acercó a mi oído y me susurró:

-Ahora me doy cuenta de que estás guapísima…

-Gracias, pero estoy dando el cante, Manuel.

-Sí, la verdad es que sí.

Le vi animarse un poco, su gesto menos abatido le cambió el semblante, parecía haber superado levemente la congoja que lo acompañaba; levantó su mano cuando le dije adiós antes de salir del recinto.

En la calle noté el contraste de temperatura; pasé del ambiente caldeado del tanatorio a, de golpe y porrazo, enfrentarme al frío y al viento invernal que como agujetas perforaban mi rostro. Llegué a mi casa a la misma hora y con el mismo aspecto que algunos adolescentes después del cotillón, el chocolate con churros y la primera cerveza para la resaca, es decir, a las tres de la tarde.

Nada más llegar, me metí en la ducha; el agua caliente relajaba mis músculos. Estuve un rato largo debajo del chorro y salí del baño con la toalla pequeña puesta como un turbante en la cabeza mojada y la grande enrollada en mi cuerpo. Trasteaba de esa guisa en el armario, eligiendo la ropa que me iba a poner para volver junto al Ruso, cuando escuché el timbre de la puerta. Mi cabeza comenzó a elucubrar a la velocidad del rayo quién podría ser. El caso era que no esperaba a nadie, a todos mis amigos los había dejado en el tanatorio velando a la Chata. Tuve la intención de no abrir por evitar un mal trago a quien estuviera detrás de la puerta, también a mí; me hallaba desnuda con una simple toalla cubriendo mi cuerpo y no eran formas de recibir a nadie... Cuando había decidido hacer caso omiso del timbre, oí otro toque. “Joder, qué pesadez”, me dije. Pasaron diez segundos, y nuevamente volvió a llamar. Ante tanta insistencia, me acerqué sigilosamente a la puerta, puse el ojo en el orificio y la mirilla me ofreció su imagen. “Qué hace aquí”, pensé.

-Abre, Miranda, sé que estás ahí -me suplicó mi madre.

Abrí después de superar unos segundos de angustia, tenerla en el umbral de mi puerta me producía un sinfín de emociones que no conseguía gobernar en tan poco tiempo. Prevaleció el dolor y la rabia

y con ese poso de sentimientos la encaré.

-¡¿Qué haces aquí?! Creía haberte dejado claro que no quiero verte, ni hablar contigo -no pude evitar la mala leche.

-Sí, sí, por supuesto, hija -se disculpó-. Vengo a pedirte perdón y a decirte que te echo de menos.

-Me coges en mal momento, no puedo quedarme contigo... y menos para decir cosas que no me interesan...como ves, estoy arreglándome para salir. De todas formas, ya me has dicho todo lo que querías decir ¿no?, pues adiós...

-Por favor, Miranda, déjame hablar contigo. Necesito que me escuches. Después decides si quieres volver a verme.

Su tono sereno frente al mío crispado; su mirada cálida frente a mis ojos fríos; Su talante maduro frente a mi actitud infantil, me desarmaron y contemplé a mi madre, a la mujer que adoraba y se mostraba tal como la recordaba cuando yo no levantaba dos palmos del suelo. Ella fue mi referencia durante muchos años, el único ser al que había querido con ese amor incondicional, único que sentí durante mi niñez. Todas estas sensaciones se arremolinaron dentro de mí, se abrieron paso entre el montón de escombros e inmundicias que guardaba desde el día que salí de El Manantial para no volver y emergieron a la superficie. Mi rostro cambió, dulcifiqué el gesto arisco que mantenía desde que entró en mi casa y le dije que se sentara, que me iba a vestir y que en un minuto estaba con ella...

Me vestí deprisa, no quería pensar, solo mantener la sensación serena que había conseguido. Con el pelo aún mojado entré otra vez en la sala. Ella permanecía de pie delante del ventanal, miraba al horizonte

muy triste, a punto del llanto. Me acerqué y me senté en el sofá, al verme se quedó inmóvil delante de la claridad, únicamente modificó el rictus de su rostro que lo apaciguó.

-Miranda, hija mía -comenzó a decir-, soy perfectamente consciente de que he cometidos errores, especialmente contigo y que esto puede costarme caro, excesivamente caro; perderte para siempre. Si te sirve de algo, no me siento nada orgullosa de ello y no me voy a perdonar nunca... Retroceder en el tiempo para borrarlo todo, es imposible; el daño ya está hecho. Pero si yo pudiera hacerlo, no dudes, hija, que lo haría...

Notaba su garganta palpitar, tragando saliva para sofocar el llanto que poco a poco la embargaba.

-Todo lo que me ha sucedido después de ver la desesperación y el dolor reflejados en tu cara el día que nos sorprendiste comiendo, lo tengo merecido; mi vida cambió por completo, la culpa no me da tregua y no dejo de darle vueltas a la misma idea, al acto tan obsceno que cometí involucrándote en los asuntos sucios de tu padre. Ese día me recordaste que soy tu madre y que de una madre no se espera nunca eso; tenías razón. Esas palabras las llevo guardada en mi cabeza y clavadas como espinas, aquí, en el corazón -mi madre se llevó la mano a su pecho-.

-¡Calla! -grité-. ¡No siga!... -No podía soportar revivir aquel maldito episodio. Me sentía cansada, agotada por los últimos acontecimientos y mi cabeza no daba para más...

-No digas ni una puta palabra más, por favor -le dije abatida, llorando y suplicando.

Pero ella tenía que vomitar su dolor para procurar un hálito de paz.

-Lo siento, Miranda, pero tienes que escucharme, no puedo irme sin explicarte. He esperado esta ocasión desde aquel día, un tiempo demasiado largo para mí. Te he llamado casi compulsivamente al móvil y no me has respondido. He ido al hospital con la esperanza de encontrarte allí y no estabas, me dijeron que habías viajado a África. Incluso he empezado miles de cartas, pero una tras otra fueron cayendo en la papelera. No sabes la alegría que he sentido cuando hoy me has abierto la puerta y me has dejado entrar en tu casa. La verdad es que no contaba con este gesto. Gracias por recibirme, pero ahora que estamos una enfrente de la otra no puedo desaprovechar esta oportunidad, porque puede que en otra ocasión carezca de fuerzas para explicar cómo ha sido mi vida, especialmente desde que conocí a tu padre...

Verás, Miranda, he reflexionado mucho sobre mi manera de proceder, no solamente contigo, también conmigo misma y con otras personas, concretamente con tu padre, y he llegado a la conclusión de que cada uno es lo que siente que es. Aunque objetivamente seas una persona inteligente, interesante, valiosa e incluso agraciada físicamente, si te aprecias como un ser torpe, sin encantos y piensas que no sirves para nada, irremediablemente ante tus ojos eso es lo que eres: torpe, poco agraciado, inútil... Estoy hablando de la autoestima, ese afecto tan manido y tan utilizado por algunos para explicarlo todo, pero que en mi caso puedo asegurar que es mi asignatura pendiente.

Desde que yo recuerdo, siempre fui una niña sensible, angustiada y algo insegura. Cualquier palabra hiriente que procediese de una

amiga, de un familiar, hasta de un desconocido, me hacía tambalear y cuestionarme mi valía y si merecía ser querida por esa persona. A esto se le añadía que tuve una madre con un carácter demasiado infantil para asumir tantos hijos y tantos problemas... Jamás me pude apoyar en ella porque notaba que era aún más frágil que yo.

Cuando conocí a tu padre, era una muchacha tímida y mi amor propio era casi inexistente, me sustentaba de elogios y alabanzas que venían de los demás porque yo misma era incapaz de creer en mis posibilidades y pensar algo positivo sobre mí. Él, sin embargo, era siempre el protagonista, el que lideraba cualquier reunión de amigos, de colegas o conocidos, la cosa era llevar la voz cantante, si no era así, le aburría la reunión. Su autoestima parecía estar por las nubes, además, era alto, guapo, elegante, ingenioso, elocuente, seguro de sí mismo. Esta última cualidad fue la que me cautivó al segundo de conocerlo, me enamoré perdidamente de tu padre y caí en el error de quererle más que a mí.

No hay que ser muy avispado para saber quién dominaba en la pareja y de esa manera lo hemos asumido todo el tiempo que llevamos juntos. No ha sido fácil vivir con alguien semejante al Sol, todo el tiempo brillando, creyendo que mi existencia tenía valor si él me iluminaba y para eso tenía que estar cerca de mí, cuanto más cerca mejor me sentía. Se dice rápido, pero experimentarlo día a día te convierte en un satélite que gira alrededor de su estrella y piensas que sin ella no puedes seguir adelante. Tan arraigada tenía esta concepción de mi amor a tu padre, que a pesar de que os quiero con toda mi alma, tanto a Olga como a ti, no habéis llegado nunca al nivel

de amor que siento por él. Es duro decirle esto a un hijo porque lo sitúas en un segundo plano, cuando para una madre se supone que un hijo es lo más sagrado. Pero es la realidad...

Con esto, no quiero decir que yo sea tonta, boba, o algo así, qué va... Me he dado cuenta siempre de mi debilidad y cuando he querido ponerle remedio he sentido un pánico mortal, un miedo incontrolable a perderle y he vuelto al redil más sumisa que nunca. He pasado por periodos de celos tremendos, tantos, que cualquier mujer que estuviera cerca de tu padre se convertía en un peligro para mí. A la par, he sentido rabia conmigo misma, he sufrido bajonazos internos rallando la depresión, pero cuando él llegaba a casa, todas mis incertidumbres se disipaban, mi falsa seguridad se restablecía y yo misma me decía, que era lo mejor para mí. El autoengaño me ha funcionado siempre, hija, nunca he dejado de engañarme, pero sabiendo que era para aplacar mi zozobra, como un bombero apaga el fuego.

Por supuesto que no tengo excusas, todo lo he hecho consciente y sabiendo que este enganche malsano o amor incondicional, es más digno llamarlo así, que le tengo a tu padre me ha impedido tomar decisiones a tiempo. No reaccioné en su momento y la bola se ha ido transformando cada día en una bola más grande, enorme, que actualmente ocupa todo mi ser. No puedo vivir sin él. Esa es mi única verdad, me encadené y sigo encadenada a José Martín.

Sabrás que ahora vivimos en Sevilla, el domingo expongo mis últimas obras en la Sala de Arte de la Cartuja. Yo sigo pintando y tu padre sigue con sus maquinaciones... Y por las noticias que nos llegan, el

futuro lo tenemos incierto -en ese momento mi madre me miró para escrutar mis ojos y prosiguió:

-Lo sabes ¿verdad?

Yo asentí con la mirada.

-Algo, sé. Pero dile a tu marido que no voy a mover un dedo para verlo caer.

-Haz lo que quieras, hija. Yo lo único que deseo es poder mirarte sin percibir el rencor y el dolor que sientes.

Aparté la vista de sus ojos, tenía que pensar tranquilamente todo lo que me había revelado. Pero, percibiendo su sinceridad, decidí no cerrar el cauce que se había abierto con ella, necesitaba saber que estaba ahí, pensando en mí y queriéndome a su manera.

Antes de marcharse, la dejé que me abrazara. Ella lloró en mi hombro, me pidió perdón y me susurró en el oído que yo era lo mejor de su vida.

Al cerrar la puerta, sentía aún su calor tantas veces soñado, anhelado y llorado. Pensé que si no estaba ella en mi existencia, ésta quedaría incompleta, dolorosamente mutilada.

Hasta el Cementerio de San Fernando, cerca del Polígono Norte, trasladamos el féretro que portaba el cuerpo sin vida de la Chata. El coche fúnebre, de color gris fúnebre, portaba las coronas de rosas y claveles que inundaban su interior, la más vistosa reposaban encima de la caja.

Cuando llegamos, el gitano y yo, a la puerta del campo santo, aparqué el mini detrás del furgón. El agotamiento que sentía era tal, que mi paso lento y mi compostura debilitada dejaba un rastro triste impregnado de pastoso sopor. Sin embargo, Manuel mantenía su postura erguida, sus hombros alineados, su paso firme y su cabeza levantada, como si hubiera sobrevivido a los estragos de una catástrofe. A no ser por sus ojos enrojecidos y sus labios levemente resecos, nadie pensaría que se hallaba al borde del desplome.

Formábamos una multitud de suspiros con aires alicaídos. Recorríamos mansamente las avenidas y las calles del campo santo, solo un murmullo de palabras, desvanecidas por el cansancio, envolvía

el enjambre humano que avanzábamos con los pies arrastrados, casi todos, a causa de la lasitud que padecíamos; dos días velando el cadáver de la Chata habían causado cierto estropeo...

Algunas tumbas y lápidas, que dejábamos atrás en nuestro lento caminar, estaban construidas con finas cerámicas, arte barroco y mármol blanco. Concretamente una me llamó especialmente la atención por su espectacularidad, en ella se realizaba un devocionario sevillano de tres esculturas en cerámica trianera: la Virgen del Rocío, la Virgen de los Reyes y el Gran Poder. Increíblemente permanecía intacta y nadie se explicaba que no la hubieran robado o destrozado.

El Cementerio de San Fernando parecía más un museo que un lugar de retiro eterno; reconocidos escultores habían dejado allí sus huellas. También había lápidas curiosas, extremadamente chocantes, en algunas detuve mi vista para leer las poesías, textos de la canción y epígrafes que horadaban la piedra. Concretamente me paré en una, en cuyo texto las frases se inscribían en español y en inglés. "Bilingüe, - me dije. La fecha que marcaba la vida del difunto era (1919 - 1986) y lo que ponía literalmente era esto:

VENTE CON MIGO
VENTE CON MIGO
Y A TU MADRE LE DICE
QUE SOY TU PRIMO

.....

I WAS BORN
AT MIDNIGHT

BY MORNING

I COULD WALK

……..

WE LOVE YOU

ALWAYS

Parecía más la letra de la canción favorita del fallecido que un texto realizado para una tumba, pero no dejaba de tener su gracia, por el contenido y la pésima ortografía.

Aluciné viendo y leyendo casi sin querer, las dedicatorias, las oraciones y las frases que exhibían las lápidas y constaté que la expresión más utilizada era “mi arma,” hasta que llegamos al lugar donde yacería para siempre la Chata. En silencio, contemplamos a los obreros enladrillando el profundo y oscuro orificio donde encajaron su féretro, era difícil pensar en la eternidad. Las vecinas irrumpieron en gritos y llantos cuando colocaron el último ladrillo. Las bondades de la Chata quedaron patentes y en el aire por las plañideras que, azarosamente, se retiraban del lado de la sepultura cuando constataron que dejaban a la Chata bien enterrada. Se las veía caminar con pasos cortos y ligeros, arrebujadas entre sus toquillas de lana negra y con sus moños maltrechos por el viento.

De vuelta, dejé al Ruso en su casa con la intención de irme a la mía a dormir el resto del día. Antes de que el Ruso bajase del coche, le miré para despedirme y me llamaron la atención sus ojos entrecerrados, con los párpados inferiores demasiado inflamados.

-¿Te encuentras bien, Manuel?

-Estoy un poco cansado, no te preocupes.

-Te recomiendo que apagues el móvil y aproveches para dormir todo lo que puedas. Yo voy a intentar hacer lo mismo.

-Sí, sí, eso haré...

-¿Subo contigo un rato? -le pregunté porque lo percibía excesivamente apagado.

-No, qué va... tú necesitas descansar también. Si quieres mañana nos vemos...

-De acuerdo -le respondí nada convencida.

Lo vi alejarse despacio, encorvado, con frío y me pareció que temblaba. Arranqué el coche y me dirigí a Heliópolis; allí estaban mi casa y mi cama esperándome. Deseaba fervientemente que nada ni nadie truncase mi propósito de descansar.

Dormí mucho, muchísimo, hasta el día siguiente. Es cierto que me desperté en varias ocasiones despistada por la hora y sobresaltada por horribles sueños que me estuvieron rondando casi todo el tiempo.

La mañana en el hospital se pasó rápida, las intervenciones cada vez las tenía más espaciada, pero la consulta estaba atestada de enfermos. Acabé con el último paciente alrededor de las tres. Aunque había dormido, sentía un poco de fatiga. Me di cuenta que, por falta de tiempo, había engullido un desayuno frugal y de eso hacía ya varias horas. Con excelente humor, me encaminé hacia la cafetería dispuesta a saciar el hambre que comenzaba a percibir oyendo los ruidos que salían de mi estómago. Elegí un plato de lentejas estofadas, una ensalada y una manzana asada.

Empezaba a hacerle los honores a tan suculenta comida cuando lo vi

sentarse a mi lado, con su sonrisa de sapo y sus ojillos picantes.

-Hola, guapísima, qué tarde vienes a comer ¿no? -me susurró Álvaro en el oído.

-Chico, cuando he podido, llevo unos días que no paro.

-Ayer no viniste, te eché de menos. ¿Qué te pasó?

-Estuve de entierro -le dije con la boca llena. En ese momento me acordé del Ruso, no había recibido ningún wasap y tampoco yo le había enviado nada...

-¿De algún familiar? -me preguntó con su odiosa sonrisa mientras yo escrutaba la pantalla del móvil buscando la lucecita verde que me indicaba algún Wasap del Ruso.

Me dio la comida con su empalagosa conversación, se pasó media hora diciendo patochadas, se hacía el gracioso sin tener puta gracia y para rematar, me brindó un manojo de piropos con los que intentó agasajarme e hicieron el efecto contrario al que se propuso; me encabronaron. Álvaro consiguió que se esfumara el apetito que sentía cuando salí de la consulta. Eché el plato de lenteja a un lado con rabia y, en ese breve instante, decidí que prefería mil veces casarme con el cocinero de Las Cruces, aunque ya estaba casado con tres hijos, pero hacía unas lentejas de muerte, que con él. No podía soportarlo. Era superior a mis fuerzas. Me despedí del farmacéutico con el talante perdido, dejándole ver mi rabia y repetí la misma acción pero al contrario; me marché con mal humor y las tripas vacías de la cafetería hasta mi despacho para guarecerme de su presencia y pensando en el futuro de Radama.

Me instalé en mi sillón con las sienes aún palpitando. Cando me

tranquilicé, llamé al Ruso pero tenía apagado el móvil. Tras unos segundos de vacilación, me concentré en los expedientes que se apilaban junto a mi mesa, en una silla que, indefectiblemente, cada vez que la miraba era más alta y estuve trabajando dos horas sin parar. Alrededor de la seis de la tarde, llamé de nuevo al Ruso, seguía con el teléfono fuera de cobertura. No le di importancia, creía que estaba haciendo lo que yo le indiqué; descansar.

Era de noche cuando terminé mis obligaciones en Las Crucesa y me fui derecha a la academia de baile. Hacía tiempo que no iba, me había propuesto firmemente retomar las clases. De sobra sabía el efecto mágico que me producían, además, necesitaba oír el crujir del parqué debajo de mis zapatos y sentir el roce de la falda negra en mis pantorrillas con los lances de las sevillanas, con los requiebros de las bulerías...

Me zambullí en el calor de mis compañeros, en su alegría de verme nuevamente bailando, en sus paredes de espejos, en la perfecta luz que allí resplandecía de forma diferente, en el sonido acompasado del taconeo... La academia me parecía un espacio divino, un cachito de cielo donde era inmensamente feliz.

Pastori estaba descomunal, su orondo vientre de ocho meses ocupaba casi todo el hueco que había entre el mostrador y la pared, se movía torpemente en él, como un elefante en cacharrería. Como pudo, me dio un abrazo nada más salir de la clase, curiosamente cuando llegué a la academia no estaba en la recepción. Yo había notado su ausencia tanto en el tanatorio como en el cementerio el día anterior, no había podido ir a despedir a su gran amiga la Chata. Estaba compungida,

con un dolor intenso en la pierna derecha a causa de la inflamación del nervio ciático. La observé y vi que estaba con una pena profunda, verdadera que ensombrecía su hinchado rostro.

-¿Cómo estás, doctora?

-Bien no me puedo quejar ¿Y tú?

-Hoy llevo un día horroroso... No me quito de la mente a la Chata... ¡Pobrecilla! ¡Qué enfermedad más mala! Ya sabíamos que se nos iba, pero al final te quedas igualmente hecha polvo. Y para colmo, yo estoy con este dolor de pierna que me coge desde la cintura hasta la punta del dedo gordo... -Pastori señaló con su mano toda su anatomía de cintura para abajo hasta llegar a su pie, su gesto parecía el de la Dolorosa en procesión. Añadió:

-La "punzá" que me da, es tan fuerte que me deja "doblá", doctora, sin poder dar un paso y sin poder ir a ningún sitio... Aquí estoy porque Becky me necesita tanto, que no tengo otro remedio que venir, aunque no sé qué va a ser de ella cuando yo tenga a mi niño... Si no fuera porque mi Rafa me trae hasta la puerta con el coche y nos vamos cuando acabo, desde luego no podría... En fin, paciencia... Por cierto, ¿has visto hoy al Ruso?

-No, hoy no lo he visto. Le he llamado al móvil pero lo tiene fuera de cobertura, estará descansando...

-Qué raro. Rafael y yo hemos estado en su casa al medio día y no nos ha abierto la puerta...

-Estaría durmiendo...

-Imposible. Rafael le ha dado tres pitadas al timbre que hubiera despertado a un muerto.

-Pues... no sé, Pastori, me estás preocupando.

-¡Santísima Virgen del Carmen! Otro desvelo más. Mira, doctora, que estoy muy sensible y cualquier cosa me agobia...

-No pasa nada, mujer, seguro que hay una explicación. Tú relájate, que bastante tienes con lo tuyo... -le dije para que se tranquilizara, pero la semilla de la incertidumbre comenzaba a rondar por mi cabeza.

Obsesionada por ver al Ruso, me cambié de ropa y dirigí mis pasos hacia su casa. Desde hacía tiempo caminaba por el Polígono a mis anchas. Poco a poco, el miedo que sentía por aquella gente, desapareció. Ellos también me reconocían y con gracia me saludaban: "adió, dotora" o "un plasé vela pu aquí, dotora".

Además, Manuel vivía muy cerca de la academia, por lo tanto, llegué enseguida. Subí las escaleras saltando los peldaños de dos en dos, alcancé la tercera planta jadeando y llamé al timbre dos veces, esperé un rato pero no hubo respuesta, volví a llamar con los nervios rotos, nada, silencio absoluto.

Alarmada por los timbrazos compulsivos que oía desde hacía un rato, salió al rellano la vecina de la puerta contigua para averiguar qué pasaba. Cuando la vi le pregunté por el Ruso.

-No sé nada de él, hoy no he escuchado un ruido, solo he oído algo cuando vinieron el Rafael y la Pastori a eso de las dos -me contestó preocupada-. Pero yo tengo una llave de la casa, si quiere, doctora, le abro la puerta...

-Sí, sí, por favor, Puri, ábrala...

La Puri abrió la puerta con más miedo que destreza, tardó lo suyo en

girar el llavín dentro de la cerradura. Por fin entré en la casa, me dirigí al dormitorio y allí me lo encontré sudando y temblando por la fiebre tan alta que padecía. Estaba en estado de semiinconsciencia.

-¡Manuel! ¡Manuel! Responde! -exclamé mientras lo zarandeaba.

No me contestó, tenía los párpados cerrados y su rostro sin expresión.

La Puri se hacía cruces, una sobre otra, desde la frente hasta su pecho, no reaccionaba, le rogué que trajera una toalla empapada de agua fría.

-Doctora… Digo yo… que con el biruji que corre, al niño lo mata "usté" con tanta frialdad.

-Por favor, Puri, haga lo que le pido. Hay que bajarle la fiebre, ¡ya!

Salió de la estancia como una exhalación, la mujer hizo todo lo que le requerí en pocos minutos y cuando envolví al Ruso en la toalla, la calentura comenzó a remitir... Llamé al hospital para que enviasen una ambulancia al Murillo.

-No pongas las luces, ni la alarma -le dije a Agustín.

-Intentaremos llegar lo antes posible. No te desesperes si tardamos porque el barrio se las trae... -me respondió.

Cuando silenciosamente llegó la ambulancia, excepto la Puri, no había nadie del vecindario rondando por allí. Era tarde, hacía frío y los vecinos de la casa verde se encontraban cenando delante del televisor refugiándose del crudo ambiente de la calle. Me costó convencer a la Puri para que no fuera con el chisme a todos los demás. La mujer accedió de mala gana a mi petición; pero al final entró en razón. Nos acompañó en todo momento con la boca cerrada, muy impresionada de contemplar a Manuel en ese estado. Antes de marcharme, me despidió con un beso. Al Ruso le acarició la frente y las mejillas,

también lo besó con mucho cuidado.

-¡Ay, doctora! Haga todo lo que pueda por él, que lo he visto nacer...,

A la mujer se le cayeron dos lagrimones que resbalaron por su arrugada cara.

-No se preocupe, Puri, haremos todo lo que esté en nuestras manos...

Corrí hasta mi coche, detrás de la ambulancia me fui hasta Las Cruces. Durante el trayecto mi cabeza iba a mil por hora, los síntomas no se ajustaban a ninguna patología común que causaran tanta fiebre y tal estado de confusión. No era gripe, ni neumonía, el abdomen permanecía laxo, además no encontré restos de vómitos, ni de diarreas... “¿Qué te ocurre, Ruso?”, me pregunté desolada...

José Luis Morales y Lorena Capilla, el internista y la psiquiatra que atendieron al Ruso en Las Cruces, concluyeron en dos términos: desilusión y tristeza; estas palabras definían el estado físico y mental del gitano. Parecía sencillo, sin embargo, la dificultad era enorme. Estas dos emociones habían desencadenado un proceso de ansiedad y un incipiente trastorno depresivo. La sintomatología depresiva venía avalada por una tristeza que inundaba sus pensamientos cerrando el paso a otras manifestaciones positivas que modificase su manera de pensar y de sentir. Se le añadía la falta de horizontes y proyectos que contuvieran dosis de ilusión para afrontar el futuro con ganas.

El Ruso estaba exhausto, desesperanzado y se sentía desamparado. Los últimos acontecimientos habían dejado un poso amargo en su corazón y en su mente... El hecho de somatizar su estado de ánimo explicaba la fiebre tan alta y el estado de confusión con el que lo encontré en su casa.

Nadie como yo entendía esa corriente subterránea que corría dentro

de su ser, repleta de ideas y emociones que arrastraban buenas dosis de nostalgias, de incertidumbres, de palabras sin sentido que flotaban en su interior e iban calando lentamente entre sus tejidos,... en su piel.

Nadie como yo entendía los límites soportables de la desilusión, las preguntas sin respuestas, ese vacío por la ausencia de un ser al que quieres y al que te aferras desesperadamente porque es tu única referencia.

Ese desarraigo que el Ruso había sentido desde su niñez y que de forma piadosa amortiguó su abuela, se había transformado en un ente colosal, demasiado grande para digerir. La soledad que siempre había arrastrado era una antigua compañera de juego que silenciosamente le había ganado la partida. La derrota era amarga y la travesía demasiado larga, le parecía eterna.

Sabía que le darían el alta al Ruso aquella mañana. Cuando llegué al hospital, decidí subir por la escalera a mi despacho, me encerré en él con la misma sensación de pánico con la que abandoné Las Cruces la tarde anterior y con la sana intención de recomponer mi ánimo antes de subir a la cuarta planta.

La tarde anterior, había escuchado, ante la puerta de la habitación, una conversación entre el Ruso y Sergio. En ella le explicaba el gitano a su amigo que se marchaba de la ciudad. En otro tramo de la cháchara oí que hablaba de Fernanda, su amiga del alma, también le dijo muy firme, que la decisión de marchar era inevitable. En ese instante me abandonaron las pocas fuerza que aún poseía y cambié

mis planes de visitar al Ruso antes de ir a casa; me di la media vuelta y salí corriendo.

Miles de dudas y divagaciones, ninguna buena, comenzaron a resonar en mi cabeza, corría por los pasillos de la cuarta planta donde se hallaba ingresado el Ruso. Me negaba a admitir que se iba de Sevilla. La idea de su partida me causaba un desasosiego tremendo, incontrolable, además, me sentía impotente ante su decisión. Sin embargo, él estaba dispuesto a comenzar en otro lugar lejos de mí...

Antes de franquear su habitación, aquella mañana, me hice el firme propósito de no marear al Ruso con mis dudas y, menos aún, transmitirle mi desaliento. Cuando entré, Manuel estaba sentado en la butaca leyendo el periódico, se había dispuesto al lado de la ventana, situada a media altura, para aprovechar la luz. Todo estaba en orden, había recogido ya sus pocas pertenencias que yo le había llevado el día siguiente de su ingreso. Principalmente le había acercado los utensilios para afeitarse, el libro que estaba leyendo y algunas cosas de aseo personal.

Levantó los ojos del periódico y sonrió cuando me vio entrar, se puso de pie para besarme la mejilla y me quiso dejar la butaca para que me sentase.

-Siéntate, Miranda, me gustaría que te quedases un rato conmigo. Siempre llegas con prisas y no podemos hablar más de dos palabras.

-Es que cuando puedo venir con tranquilidad, tienes la habitación llena de gente y así es imposible... Pero siéntate tú, yo me apoyo en la cama. A ver de qué quieres que hablemos -le dije atropelladamente intuyendo sus palabras.

-Pues... de lo maravillosa que eres -me dijo con la mirada brillante-. Gracias otra vez por estar conmigo y ayudarme. No sabes cuánto te agradezco que me cuides...

-No es nada, y... por favor, deja de agradecerme... Lo que tienes que hacer es cuidarte tú.

-Lo voy a hacer, doctora -en ese momento cogió mi mano y entrelazó sus dedos en los míos-. Lorena, tu colega, me ha explicado durante estos días mi estado actual, la causa de este bajón físico, anímico y espiritual y los pasos que tengo que seguir para remontar la situación caótica de mi cabeza.

-Eso está bien, Ruso, pero qué piensas hacer ¿irte?

-Sí. Ahora necesito coger distancia... En cuanto acabe de organizar los papeles de mi abuela, me voy.

-Ya...

-¿No te alegras que haya decidido arreglar mi caos particular?

-Por supuesto que me alegro, lo que no entiendo es por qué tiene que ser lejos de aquí. Eso me parece más una huida que un arreglo interno...

-Necesito poner espacio entre nosotros -me dijo sonriendo y apretando más mis manos-. Además, también quiero pensar en mi futuro y a tu lado no lo consigo; me dejo llevar por mis sentimientos...

-¿Y a dónde piensas ir?

-Fernanda me ha buscado un trabajo en un restaurante en Murcia, de chef. Creo que me interesa. Ya sabes lo que nos une a ella y a mí...

-No -le contesté nerviosa-. No sé lo que os une...

-Fernanda es una amiga de ley; así decía mi abuela que era una

amistad verdadera...

-Una amiga del alma ¿no? -le dije con cierta mala leche.

-Miranda, para... Tus ironías sobran... No quiero entrar en conflicto contigo por algo que siento y que es verdadero. Te digo que Fernanda es una amiga con la que me entiendo perfectamente y el afecto que nos une nada tiene que ver con lo que tú crees...

-Perdona, Manuel, es cierto. Fernanda es fantástica...

Su partida me sobrecogía el alma. Fernanda era su tabla de salvación, se iba con ella y yo sabía lo que sentía la murciana por el Ruso. Abrí mi boca para despedirme con dignidad, resignada por nuestro destino, pero de repente me vi poseída de una voluntad que no era la mía y manipulaba a distancia mis palabras:

-No te vayas, por favor -le dije con las lágrimas a punto de salir.

Me acerqué, le miré fijamente para después besarle los labios con deleitosa lentitud; con su boca él me correspondió en silencio, me acarició con suavidad y nos apartamos. Su mirada reflejó un efímero destello de alegría que se apagó en el instante siguiente.

-Me das miedo, Miranda. Mis sentimientos los tengo muy claros, son los tuyos los que me hacen dudar. Ya no me quedan muchas fuerzas y las pocas que me quedan las necesito para salir adelante. Quizás esté actuando como un cobarde, pero ahora no puedo decidir sobre lo nuestro, me siento vulnerable y puedes...

El Ruso enmudeció, intentando ocultar lo que me iba a decir.

-Puedo hacerte daño, ¿no? –hice una pausa para sofocar la rabia que me embargó y que me devolvió el orgullo perdido, tragué saliva y le dije:

-Mira Ruso, ya estoy un poco cansada de tus dudas, así que cuando te aclares conmigo, me lo dices. No pienso volver a decirte lo que te quiero. Te he pedido perdón, te lo vuelvo a pedir. No sé qué más puedo hacer para que entiendas que la gente cuando se enamora, a veces, duda y se hace preguntas respecto a la persona de la que se enamora. Si a ti no te ha sucedido nunca, enhorabuena, pero a mí me ha ocurrido. Pero lo cierto es que al final me di cuenta de que mi amor era grande y muy verdadero, también descubrí que te admiro y respeto más de lo que suponía... Y lo último que pretendo es hacerte daño... ¡Joder! ¡A ver si te enteras!

Manuel se alegró al ver mi irritación, me cogió de la mano y me la besó:

-Incluso cuando te enfadas, me gusta que me digas lo que sientes y cuánto me quieres...

Por fin el Ruso sonrió como antaño. Apareció en su rostro esa chispeante sonrisa que le hacía centellear los ojos; como en la academia de baile mientras bailábamos las sevillanas, las bulerías, las rumbas... y el mero roce de nuestros brazos y nuestras caderas ya nos hacía dichosos.

Me miró fijamente a los ojos y añadió:

-Pero dame una tregua, Miranda, es cuestión de tiempo...

El Ruso me pidió tiempo, pero yo no lo tenía después de recibir el e-mail que me envió Rubén. En el correo electrónico, el gallego adjuntaba un archivo donde incluía información sobre la adopción en Madagascar y en el texto escrito me detallaba el orfanato de

Antananarivo donde se encontraba Radama, Centre Felana Mainntso, en Lot 249 FM Morondavala. También me animaba a que iniciara lo antes posible el trámite del expediente para adopción a través de ECAIS, único organismo acreditado para tramitar adopciones en España, porque el niño corría serios problemas de salud. Un brote de bronquitis y otro de disentería asolaba a la institución estatal y no tenían medios para aislar a los niños enfermos de los sanos y los contagios eran veloces y peligrosos.

Las condiciones de adopción yo no las cumplía por mucho que las leyera una y otra vez. No tenía aún la edad adecuada, por lo cual, hasta agosto no era posible iniciar el papeleo. Estaba divorciada y sin novio con quien casarme en breve -el Ruso estaba a punto de iniciar su estampida- y Radama necesitaba a unos padres que hubieran pasado por la vicaría...

Cuando la desolación me había calado hasta los huesos y había renunciado a tener a Radama junto a mí, una aclaración en el último renglón de las condiciones para adoptar me hizo albergar una pequeña esperanza, decía:

"La Autoridad Central Malgache se reserva el derecho de aceptar o rechazar aquellas solicitudes presentadas por mujeres solteras, con arreglo a criterios distintos o los previstos por la Ley de Adopción en Madagascar y siempre atendiendo a las necesidades de menor".

Un soplo de aire renovado entró en mi vida en ese momento, me agarré a esa última condición como a un clavo ardiendo. ¿Será posible?, pensé.

El Ruso se fue en febrero, al día siguiente de que Pastori diera a luz a su hijo tras diez horas de parto y una hemorragia que la dejó a las puertas de la muerte. El gitano se despidió con su sonrisa encantadora, los ojos tristes y con la intención de llamar en cuanto asentara su vida.

En aquellos días posteriores a su partida, no pude evitar la frustración que sentí, no estaba preparada mentalmente a sufrir otra vez la soledad, esa soledad de sentimientos, la de no tener a nadie a quién querer. Con él se fue mi esperanza y mi ilusión de ser feliz con el hombre al que amaba.

Después de unas largas semanas, conseguí esconder al Ruso detrás de un velo invisible en el lugar más recóndito de mi corazón y el engaño funcionó. No leí ninguno de sus wasaps, ni atendí sus llamadas; ahora, el que hacía daño era él. La única salida que vislumbré fue el olvido...

Estaba segura de que se quedaría en Murcia con Fernanda y con este convencimiento en mi cabeza comencé a vivir nuevamente sola, presa de una sensación de abandono y con un duelo en el alma conocido, el cual volvió a mi existencia sin remedio.

Llegó marzo con un calor impropio de este mes y advertí, después de un esfuerzo considerable, que había llegado a la cumbre escarpada que había sido últimamente mi vida, una cuesta terrible repleta de obstáculos cuya pendiente había subido tramo a tramo con demasiado sufrimiento.

La primavera me trajo nuevos bríos, especialmente cuando comencé a tramitar toda la documentación para comenzar el expediente de adopción. Radama se había convertido en mi catapulta, por él no me hundí, no caí en una terrible depresión porque me impuse salir

adelante con lo que tenía en mi vida: la academia de baile; mis amigos, especialmente Maribel y Adolfo; mi madre, cada vez más cercana; mi trabajo que me gratificaba el tiempo que permanecía en Las Cruces y Radama cada vez más posible.

Con Rubén mantenía una relación epistolar a través del correo electrónico. En sus extensas cartas me advertía del estado de salud, cada vez más preocupante, del niño. Vía Unicef, yo le enviaba medicamentos para racionalizarlos en los distintos orfanatos de Antananarivo, estaban muy necesitados de dotaciones médicas y farmacéuticas, además, pensaba que algún fármaco le llegaría a mi pequeño.

El gallego iba a visitarlo asiduamente, siempre con Bona cargada de dulces que ella misma realizaba. Al niño le enseñaban mi rostro sonriente que reflejaba la fotografía que me hice yo misma una tarde en el hospital. Por lo visto, Radama lloraba cuando veía mi imagen y con sus deditos acariciaba mi cara.

A través de la Entidad Colaboradora de Adopción Internacional, ECAI, tramité mi expediente para adoptar a Radama, lo harían efectivo el mismo día de mi cumpleaños y me aseguraron que una vez que la Autoridad Central Malgache me asignaran al menor, en el plazo de dos meses, ésta enviaría el expediente al Tribunal de Primera Instancia del lugar donde residía el menor. El procedimiento judicial se alargaría en un tiempo aproximado de tres meses.

Rubén me aseguró que la Autoridad pertinente me daría luz verde para adoptar en Madagascar aunque en los documentos rezara como mujer soltera. Los requisitos que yo poseía eran inmejorables y con

creces superaban los exigidos en este país. Además, acogían en sus orfanatos a demasiados niños abandonados, desnutridos y con enfermedades contagiosas, por eso el gobierno había flexibilizado los trámites de las adopciones y más aún, si el niño estaba escogido de antemano. Solo me quedaba buscar un apartamento con dos habitaciones. En esa tarea estábamos Maribel, mi madre y yo cuando recibí un mensaje de Rubén y un Wasap de Fernanda. El gallego únicamente escribió dos palabras que me hicieron llorar: "Luz verde".

Sin embargo, el de Fernanda no conseguí descifrarlo:

"Felicidades, lo has conseguido.

Besos, guapa".

¿Qué había conseguido? ¿A Radama? ¿Por qué lo sabía ella antes que yo?

La inmensa alegría que me supuso saber que mi expediente había sido aceptado y confirmado por el juez para la adopción, solaparon todas mis preguntas sin respuestas que encerraba el mensaje de la murciana y no le puse más atención.

A mediados de junio, el calor era ya insoportable en Sevilla. Mi piso nuevo lo decoré para recibir a Radama después de haber visitado junto a mi madre y Maribel varios apartamentos. Al final, por casualidad, lo encontré ubicado en Heliópolis, en el mismo chalet donde yo ya vivía. Sucedió que por esos días dejaron libre una vivienda con dos habitaciones y fui la primera persona que avistó el cartelito puesto en la puerta: "Se alquila piso de dos dormitorios". Puedo decir que fue el trato más rápido de la historia, únicamente pasaron quince minutos desde la puesta del cartelito a la firma del

contrato de alquiler con fianza por medio. Con la comodidad de la cercanía, solo tuve que mover mis trastos de una puerta a otra.

Mi vivienda actual la habían inspeccionado dos trabajadores sociales de la Junta de Andalucía con la intención de trasladarle la información a la ECAI de Barcelona. Esta entidad, a la vez, la enviaría al juzgado que había llevado el caso de la adopción en Antananarivo. Los trabajadores sociales llegaron una tarde, ojearon todos los rincones, hicieron varias fotografías de todas las estancias apostados en todos los ángulos posibles, se detuvieron en el dormitorio del niño, midiendo el espacio de pared a pared y concluyeron que era perfectamente apta para que lo habitara con total garantía un niño de dos años.

También tuve que enviar, en poco tiempo, un certificado de Idoneidad, un informe psicosocial, un compromiso de seguimiento, una carta de motivación dirigida a la autoridad competente de Madagascar, mi partida de nacimiento, la última declaración de la renta, fotos familiares... Suma y sigue. Papeles, certificados, documentos, impresos, instancias, muchas horas de teléfono, de espera, de ansiedad, marear y marear la perdiz, pero todo compensaba... tener a Radama conmigo en Sevilla era un pensamiento tan extraordinario que mi cabeza se colapsaba, me parecía increíble...

Cuando Chicharito cumplió tres meses, su madre, Pastori, ya estaba completamente restablecida del parto tan difícil que padeció, por las muchas horas de dilatación y, principalmente, por la hemorragia que le sobrevino cuando el "partero" -palabra calé para designar al ginecólogo- se le fue las tijeras cortando más tejidos blandos de lo debido, y hubo que transfundirle dos bolsas de plasma y coserla con demasiados puntos.

Al niño lo registraron con el nombre de Pedro. A Pedro, un bebé regordete, de cabeza redonda y rebosante de salud, le regalaron un conjuntito de color verde intenso, como un guisante, comprado en Primark. Pastori, orgullosa de su retoño, lo vestía con el body y el gorrito a juego pensando que el niño estaba muy favorecido; era cierto que ese color resaltaba su sedoso cabello negro y su tez morena. Pero el Polígono Sur es proclive a las chanzas y a los apodos, ya me lo dijo la Chata, y una cálida tarde de finales de mayo mientras paseaba

Pastori con su tesoro en brazos, se encontró con un vecino del barrio. El susodicho vecino se quedó mirando al niño con el ceño fruncido, la mano en la barbilla y el gesto reconcentrado, y pronunció las palabras que cambiaría la forma de nombrarlo para toda su vida:

-"Ojú", "Patori". "Eze churumbé" con "eze pihama" y esa chola tan "reonda", "pareje" un chícharo -le dijo el hombre sin maldad...

Desde aquella cálida tarde de mayo, en el Murillo todos le llamaron el Chicharito, excepto su madre que le siguió llamando Pedro, aunque es cierto que a veces se le oye decir con zalamería:

-¡Ay, mi chicharito! ¡A que te como entero!

Con sus risotadas, el niño fascinaba a sus padres y, especialmente, conmovía a Candela, su hermana, que a punto estaba de asarse con otro adolescente y sentía por su hermano verdadera adoración. Chicharito era un bebé simpático y espabilado. Al parecer, había conseguido unir de nuevo a toda la familia. Lo último que me contó Pastori fue que su padre y su madre la visitaban con el pretexto de ver al pequeño.

-Por algo se empieza -me dijo Pastori con los ojos contentos.

Mis días habían pasado, uno tras otro, ultimando el papeleo de la adopción mientras organizaba mi viaje a Antananarivo Me iría en agosto el mes entero, requisito imprescindible por la autoridad malgache para traerme por fin a Radama. También intentaba poner orden en mi maltrecho corazón. Estuve muy liada preparando la casa. La última remodelación que realicé en ella, antes de la llegada de mi hijo, fue dotarla de un sistema nuevo de refrigeración y calefacción que conseguí en unos conocidos almacenes donde me aseguraron que

no había otro mejor en el mercado; a pies juntillas lo creí cuando reparé en el dineral que me habían cobrado... Tras esta compra, mi refugio quedó perfecto para dormir las noches que superaba el termómetro la línea de los treinta grados, que por cierto, no eran raras en el valle del Guadalquivir durante el verano.

Lo tenía todo preparado de antemano como me exigían las normas de adopción. La ilusión que sentía por tener a mi pequeño conmigo era incalculable; si se hubiera podido medir, habría sobrepasado cualquier valor humano.

Sin embargo, a pesar de todo el ajetreo, no había dejado de asistir a la academia de baile, de salir con los compañeros del trabajo, alguna juerga nos corrimos; pero cuando lo pasé mejor fue durante la feria de abril. Para la ocasión me había arreglado con mi traje de faralá rojo, el cual, se ajustaba bien a mis curvas, era escotado por la espalda y más recatado por el pecho... Con la pomposa flor encaramada a base de horquillas en mi coronilla y los pendientes de flamenca, inmensos, colgados de mis orejas, recorrí las calles del Real con mis amigos: Maribel, Adolfo y los compañeros de Las Cruces. Todos se esforzaban en hacerme reír, en que bailara más y en que me sintiera feliz...

Pero lo único que ensombrecía mi felicidad era la idea de tener al Ruso lejos, al lado de Fernanda. La visualización de los dos unidos por algo más que la amistad de la que él presumía, me dejaba sin aire. Aunque yo evitaba pensar en esas imágenes, ellas acudían cuando bajaba la guardia y mis defensas huían de mi cuerpo, entonces me acechaba la idea de la dicha compartida, del fantástico amor del gitano. Casi siempre sucedía en los momentos previos al sueño,

cuando mis pensamientos divagaban perdidos sin control. Allí estaban los dos queriéndose al tiempo que partían mi corazón. En ese instante trágico, me sentía caminando sobre una superficie que corría al contrario de mis pies en una búsqueda inalcanzable. Al despertar, surgían ideas nuevas, frescas, reales, con las que tiraba durante la jornada.

Aunque la crisis económica aún seguía dando sus últimos coletazos, en Las Cruces no se notaba, estábamos a tope: las consultas repletas de pacientes, las camas ocupadas en su totalidad, los quirófanos funcionando como nunca, las intervenciones quirúrgicas en aumento... Todos los servicios médicos en niveles altísimos; esto se traducía en cash, en dinerito fresco.

La gerente se encontraba rebosante de satisfacción tras contabilizar los números tan espectaculares obtenidos en la última auditoría realizada por los expertos enviados por la empresa nodriza, ubicada en Barcelona. Patricia se convirtió en una sonrisa andante, su boca solo pronunciaba palabras amables, nada ensombrecía el buen humor de la gerente tras la verificación de su buena gestión. Para ella solo existía un concepto: beneficios.

Con esta perspectiva, me encaminé a su despacho con el firme propósito de pedirle un pequeño aumento de sueldo.

Estaba segura de que me lo concedería después de haber puesto en marcha el hospital cuando iniciamos su andadura y de pasar horas y horas trabajando en mi consulta, en el quirófano y supervisando el rendimiento de todos los servicios... Mi solicitud de subida del salario

no era una maniobra para beneficiarme de la buena situación económica y mucho menos por codicia, era simple y llanamente necesidad; me había quedado en números rojos después de saldar los gastos de la adopción y los arreglos de mi casa.

-Miranda, eso es imposible en estos momentos de crisis -la voz de Patricia se hizo doctoral cuando pronunció la palabra crisis.

Mi mirada hizo parpadear a la gerente. Sabía perfectamente que yo estaba al tanto de los últimos resultados empresariales.

-Bueno... Al menos, por ahora -dijo rectificando su tono de voz-. Es cuestión de consultarlo...

Puse toda la carne en el asador y me la jugué cuando le dije:

-No tienes nada que consultar, sé perfectamente que mi aumento depende únicamente de ti. Así que o me subes el sueldo o me voy..., Patricia.

-Calma, calma... Mujer, pero qué prisas tienes. Miranda, el sueldo que cobras es más que suficiente para cualquier persona y aún más, si no se tiene carga familiar como tú... Puedes esperar perfectamente unos meses...

No pudo acabar la frase porque salté como una pantera.

-¿Me estás haciendo las cuentas de mis gastos?

-No, no... Solamente digo que sin gastos derivados de la carga familiar, es más fácil ahorrar.

-Creo que las cargas de los que aquí trabajamos no deben influir a la hora de recibir nuestros honorarios, pero fíjate qué oportuna eres porque voy a tener un hijo...

Sus ojos se clavaron en mi vientre, en un intento de auscultar el

pálpito que supuestamente estaba latente en mis entrañas.

-De cuánto estás que no se te nota nada -preguntó como un niña.

-Mi hijo está parido ya... - le respondí para despistarla un poquito más.

-Me estás volviendo loca, Miranda. Pero, ¿qué dices?

-He adoptado a un niño africano.

-¡Joder, estás como una regadera! ¡Qué manera de complicarte la vida!

Se quedó quiea mirando el infinito y añadió:

-¿De Mozambique, no? Lo conocerías cuando estuviste allí...

-Yo nunca he estado en Mozambique.

-¡Esto es el colmo! ¿Cómo puedes negar que fuiste a Mozambique? Entonces ¿para qué me pediste permiso en noviembre?

-Para viajar a Madagascar, no a Mozambique...

-Bueno, Mozambique, Madagascar... Qué más da... Entonces has adoptado un niño negrito... -me dijo saliendo del shock momentáneo que sufrió.

-Sí, Radama, y lo quiero como si lo hubiera parido -agregué para que su desconcierto fuera aún mayor.

Yo sabía que mi amor hacia Radama no cabía en la cabeza de la gerente de Las Cruces. No obstante, cuando cobré la nómina del mes de junio, una enorme sonrisa se instaló en mi cara al comprobar lo equivocada que estaba con ella; el aumento de sueldo que le había solicitado se reflejaba en la cifra que se situaba detrás de la frase: "Total a percibir".

Con la excusa de mi próxima maternidad, invité a Maribel, Adolfo y a

Sergio a mi casa con un plan tranquilo. Les esperaba una cenita elaborada por mí y, después, un poco de música, unas copas y una conversación interesante. Aceptaron de inmediato, pero al día siguiente me llamó Maribel cambiando el programa…

-Miranda, guapa, hemos pensado, mi cari y yo, que la cena la vamos a preparar en su casa, entre otras cosas, porque hace un calor tremendo y en el jardín de atrás se está de lujo, mucho más fresco que en tu casa; allí tendrás que poner el aire y ya sabes cómo me sienta... Además, queremos celebrar otra noticia importante, ya te enterarás luego.... También está Encarna,... a esas horas no sale nunca y nos da penilla dejarla sola. Creemos que debe estar con nosotros esta noche, ya sabes lo que nos quiere...

El argumento que empleó Maribel sobre Encarna me convenció sin entrar en más profundidades, con lo cual acepté el cambio sin rechistar.

-De acuerdo, esta noche voy para allá sobre las diez. ¿Está bien la hora? -le dije ojeando el expediente del paciente que iba a recibir en pocos minutos.

-Tenemos pensado sobre las nueve... Pero si no puedes, lo retrasamos a las diez.

-Sí, sí, a las nueve. Es perfecto.

Me organicé el día para estar a las nueve en la calle Cuna. Sin darle más vueltas, me entregué a mi trabajo. Tenía dos cirugías programadas a los largo de la mañana, después me encerraría en mi despacho a completar algunos informes que debía dejar finalizados antes de partir a Madagascar.

Álvaro se había distanciado de mí después de verse rechazado. Sus reclamos amorosos se habían transformado en gestos tensos, ojos airosos y pasos rápidos cuando nos cruzábamos por algún pasillo de Las Cruces.

Ese día, bajé a la cafetería para almorzar algo lo suficientemente nutritivo que me permitiera pasar la tarde metida en mi despacho trabajando a destajo sin desfallecer y presencié la misma escena que con la enfermera, aquella mañana que los invité a desayunar y me dijeron que se querían. Tapando la entrada al recinto -parecía esperarme-, permanecía el farmacéutico en la misma postura y diciendo las mismas tonterías que utilizó con la enfermera, pero ahora la receptora de su empalagosa palabrería era la última adquisición de la gerente; una pediatra llamada Leticia. La chica era alta y delgada, con el pelo largo, muy lacio y los ojos marrones. Cuando la conocieron mis compañeros me decían, maliciosamente, que Leticia era mi clon. Algunos hasta llegaron a insinuar que no solamente era Álvaro el que estaba coladito por mí, también a la gerente se le notaba algo "raro", y pronunciaban "raro" con cierta sorna. Yo hacía oídos sordos ante tales ambigüedades; la verdad es que me importaban poco. Mi cabeza estaba centrada en Radama, en mi viaje a Madagascar y por las noches, antes de conciliar el sueño, en su ausencia.

Aquella noche, después de salir de Las Cruces, decidí coger el autobús para ir a casa de Adolfo; aparcar por el centro de Sevilla era misión imposible. Después, llamaría a un taxi para volver a mi casa, mi intención era quedarme lo justo después de cenar en casa de mi

amigo. Subí al bus cansada de todo el día trabajando, a la vez que ultimaba mi marcha a Tana. Tan absorta iba en mis pensamientos que advertí por casualidad que me encontraba a pocos metros de la parada de la calle Laraña, bajé desconcertada, pensando en la brevedad del trayecto. Casi corriendo doblé la esquina de la calle Cuna y enfilé hacia el caserón.

Cuando llegué al jardín, Maribel había empezado a poner la mesa, intentaba tapar el tablero desde un extremo con un mantel estampado de vivos colores. Sergio le ayudaba desde el otro lado con una sonrisa extraña, pero al verme, se desdibujó de su rostro.

-Buenas noches -dije nada más entrar.

-Hola, corazón -me respondió Maribel-. Aquí estamos poniendo la mesa.

-Hola, doctora -musito Sergio mirándome de soslayo.

El niño tiene el día revirado, pensé. Al segundo pregunté.

-¿Os ayudo?

-Sí. Dile a Encarna que te dé los platos y los cubiertos, están preparados en la encimera -dijo Maribel

Me acerqué a Encarna y le estampé dos ruidosos besos en las mejillas. La mujer me miró contenta. Andaba liada con un postre nuevo, nada parecido a lo que yo había probado anteriormente de ella.

-Encarna, estás innovando, este postre es espectacular, parece de diseño, de “la nueva cocina”, -le dije rimbombante.

La anciana emitió una carcajada contenida que no supe descifrar y cambió de tema.

-¿Estarás contenta con la adopción de Radama?

-No sabes cuánto, Encarna. Estoy contando los días que faltan para tenerlo en mis brazos...

-Bueno, doctora, ya queda menos, lo peor ha pasado... -me dijo con su sonrisa bonachona.

-Pues sí. Lo difícil era que me permitieran adoptarlo siendo yo una mujer divorciada... Por cierto, vengo a por los platos y los cubiertos...

-Ahí están. –con su dedo deformado por la artrosis me indicó el lugar donde se apilaban.

Recogí de la encimera los platos y los cubiertos, los dejé encima del mantel encuadrado a la perfección por Sergio que se llevó un rato estirando de los picos hasta que quedaron simétricos. Al situar los platos, reparé en su número; eran seis, uno más de los que hacían falta. Cuando coloqué los cubiertos, también advertí que sobraba uno.

-Maribel, ¿viene alguien más a cenar?

La vi vacilar unos instantes, después contestó segura:

-Sí, sí, se me olvidó decirte... Viene un amigo de Adolfo, creo que te gustará. Es un tío fantástico...

"Ya me están buscando novio, qué mal llevan los casados la soltería de los amigos" -pensé.

Adolfo apareció por el jardín sonriente, me abrazó nervioso y me preguntó cómo iban los preparativos de mi viaje. Con cierta brevedad le expliqué el objetivo de mi partida, marcado por las leyes de Madagascar. Sin embargo, a medida que yo hablaba, notaba a Adolfo más distraído de lo normal, escrutaba el reloj continuamente y sus ojos me miraban ausentes, muy distinto a como era él.

Encarna ordenó que nos sentáramos en la mesa, sin rechistar

obedecimos, la autoridad de la anciana era inapelable en esos momentos. Me pareció extraño no esperar al otro invitado, pero el dueño de la casa no replicó la orden de su tata. Maribel y Adolfo, botella en mano y con cierto desorden, sirvieron el rioja. Cogí la copa rebosante de vino rojo y tragué un sorbo rápido, sentía que entre nosotros flotaba un ambiente tenso, anómalo. ¿Qué ocurría?

Cuando los cuatro sonrieron y miraron hacia un punto situado detrás de mi espalda, noté sus manos sobre mis hombros, el calor inconfundible de su piel le delató y sin mirar dije:

-Ruso...

-Hola doctora -me dijo besándome la mejilla por atrás.

Me volví lentamente sin entender lo que veían mis ojos. Su mirada celeste me aseguró su presencia. El impacto que recibí fue idéntico al que él sintió cuando aparecí sin previo aviso en la choza de Itampolo. Cualquier gesto, cualquier palabra, cualquier insignificante acto me hubiera sacado de mi visión, porque por un instante creí que me había vuelto loca, imaginando su voz, sintiendo su piel y el mar de sus ojos, pero nadie parecía sacarme de mi locura. Era cierto, el Ruso estaba allí, me había besado la mejilla y había musitado unas palabras...

El gitano me cogió de la mano y suavemente fue tirando de mí hasta quedar erguida, delante de todos me abrazó, después se dirigió a los presentes y les dijo:

-Nos disculpáis un momento, tengo que besar a mi chica...

-Sí, sí, sí, por supuesto, os esperamos, no os preocupéis por nosotros...,

-dijeron Maribel, Adolfo, Sergio y Encarna.

Yo seguía en estado gaseoso; volátil y flotando en el aire. Cuando

quise darme cuenta, él me arrastraba por el jardín hasta que entramos en la casa. En la sala de estar me besó, me abrazó y sentí su respiración alterada.

-Te dije un día que me habías calado hondo, doctora, pero ni yo mismo sabía hasta dónde - susurró en perfecto andaluz.

-¿Y el miedo que tenías a estar conmigo?, Manuel, -le pregunté recuperando el aliento.

-Lo tengo, pero ahora lo controlo. Doctora, pase lo que pase entre nosotros no voy a perder la oportunidad de quererte, de decírtelo y preguntarte si quieres que lo intentemos juntos...

-¡Uf!, vienes pisando fuerte...

-Con las ideas muy claras.

-¿Y Fernanda?

-En Murcia, ha empezado a trabajar en un hospital... creo que está bien, hace tiempo que no hablo con ella...

No sabía cómo interpretar sus palabras: “Hace tiempo que no hablo con ella...”

-Ruso, ¿desde cuándo estás en Sevilla? -pregunté queriéndole dar una respuesta lógica a este lío que tenía formado en la cabeza.

-Hace más de tres meses... Sí,... ya sé que no te he buscado en este tiempo,

-me dijo abrazándome otra vez- pero lo necesitaba para restablecerme, despejar dudas y comenzar un proyecto...

Entonces comprendí el significado del mensaje de Fernanda la misma tarde que también recibí otro de Rubén, anunciando la buena noticia de mi hijo. La murciana me felicitaba con deportividad, tras

comprender que el Ruso iba a volver conmigo.

Decidí no mencionar a Fernanda esa noche, no me apetecía; el gozo de sentirlo tan cerca, me entraba a raudales por todos mis poros; nadie me lo iba a eclipsar.

Amarré mis manos rodeando su cuello, me acerqué mucho, mucho a su boca y le susurré:

-Dime qué dudas has despejado y qué proyecto tienes entre manos...

-Epílogo-

"El ingreso en la cárcel Sevilla I de José Martín Trujillo, para cumplir una condena de veinticinco años dictada por la Audiencia Provincial de Sevilla, se ha hecho efectivo esta mañana. Este neurólogo, de gran prestigio profesional, ostentaba el cargo de Director de Comunicación del Gabinete de la Consejería de Salud en la Junta de Andalucía desde hacía casi un año, y ha sido considerado el cabecilla de la estafa a la seguridad social y principal culpable de la trama farmacéutica. Su abogado trató de aplazar su ingreso, después de que el tribunal provincial de Sevilla le rechazara el intento".

Esta fue la reseña que leí en el mismo diario que investigó y dio la noticia del encarcelamiento de mi padre, de Julio Rincón y de mi ex marido junto a sus socios, principalmente familiares del laboratorio MEYER. También ingresaron en Sevilla I el resto de médicos, abogados y personal sanitario implicados en este caso, lleno de polémicas y rencillas políticas.

La juez Soraya Díaz efectuó una rigurosa investigación judicial y determinó que los cargos eran suficientemente graves para encausar a los responsables de esta trama descubierta por un medio de comunicación de tirada nacional que, después de dar crédito al testimonio de una víctima, se puso a indagar el caso y concluyeron que la corrupción salpicaba a varios sectores sociales: el político, el sanitario y el empresarial.

Yo intuía que la persona que denunció a mi padre fue Virtudes, la hija de Feliciano Contreras Ronco, aunque el periódico que investigó el

caso no daba el nombre del individuo que reveló las circunstancias no esclarecidas sobre la muerte de más de un centenar de paciente y los más de trescientos enfermos crónicos, que arrastraban terribles secuelas derivadas de esta macabra actuación médica, perpetrada en un plazo de tres años.

Mi madre se afincó definitivamente en la capital hispalense, pudo vender el chalet de El Manantial y también la hermosa casa de Cádiz de la cual conservo los mejores recuerdos de mi niñez. Las ventas de los dos inmuebles se realizaron por menos de su valor real, para hacer frente a los gastos e indemnizaciones que han conllevado el juicio de su marido. Además, todas las cuentas bancarias, depósitos, tarjetas de crédito y cartillas de ahorros de mi padre han sido bloqueadas por orden judicial y su gran fortuna se utilizará para resarcir económicamente a sus víctimas.

Hoy por hoy, mi madre vive de su trabajo, el arte ocupa su tiempo y poco a poco se va abriendo camino en este difícil mundo. Aunque mi padre, el triunfador, intuyendo su destino, dejó en la cuenta bancaria de mi madre una cantidad considerable de euros.

Ella sigue queriendo a mi padre con ese amor contaminante y dependiente. Va hasta Sevilla I a visitar a su marido cada vez que el centro penitenciario abre sus puertas para los familiares. Está delgada, consumida por la pena de tener a su estrella tan lejos y, él, sigue moviendo los hilos de su vida recluido en el módulo VI; son los únicos manejos que le quedan.

Enrique, enloquecido cuando se percató de que su ingreso en prisión era ineludible, no quiso saber nada de mi preciosa hermana, a la que

únicamente utilizó para dañarme; no me perdonó nunca mi abandono. Pero Olga sigue terca, empecinada en que la quiera, no entiende el desdén de mi exmarido e insistente en ocupar mi puesto. Esta obsesión le impide quererme, por ahora es imposible.

Mi vida transcurre serena junto a Manuel y a mi hijo pero, esto es una forma muy resumida de exponerlo, vamos por partes.

El Ruso aguantó en Murcia un mes; ni Fernanda, ni el restaurante donde trabajó de chef, les convencieron. La murciana, porque intentó abordarlo amorosamente, dejando clara su intención y la equivocación del gitano al pensar que solo eran amigos del alma y, el restaurante, porque era ramplón y su puesto como chef poco creativo; no aprendía el oficio como él se había propuesto.

En la actualidad, Fernanda está interesada por un portugués que llegó a Itampolo justo cuando yo me marché. Carlos Alberto es ingeniero agrónomo y hombre rústico; posee junto a su familia, como ella en Murcia, grandes extensiones de tierras. Pero las tierras de Carlos Alberto contienen diversas ganaderías de reses bravas muy valoradas en el mundo taurino que les reporta a él y a su familia mucho dinero. Además, el portugués es un chico muy atractivo. Tanto el Ruso como yo hemos vuelto a tener una relación fluida con ella, porque Fernanda, a pesar de todo, está dentro de nuestros corazones.

Cuando retornó Manuel a Sevilla, con la herencia de la Chata -sobrevenida por dos cupones agraciados, uno de ellos por el cuponazo- y con la ayuda de Adolfo y principalmente de Sergio, se embarcó en montar un restaurante con cierto aire innovador situado en la Alameda de Hércules, en el cual, ha intentado combinar la buena

comida de la “nueva cocina” con el embrujo del flamenco. El anticuario le ha proporcionado al Ruso buenas ideas y algún objeto de su tienda para decorar el local y Sergio ha apoyado a su amigo en el interminable proceso del papeleo, que incluyen los permisos sanitarios y documentos burocráticos necesarios para abrir al público.

El restaurante, llamado Polígono Sur, se encuentra divido en dos espacios. El más amplio está acondicionado para tapear y comer y, el otro, se sitúa al fondo; es un pequeño tablao donde diariamente hay actuaciones flamencas. Manuel está pendiente de todo y gobierna su local con eficacia y buena dosis de sentido común. Se ha rodeado de un equipo excelente, profesional e implicado en el proyecto. Entre ellos se encuentra su antiguo jefe, don Amador Rey Mellado, el chef de Puerto Delicia que a punto estaba de jubilarse. Don Amador, así le llamamos todos, quiso dar un giro profesional y recordar viejos tiempos ayudando a sacar adelante el insólito proyecto de Manuel y allí trabaja mientras se siente un jovenzuelo, rodeado de aprendices a los que enseña los secretos de los fogones y de la buena mesa.

También contrató el Ruso a una camarera, una joven alemana becaria de Erasmus que estudia en la universidad de Sevilla y gran aficionada al flamenco. Anke le hace ojitos a Sergio cada vez que lo ve entrar por la puerta del local. El muchacho se envara al sentir la mirada insistente de la joven y enrojece de pura timidez, aun así, Sergio no falta ni un día al restaurante, el milagro está a punto de producirse...

Manuel actúa, bailando sobre el escenario, cuando le apetece y por petición de los clientes más asiduos, para eso tengo que estar allí, dice que sin mí no se siente inspirado. Cada vez que el gitano sube a la

tarima exhibiendo su arte flamenco envuelto de tanta sensualidad, mis rodillas tiemblan y mi corazón vibra como la primera vez que lo contemplé bailando en el tablao de Juan Marchena.

En el momento que el Ruso tuvo su proyecto empresarial en marcha y su zozobra interna apaciguada resolvió buscarme. Para ello le ayudaron los amigos, que cómplices, se encargaron de nuestro reencuentro. Como siempre, la historia que vivimos el Ruso y yo anduvo de boca en boca despertando el mismo interés que a nuestras abuelas un folletín de radio... En la academia fue motivo de júbilo: Maruca, César, las gemelas, Becky, Pastori, Rafael... con todos gozamos, brindamos y lo celebramos en el Polígono Sur.

Pero Radama fue la personita que me llenó el alma de ternura. Cuando viajé en agosto hacia Antananarivo iba sola, esperanzada y mis sentimientos aclarados con el Ruso. En el aeropuerto me esperaban Rubén y su querida Bona. Sus rostros alegres y sus bocas sonrientes por mi llegada resultaron premonitorios, la primera señal de lo que vendría después.

Sin embargo, esa misma mañana me informó Rubén que habían trasladado al niño a otro orfanato sin razón aparente, ahora permanecía en uno situado a las afueras de Antananarivo. Cuando llegamos al albergue, ubicado al lado de la carretera que lleva al Sur, me encontré con un recinto infecto, construido a base de barro, adobe y cañas. Distintos agujeros horadados en la pared hacían las veces de ventanas. Las tapaban con telas andrajosas, hechas jirones con la intención de impedir la entrada a los insectos que fustigaban el lugar. Los niños que allí se encontraban eran huérfanos o habían sido

abandonados por sus propias madres por falta de recursos para alimentarlos. Formaban un grupo diverso, sus edades oscilaban entre un mes de los más pequeños hasta los doce o trece años de los mayores. Se hacinaban sin espacio y con poca higiene sobre colchonetas llenas de restos de la escasa comida que ingerían y de sus propios excrementos que nadie limpiaba. Lo único que los igualaba era que todos estaban enfermos.

El hedor era fuerte, insoportable, pero anduve entre ellos acariciándolos a todos. Mis ojos abarcaban el recinto para encontrarme con él, con mi niño. Pegado a la pared del fondo lo vi ovillado, impregnado de sudor y con la mirada triste.

La enfermera cooperante que me acompañaba era escocesa, en inglés me explicó que el pequeño padecía una neumonía atípica desde hacía varias semanas, pero no la trataban por falta de medios.

-Únicamente le bajamos la fiebre cuando es muy alta, -me informó.

Me acerqué a Radama, me acuclillé delante de su cuerpecito y le acaricie la frente como hacía en Itampolo, el niño al verme sonrió levemente y me echó los brazos para que lo cogiera. Yo sabía que si lo abrazaba no lo devolvería a la colchoneta. Pero no pude evitarlo, lo cogí y lo alcé a la altura de mi pecho, él se agarró a mi cuello como antes, en la misma postura que había aprendido y se acomodó sobre mi cadera para dormirse al instante.

Tenía la intención de pasar en casa de Rubén y Bona el tiempo pertinente hasta que la autoridad del país me entregara al niño para llevármelo para España, pero decidí cambiar mis planes y el mes que estuve en Madagascar lo pasé en el orfanato donde estaba acogido mi

hijo. Los responsables del establecimiento no pusieron objeción al saber que era médico cooperante de Unicef y podía ayudarles a combatir las enfermedades y especialmente con el cuidados diario de lo demás niños.

Le pedí a Rubén que me proporcionara antibióticos, concretamente penicilinas, para tratar las infecciones respiratorias que casi todos los chiquillos padecían. También le insistí al gallego en la necesidad de adquirir bombonas de oxígeno; algunos niños subsistían con serias dificultades para respirar. Rubén movió cielo con tierra para conseguir todo lo que le solicité y con el tratamiento y nuestros cuidados, Radama y algunos pequeños más comenzaron a remontar las neumonías atípicas y los SRA (síndrome respiratorio agudo) con cierta facilidad. Asimismo, a los pocos días de mi llegada, tuvimos que paliar un brote de disentería que apareció y que, por suerte, atajamos a tiempo a base de hidratar y aislar como pudimos a los escasos niños afectados.

Rubén se acercaba cada mañana con la camioneta llena de frutas y alimentos infantiles, especialmente leche para lactantes en polvo y con su generosidad atenuó la desnutrición de los niños y de los bebés causada por la escasez de alimentos ricos en vitaminas.

Mi pequeño y yo dormíamos encima de un destripado colchón, siempre abrazados. El niño no se despegaba de mí, me seguía reconociendo como su única madre, no hizo falta el periodo de adaptación como exigían las leyes porque desde el instante que me vio, él supo quién era.

En aquel recinto mísero y maloliente fui inmensamente feliz. A

medida que los chiquillos se reponían ligeramente de sus afecciones y la fiebre no les impedía corretear vivarachos entre las cuatro paredes de la casucha que los acogía, la alegría inundaban sus caras y el juego y las risotadas se oían por todos los rincones. No poseían absolutamente nada, sin embargo, tampoco necesitaban nada, porque se construían sus propios juguetes con trozos de ramas secas del viejo árbol de la entrada y con sus sucios trapos construían pelotas para jugar al fútbol.

La semana anterior a nuestra partida, Rubén apareció con un balón reglamentario de fútbol de buen cuero. El alboroto que causó el balón en el orfanato fue conmovedor, todos querían tocar la pelota, los chavales, extasiados, la miraban con veneración, con ojos ilusionados. Ese mismo día nos divertimos jugando un partido de fútbol. El gallego organizó los dos equipos; la cooperante escocesa y yo pertenecíamos, junto a nueve criaturas más, al mismo equipo; partíamos con ventaja por nuestra juventud. En frente, teníamos a Rubén con otros nueve chavales y con una cooperante chilena de cierta edad que supuso la revelación de aquella mañana, la señora le daba patadas al balón que daba gusto verla y nos metió cinco goles entre los dos palos de madera que acotaba nuestra portería. Sin embargo, nosotros tuvimos que conformarnos con dos tiros al poste y un tanto de pura chorra.

Radama, bastante repuesto de su neumonía, aplaudía con sus manitas delgadas, enseñando sus dientes blancos cuando reía al ver nuestras payasadas. Se hallaba sentado encima de otro huérfano de ocho años que lo cuidaba como si fuera un adulto. Los setenta y dos niños que albergaba el orfanato se colocaron al borde del trozo de tierra yerma,

con mucho polvo y excesivas piedras, que se transformó en el improvisado campo de fútbol. Gritaban animando a uno u otro equipo y la algarabía y el jaleo eran sinónimos de regocijo y de felicidad...

De una manera muy especial nos miramos Rubén y yo cuando nos despedimos en el aeropuerto de Antananarivo. El gallego, duro por naturaleza, me dio un abrazo entrañable, después besó a Radama en la frente y le susurró unas palabras en malgache que ambos entendieron. Radama comenzó a gimotear, se daba cuenta de la despedida. Con Rubén había mantenido una relación especial y la separación le entristecía. El llanto se fue haciendo cada vez más intenso, tuve que limpiarle la cara y los mocos con un pañuelo porque el niño no dejaba de llorar y así, con este pesar, embarcamos en el avión rumbo a París.

En Sevilla nos recibió el Ruso a pie de AVE, Radama se puso contento en cuanto lo vio. Abrazó a Manuel con familiaridad y se anudó con sus diminutas piernas a la cadera del gitano, igual que lo hacía conmigo. Después, posó su cabecita sobre su pecho y así permaneció hasta que lo introdujimos en el coche y nos marchamos para casa.

En la entrada de la casa donde vivimos con nuestro pequeño, colocamos una foto mágica iluminada por dentro con su luz brillante igual que una pantalla. En ella se refleja una imagen alegre, divertida, hecha a traición por Adolfo; nos captó a Manuel y a mí en un momento de descuido. Los dos aparecemos riendo, mirándonos con destellos sedosos, incluso de complicidad. Cada vez que la observo pienso que nuestras vidas están unidas por un único vínculo, el más fuerte que existe y el compromiso que nos importa es la libertad y la

lealtad que nos debemos; somos libres para elegir y leales para mantener nuestro amor. Manuel y yo no precisamos casarnos, únicamente necesitamos querernos para estar juntos.

Radama cree que el Ruso es su padre y el Ruso cree que Radama es su hijo, aunque legalmente... solo es mío.

En nuestra cotidianidad no escuchamos voces como cari, cariño, pichurri, cielo o amorcito; eso se lo dejamos a Maribel y a su amorcito, a su cari o a su pichurri, según el día... Nosotros seguimos llamándonos como siempre: él me dice doctora o Miranda; y yo, Manuel, Ruso o gitano. Nos sale de dentro, muy natural... desde el primer día.

Mi madre le profesa al niño un amor dulce, propio de abuela. Radama se ha convertido en el ser que más le hace sonreír. Cuando está con mi hijo, el gesto triste de su cara se transforma y surge la mujer que era antes, mucho antes de que yo apareciera... Mi padre, el triunfador, me escribió una carta desde la prisión, me la entregó mi madre, en ella me explicaba la dureza de la cárcel y me pedía conocer a Radama... Algo se está moviendo dentro de él.

Adolfo y Maribel se casaron hace un mes en el ayuntamiento, fue una boda rápida y emotiva, asistimos pocos invitados, aunque todos los compañeros de la academia de baile fuimos testigos de su enlace. Después, fuimos al restaurante del Ruso para celebrar la dicha de nuestros amigos. La mayor sorpresa y el mejor regalo que tuvo Adolfo fue cuando Sergio y Anke aparecieron por el local con las manos enlazadas y una ilusión grande en sus miradas.

Aquel día, mientras contemplaba el beso de los recién casados, vino a

mi memoria la primera vez que pisamos la academia de baile, después de dar agazapadas en el Audi demasiadas vueltas por el Murillo. En ese tiempo, Maribel y yo éramos dos mujeres solitarias, millares de nudos se ataban en mi estómago y mi rostro, maquillado, era el espejo del miedo y la culpa que llevaba pegados a mi alma...

También pensé que el amor surge cuando menos lo esperas y en cualquier lugar, únicamente hay que reconocerlo y vivirlo sin miedo, aunque no sea lo que imaginas. A Maribel y a mí nos ocurrió, nuestras vidas cambiaron ese miércoles por la tarde que, asustadas y completamente ajenas a nuestros destinos, nos adentramos en la Avenida de Las Letanías buscando un lugar desconocido, nuestra felicidad, en la zona más peligrosa y marginal de la ciudad, en pleno Polígono Sur.